

JOSÉ DE ARTECHE

LEGAZPI

Historia de la conquista de Filipinas



se

Biografía sobre el marino, explorador y almirante guipuzcoano D. Miguel López de Legazpi (Zumárraga, Guipúzcoa, España, ¿1503? - Manila, Filipinas, 20 de agosto de 1572). Historia de la conquista de las islas Filipinas. En ninguna parte cuadra mejor que a la cabecera de un estudio acerca de Legazpi aquel práctico consejo francés: «Il faut commencer par le commencement». No sólo es conveniente, como quiere Perogrullo de Francia, sino absolutamente necesario comenzar por el comienzo, pero muy por el comienzo la historia de Legazpi. Aquel caballero guipuzcoano actuó dentro del área de una tradición y de una historia. En rigor, la historia de la conquista de las islas Filipinas enlaza con la del descubrimiento del Océano Pacífico (Prólogo de «Legazpi»)

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Legazpi](#)

[Antecedentes](#)

[Descubrimiento del mar del sur. Primeras expediciones sobre el océano pacífico](#)

[Primera travesía del océano Pacífico](#)

[El fracaso de la nao Trinidad](#)

[Desastre de la armada de Loaysa y Elcano](#)

[Primer fracaso de Álvaro de Saavedra](#)

[Segundo fracaso de «La Florida»](#)

[Hernando de Grijalva](#)

[Expedición de Villalobos](#)

[Primer fracaso de la «San Juan»](#)

[Segundo y ultimo fracaso de la «San Juan»](#)

[Una nueva expedición](#)

[Un virrey amonestado](#)

[El ruego del rey a un fraile agustino](#)

[Urdaneta. Esbozo de biografía](#)

[El agustino navegante](#)

[Preparativos](#)

[Conjeturas](#)

[Legazpi](#)

[Presentación](#)

[Biografías dificultosas](#)

[La casa y el pueblo](#)

[Los antepasados](#)

[El ambiente](#)

[Estilo](#)

[El hombre](#)

[Codicilo pag. 1ª](#)

[Codicilo pag. 2ª](#)

[Las instrucciones](#)

[Un resumen de anteriores experiencias](#)

[Las primeras formalidades](#)
[Hombres de armas. Marineros. Armamento](#)
[Las bocas estrictas. Exclusión de mujeres](#)
[Disposiciones religiosas](#)
[Navegación. Rumbo](#)
[Sobre las islas Filipinas y las Molucas. El trato a los indígenas](#)
[Un consejo muy revelador. Precauciones necesarias](#)
[El Japón. Los portugueses. Los corsarios](#)
[Acerca del comercio y la esclavitud](#)
[Prevenciones militares](#)
[Sobre los religiosos y los intérpretes](#)
[Reiteraciones postreras](#)
[Si Legazpi muriese](#)
[La entrega de las instrucciones](#)

[Rumbo a Filipinas](#)

[La escuadra](#)
[Preparación deficiente](#)
[El personal y los mandos](#)
[Un pliego secreto](#)
[Desertores. Errores de estima](#)
[La isla sin armas](#)
[Las maravillosas islas del mar del Sur](#)
[La bahía de Guam](#)
[Un bando](#)
[Generosidad mal correspondida](#)
[Los escrúpulos de Urdaneta](#)
[Proa a Filipinas](#)
[Las Filipinas. Sucinto resumen geográfico](#)

[La fase de los tanteos](#)

[El primer problema](#)
[Toma de posesión](#)
[Los agresivos habitantes de Leyte](#)
[Un paisaje bien descrito](#)
[Una requisa](#)
[El fracaso de Mazagua](#)
[Regreso de Camotuan](#)
[Las islas desiertas](#)

[Legazpi, jefe eficaz](#)
[Un combate naval](#)
[Libertad de los prisioneros. Devolución del botín de guerra](#)
[El sello de la obra de Legazpi](#)
[Una información completa](#)
[Legazpi gana la confianza de los de bohol](#)
[La fragata exploradora](#)
[Un capitán reprendido](#)
[El regreso de la fragata](#)
[Final de la primera fase de la conquista](#)

[Cebú](#)

[La isla de triste renombre](#)
[Viejas artimañas](#)
[El desembarco](#)
[Un hallazgo reputado milagroso](#)
[Las primeras providencias](#)
[Un contraste](#)
[Sondeos de paz](#)
[La presentación de Tupas](#)
[Indisciplina](#)
[La situación enjuiciada por Legazpi](#)
[La travesía de poniente conseguida](#)
[Inciso](#)
[Por encima de todo, generosidad](#)
[Un recurso para ganarse voluntades desconfiadas](#)
[El precursor de los grandes civilizadores modernos](#)
[Carácter y costumbres de los cebuanos](#)
[Magallanes-Legazpi](#)
[Cebú, totalmente pacificado](#)
[Historia de una sedición fracasada](#)
[El piloto diabólico](#)
[Juanes de Flatrelesco](#)
[Los incondicionales](#)
[La presencia portuguesa](#)
[Gráfico de la penetración de Legazpi en las Islas Filipinas](#)
[Última fase de la conquista](#)
[Hacia Luzón](#)

[La gran aspiración de Legazpi](#)

[Manila](#)

[Situación equívoca](#)

[El asalto](#)

[La conquista definitiva](#)

[Ansias evangelizadoras](#)

[Goiti y Salcedo, pacificadores de Luzón](#)

[Un jefe joven, audaz y prudente](#)

[Final de la campaña de Salcedo](#)

[Muerte de Legazpi](#)

[Juicio](#)

[Añadidos](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

*A mis buenos amigos PP. Conrado Pérez
y León Lopetegui, SS. JJ. en agradecimiento
a su ayuda bibliográfica*

ANTECEDENTES

En ninguna parte cuadra mejor que a la cabecera de un estudio acerca de Legazpi aquel práctico consejo francés: *Il faut commencer par le commencement*. No sólo es conveniente, como quiere Perogrullo de Francia, sino absolutamente necesario comenzar por el comienzo, pero muy por el comienzo la historia de Legazpi. Aquel caballero guipuzcoano actuó dentro del área de una tradición y de una historia. En rigor, la historia de la conquista de las islas Filipinas enlaza con la del descubrimiento del Océano Pacífico.

Descubrimiento del mar del sur. Primeras expediciones sobre el océano pacífico

El día en que Panquiaco, el hijo del cacique Comagre, señor de las tierras a unas cuarenta leguas hacia el norte de la Antigua, cerca de Punta Mosquitos, declaró a Vasco Núñez de Balboa la existencia del vasto y maravilloso mar, se resolvió el destino del gran conquistador. También la dulce Anayansi, al par de otros aparentemente fabulosos relatos indios le habían hablado con anterioridad, pero de una manera vaga, de aquella inmensa extensión líquida. Pero ahora la referencia era más concreta. Panquiaco señalaba la dirección siguiendo la cual era visible aquel Océano. La febril impaciencia, característica de los grandes descubridores, devoraría en adelante las horas de Vasco Núñez. Aquel mar ignoto y dilatado constituiría toda su obsesión.

Ocultando el verdadero móvil de su desplazamiento, Balboa parte el día 1 de Septiembre de 1513 del puerto de la Antigua con un buque y diez grandes canoas indias en dirección a Acla. Con intuición genial, Balboa ha adivinado en el istmo su parte más angosta. Las tradiciones indias señalaban Acla como el lugar de una hecatombe entre tribus antagónicas;

Acla significaba por tanto en lengua india, abundancia de huesos humanos. El fatídico nombre valía tanto como un presagio, pero no intimidó a Balboa. El conquistador, al frente de un grupo de españoles y de indios amigos, dio comienzo a una aventura sobrehumana, considerada hoy mismo como imposible por quienes la han intentado en vano nuevamente. No había caminos, y todos los caminos posibles constituían al propio tiempo barrera insuperable. La exuberancia inextricable de la selva virgen en una región difícil y penosa de suyo, los ríos anchurosos y las ciénagas inacabables repletas de caimanes, los diluvios del trópico, el calor abrasador, la fiebre, el hambre, las noches tenebrosas llenas de aullidos de fieras, las tribus hostiles que se le opusieron encarnizadamente, no fueron motivo suficiente para intimidar al conquistador y a su grupo de iluminados.

El 23 de septiembre, Balboa tuvo por fin informes precisos augurándole la visión del mar tan deseado desde la cumbre de una montaña que se divisaba delante. Las ansias de Vasco Núñez llegaron con esto al límite. Dos días más tarde, domingo, hacia las diez de la mañana, Balboa ordenó detenerse a su mermado grupo, mientras él corría anheloso a lo alto. Una emoción profunda paralizó a todos. Aquellos valientes vieron entonces a Balboa, llegado a la cima, descubrirse y caer de hinojos, mientras las lágrimas corrían hilo a hilo por su curtido rostro. Enfrente se dilataba una extensión color cobalto.

Desde allí, descendiendo, Vasco Núñez de Balboa llegó a la costa el día 29 de septiembre. El descubridor penetró en el mar con la espada en alto y enarbolando en la izquierda el pendón de Castilla. El sol refulgía en la brillante armadura de Balboa. Su acompañamiento aguardaba silencioso en la playa, junto a donde las olas morían. Balboa asestó con su espada los mandobles de ritual a la sobrehaz de las aguas. Oyósele después gritar, desafiando el temeroso bramido del oleaje, la fórmula de la toma de posesión en nombre de la Corona de Castilla, del Océano por él descubierto. Balboa manifestó tomar y aprehender la posesión de aquel mar de una y de otra parte de la línea equinoccial, dentro o fuera de los trópicos de Cáncer y Capricornio, desde el polo Ártico hasta el Antártico con todas sus tierras, costas, puertos, reinos, anejos, provincias. Balboa declaraba estar aparejado para contradecir y defender su derecho en nombre de los

reyes de Castilla presentes o futuros, contra cualquier otro príncipe o capitán, cristiano o infiel, o de cualquier ley, secta o condición que pretendiese algún derecho a aquellas tierras y mares. Todos aquellos parajes quedaban por tanto adscritos al real patrimonio en tanto el mundo durase, hasta el universal juicio final de los mortales.

Vítores entusiastas apagaron las palabras postreras. Acto seguido, el capellán de la expedición bendijo el Océano, y el escribano formalizó el acta de la toma de posesión, mientras algunos de los expedicionarios formaban con un rimero de piedras una especie de pirámide a guisa de monumento, y otros grababan cruces en los árboles cercanos.

Pero todo esto no aquietó la noble ambición del descubridor. Corríale prisa surcar los vastos espacios por él descubiertos. La gloria de la primera expedición sobre las aguas del Pacífico le pertenece. No empecen a esta fama, sino al contrario, la acrecientan, ni lo modesto de los objetivos propuestos ni lo precario de los medios usados ni el fracaso subsiguiente al intento. Conviene aquí repetir que la gloria de los hombres debe ser medida en relación a los medios empleados en alcanzarla.

Ya el día 17 de octubre, Vasco Núñez de Balboa se lanzaba al Océano en nueve piraguas junto con un puñado escogido de sus hombres y unos cuantos indios. Los indios, profundos observadores de la Naturaleza, advirtieron a Balboa que, durante aquella luna y las dos siguientes, la navegación era peligrosísima pues solían correr tormentas y recios vientos de travesía. El descubridor se limitó a responder que había ya atravesado anteriormente muy violentos mares. A poco de partir, una fiera tempestad puso a la diminuta escuadra en trance de irse a pique. Balboa atendió entonces el consejo de su gran amigo el indio Chiapas que no había querido desampararle para no ser tenido por cobarde y mal amigo, y las piraguas arribaron a un islote bajo, un arenal que apenas emergía de las aguas.

La tempestad fue creciendo de tal manera, que las olas, imponentes, barrieron pronto todo el arenal. La noche, lóbrega, echóse encima. Los expedicionarios, agarrados unos a otros en confuso montón, llamábanse medrosamente entre sí para comprobar de esta manera la mutua presencia en medio de aquella espantosa oscuridad en un paraje que sabían infestado

de tiburones. El capellán rezaba entre tanto en alta voz la recomendación del alma.

Al amanecer, amainado algún tanto el furor de las olas, Balboa pudo comprobar otro desastre. La mitad de las piraguas, atadas el día antes precavidamente a los árboles de la costa, habían desaparecido, y con ellas todas las provisiones; las restantes estaban semidestrozadas, convertidas en verdaderas cribas.

Pero era preciso volver, a menos de condenarse a perecer de hambre. Balboa dio primero el ejemplo. Hizo tiras su propia ropa y comenzó a taponar, ayudándose de manojos y pelotas de hierba, las brechas de las embarcaciones. Sus compañeros le imitaron. Los trajes hechos tiras suplieron la estopa, y, cuando menos, las piraguas quedaron en disposición de flotar. Los náufragos volvieron con ellas a tierra firme por turnos exiguos en penosas travesías. Otra peor sorpresa aguardaba en tierra a los navegantes. Una tribu de indios les atacó apostada en la espesura. Balboa, sacando fuerzas de flaqueza, derrotóles en esfuerzo sobrehumano, y, lo que es acaso más difícil, atrajo a su causa, después de la victoria, al cacique vencido.

El nuevo amigo de Balboa se llamaba Tumaco. Obsequió al conquistador con un valioso presente en oro y perlas, y además le reveló cómo existían al Sur de aquel dilatado mar, pueblos inmensamente ricos que navegaban en barcos de vela y usaban bestias de carga cuya silueta dibujó con rudimentarios trazos sobre la arena.

Un soldado llamado Francisco Pizarro atendía a la conversación cejijunto y silencioso.

Aquellos hombres sentían el íntimo convencimiento de estar haciendo la geografía; así se explica la heroica decisión de Balboa de regresar al punto de partida por otro distinto camino multiplicándose así las dificultades, para adquirir de esa manera un conocimiento más exacto del istmo. Todos los obstáculos volvieron a allanarse ante su decisión inexorable. La vuelta del descubridor a las costas atlánticas constituye otra nueva epopeya.

Vasco Núñez de Balboa convertido ya por nombramiento real en Adelantado del mar del Sur, añade en 1518 a sus hazañas la proeza de trasladar desde las riberas atlánticas a las del Pacífico, navíos despiezados.

Ningún adjetivo alcanza a calificar la titánica gesta de labrar en Acla las pesadas piezas de madera y transportarlas a hombros lo mismo que las anclas, las velas, las jarcias, la pez, los bastimentos, hasta la orilla del mar del Sur. El arbitrario gobernador Pedrarias, el mismo que poco más tarde enviaría a Balboa al cadalso, envidioso de la gloria del gran conquistador, puso a esta empresa un plazo precario. Pero nada venció el coraje de Balboa que, en 1517, el mismo año de su muerte, surcaba con dos navíos las aguas del Pacífico. Pronto pudo comprobarse sin embargo, que, por desgracia, eran punto menos que inservibles, pues la cantidad de pez suministrada desde Acla no había bastado a taponar suficientemente las juntas, y por lo tanto, los buques hacían agua en gran cantidad.

Pero el camino estaba señalado. El vasco Andagoya no se haría tardar explorando rumbo a las costas peruanas, el fantástico *Birú* de entonces poblado de sensacionales leyendas áureas.

Primera travesía del océano Pacífico

28 de noviembre de 1520. Tres pequeños veleros se asoman a las vastas soledades del Océano Pacífico por la anchurosa embocadura del estrecho de Magallanes. El bronco sonido de unas salvas rasga, a guisa de saludo, el silencio de aquel espacio, turbado solamente por el ruido del viento y de las olas. Hernando de Magallanes va acometer el primero la empresa de atravesar la inmensa y desconocida extensión del mar del Sur.

No importa que los bastimentos estén ya más que racionados. Magallanes parece decidido a no retroceder. La navegación no presagia por otra parte sino venturas. Los bravos vientos del Oeste abomban las velas constantemente, y, a su impulso, las naos surcan velozmente la tranquila extensión azul.

Pero a despecho de aquella navegación más que afortunada, las tripulaciones empiezan a otear el horizonte cada vez con más anhelosa mirada. Los días sucedense unos a otros siempre iguales. Día tras día, mar y cielo siempre. El hambre hace su aparición. La galleta no es ya sino polvo infecto mezclado de gusanos. El agua de los aljibes es pestilente. Los navegantes se ven obligados, para no perecer de hambre, a comer el cuero

que recubre el palo mayor, previamente ablandado en un largo remojo de días. El serrín de madera constituye manjar selecto; las ratas, un verdadero festín. Las ratas llegaron a pagarse hasta medio ducado cada una.

Una enfermedad misteriosa aparece. La proporción de atacados es enorme. Los sanos, desfallecidos de hambre, apenas bastan para los servicios más elementales. Los enfermos tienen los labios y encías monstruosamente inflamados y sangrantes: articulan sus palabras con gran dificultad. Una sensación putrefacta llena sus bocas. La mortalidad alcanza pavorosas cifras. Las naos surcan el mar dejando caer por sus bordas un reguero de cadáveres. Los navegantes van llegando al límite de la extenuación. Días, infinidad de días; semanas, muchas semanas; meses enteros sintiendo alrededor la misma atroz e infinita calma. Aquel mar parecía no haber de acabarse nunca.

Por fin, el 26 de marzo de 1521, los vigías, desde lo alto de las cofas, señalaron tierra. Una isla cortaba en la lejanía la línea del horizonte.

Acababa de ser efectuada la primera travesía del Pacífico. Magallanes había llegado a la isla de Guam, del archipiélago de las Marianas.

Unos días más tarde, un quinto domingo de Cuaresma, la escuadra magallánica avistaba a unas trescientas leguas de Guam una tierra elevada: la isla de Samar, perteneciente al archipiélago filipino, bautizado primeramente por Magallanes con el nombre de islas de San Lorenzo, en recuerdo del día de su descubrimiento. Magallanes abre por tanto el primer período de la historia del descubrimiento de las islas Filipinas.

El fracaso de la nao Trinidad

Viene ahora la primera referencia que comienza a explicar de manera directa, siquiera sea con brevedad y gran antelación, el motivo esencial que encara ante la historia al personaje objeto de este estudio.

La «Trinidad», la nao almirante de la que fue escuadra de Magallanes, zarpa el 6 de abril de 1522 del puerto de la isla de Tidor, en el archipiélago de las Molucas, al mando de Gonzalo de Espinosa que tiene el propósito de alcanzar las costas de Panamá sujetas a la jurisdicción de Pedrarias, el

matador de Vasco Núñez de Balboa. La tripulación de la «Trinidad» está compuesta por cincuenta y cuatro hombres.

La nao alcanza, nordesteando, la latitud de cuarenta y dos grados Norte. El frío comienza a hacerse sentir. Lejos del cálido clima de las maravillosas islas tropicales, los tripulantes lamentan, tarde ya por desgracia, la codicia que les sugirió la entrega de casi toda su ropa a los indígenas de las Molucas a cambio del valioso, pero ahora inútil, clavo de especias. Las tempestades se ensañan con el navío; una de las veces los tripulantes le cortan los castillos para salvarle.

Surge de nuevo el espectro del hambre, y lo que es peor, el escorbuto, la terrible enfermedad, conocida de antiguo por aquellos navegantes, hace presa en ellos con redoblado encono. La mortandad es aterradora. Perecen treinta de los cincuenta hombres de la dotación. Los supervivientes, casi enloquecidos, llegan al extremo de abrir en canal uno de los cadáveres, en su deseo de atinar con el motivo de la mortandad, pues sospechaban, en su primario concepto de la medicina, que las lombrices la causaban. La disección tiene lugar en cubierta. Aquellos alucinados revisan minuciosamente las entrañas del muerto. La repugnante perquisición produce como resultado el hallazgo de una lombriz, lo cual les afirma en su errónea presunción. Estos desgraciados están ya vencidos.

Gómez de Espinosa desespera en aquellas condiciones de llegar a las costas americanas y vira en redondo con ánimo de volver a arribar en la isla molucense de partida. Él lo ignora, pero la distancia que le separa de las costas americanas es menor que a donde ha decidido regresar. La derrotada nao alcanza las Molucas a fines de septiembre, casi seis meses después de la fecha de salida. Suprimamos los tristes detalles de la subsiguiente odisea de los supervivientes, pues los dimos ya en otra parte más al pormenor. Para nuestro objeto basta con lo dicho.

Con el regreso de la «Trinidad» a las islas Molucas fracasa el primer intento de atravesar el Océano Pacífico de Poniente a Oriente. Primer malogro de una larga serie de fracasos.

Desastre de la armada de Loaysa y Elcano

La historia de las primeras navegaciones por el Pacífico constituye una sucesión de desastres. El día 2 de junio de 1526 una fiera tempestad de violencia desusada dispersa en el Pacífico a los cuatro buques que de la brillante Armada de Loaysa y Elcano restan, y que siete días antes doblaron el extremo final de la isla Desolación, a la salida del estrecho de Magallanes.

Una de las naos, la «San Lesmes» debió de perderse en la isla de Tepujoe (Tepoto), del archipiélago de Tuamotu, según deducciones conjeturadas del hallazgo en esta isla por el navegante vasco Buenechea, hijo de Guetaria, dos siglos y pico más tarde, de una cruz de hechura antiquísima. Otra nao, la «Santa María del Parral» tuvo también muy triste fin. Marineros sublevados asesinaron a los mandos del navío, que, más tarde, después de largas peripecias, embarrancó en la isla de Sanguín, situada entre la punta septentrional de Célebes y Mindanao, donde los habitantes, a su vez, mataron a casi toda la tripulación. El pequeño patache «Santiago» poniendo la proa de manera decidida en dirección a las costas mejicanas, que, según los cálculos del capitán y del piloto distaban un poco menos de mil leguas, arribó el 25 de julio cerca del pueblo de Tehuantepec, en el golfo del mismo nombre, con los tripulantes convertidos por el hambre en verdaderos espectros.

Sólo la «Santa María de la Victoria», nao almirante, pudo alcanzar las islas Molucas, objetivo señalado a la expedición, después que hubieron perecido, uno tras otro, durante la ruta inacabable, víctimas de las penalidades y del escorbuto, hasta tres capitanes generales de la ya extinta escuadra: Jofre de Loaysa, Juan Sebastián de Elcano y Alonso de Tejada. A su llegada a las islas Molucas, los supervivientes de la «Santa María de la Victoria» inician en condiciones de aislamiento absoluto la epopeya de la conquista del archipiélago.

Primer fracaso de Álvaro de Saavedra

Con alguna anterioridad a estos desastres, Hernán Cortés había recibido de Carlos V la orden de auxiliar las Armadas de Loaysa y Sebastian Caboto. Al recibo de este mandato, Cortés estaba muy lejos de sospechar su

próxima entrada en contacto con los supervivientes de la Armada de Loaysa, procedentes del golfo de Tehuantepec. El cura Areizaga primo de Guevara, capitán del patache «Santiago», que se apresuró a trasladarse a la ciudad de Méjico después de un desembarco arriesgado y novelesco, acució la prisa de Cortés por cumplir la orden del Emperador.

El 31 de octubre de 1527 tres navíos zarpaban del puerto de Siguatanejo, en la provincia de Zacatula, con destino a las islas Molucas. Cortés ponderaba que eran las naos «más bien aderezadas que jamás se vieron». Llevaban de todo en abundancia. Marineros y hombres de armas; arcabuces, municiones y artillería; carpinteros, herreros y ballesteros; hierro, acero y fraguas; albañiles y canteros destinados a construir fortalezas; médicos, boticarios y farmacia; bisutería surtida para rescates; chinchorros y aparejos de pesca; intérpretes doctos en idiomas árabes y malayos; bastimentos abundantes. Cortés proveía a todo.

El gran conquistador concedió el mando supremo de la escuadra a un animoso paisano suyo, al extremeño Alvaro de Saavedra. Este hombre entusiasta soñaba con dominar con sus navíos los espacios del Océano Pacífico. Dice López de Gomara que Saavedra acostumbraba decir festivamente, resumiendo sus ilusiones, prometiéndose a sí mismo toda la inmensidad del mar del Sur o poco menos:

De aquí aquí me lo encordonedes
De aquí aquí me lo encordonad

Pero de aquellos tres navíos tan concienzudamente preparados, sólo uno llegaría a las Molucas. La armada de Saavedra tardó unos dos meses en llegar a las cercanías de las islas de los Ladrones, donde fue disuelta por una violenta tempestad. La mar encubre celosamente el secreto de sus sombrías hazañas. Nunca se ha sabido nada de dos de aquellas naos. Saavedra, continuando sólo su camino a bordo de la nao «La Florida», apresó en la costa de Mindanao a tres de los marineros sublevados en la «Santa María del Parral», una de las naos de la desaparecida Armada de Loaysa mencionada más arriba, y llegó a su objetivo en 30 de marzo de 1528. El buque carecía de pilotos, y su llegada al archipiélago de las

Especias constituye una gesta más de aquella época tan pródiga en incipientes y valerosos aficionados a la técnica de la navegación.

Un puñado de españoles al mando de los capitanes La Torre y Urdaneta luchaba abnegada y oscuramente en las islas de las Especias, pretendiendo asentar el dominio español en estos parajes tan ricos. El mando de esta tropa, valorando en el acto la ayuda llegada a bordo de la «Florida», comprendió, sin embargo, que el éxito, bien problemático, de su empresa, estribaba únicamente en la posibilidad de establecer contacto con las lejanas tierras del Virreinato de Nueva España. Por tanto, quedó convenido en seguida el más rápido regreso de «La Florida» a Méjico para dar cuenta de la apurada situación de aquel puñado de valientes.

La nao inició el regreso el 14 de junio de 1528. A mediados del mes siguiente llegó a las islas Papuas. Saavedra es, por lo tanto, el descubridor de estas islas. Tres marineros portugueses hechos prisioneros en las Molucas y avenidos a prestar sus servicios durante esta travesía, se fugaron aquí llevándose consigo el único batel disponible de la nao. Desde este momento la expedición está condenada al fracaso. Saavedra no pudo pasar ni siquiera de las islas de los Ladrones. A la vuelta, el jefe extremeño se detuvo en la isla de Sarragán, interesado en recoger a un marinero enfermo llamado Grijalva, a quien desembarcó a la ida cediendo a sus angustiosas súplicas. Grijalva fue entonces confiado a la guarda de unos indígenas, los cuales respondieron a los requerimientos de Saavedra diciendo que estaba al servicio del reyezuelo de la isla, cuando la realidad era que había sido vendido por ellos como esclavo.

El 19 de noviembre llegó de nuevo Saavedra a las Molucas. Fracasaba por segunda vez la empresa de atravesar el Pacífico de Occidente a Oriente.

Segundo fracaso de «La Florida»

Pero los valientes soldados que luchaban en el archipiélago urgían el enlace con la Nueva España. La situación, cada vez más desesperada, no admitía demora. Precisaba volver a probar la suerte. Aquella era la postrera esperanza que les quedaba.

Este segundo intento de la nao «La Florida» fue preparado por todos, tanto marineros como soldados, con grande entusiasmo y suma minuciosidad, pues la carcoma había ya comenzado en el navío su labor destructora. El casco, recorrido previamente con una masa de cal y aceite, fue luego reforzado con el añadido de una segunda tablazón. Por último, tuvo lugar otro concienzudo y definitivo calafateo con «betún de resina, y aceite y estopa».

El capitán La Torre, jefe de las fuerzas españolas en las Molucas, sugirió a Saavedra, antes de partir, la vuelta a España por el cabo de Buena Esperanza, pero Saavedra rechazó la idea.

Esta travesía le parecía más difícil que la del Pacífico. «La Florida» inicia su segundo intento el 3 de mayo de 1529. A fines del mes siguiente, Saavedra se encuentra en la isla de Paine, situada en la bahía de Geelvink, en la extremidad noroeste de Nueva Guinea. El 15 de agosto, «La Florida» alcanza la isla del Almirantazgo. Islas que parecen en el mapa puntos casi imperceptibles, y no obstante, bojan cientos y cientos de kilómetros. Saavedra se da perfecta cuenta de lo escaso del recorrido efectuado con relación al que todavía le falta por recorrer, y duda aquí entre proseguir su ruta, o, atendiendo la sugerencia de La Torre, virar en redondo en dirección al cabo de Buena Esperanza. Pero después de algunas vacilaciones, persiste en su primera decisión, siguiendo su camino hacia las costas americanas.

«La Florida», nordesteando decididamente, llega a mediados de septiembre a la isla de Ualan, del archipiélago de las Marshall, con su capitán enfermo ya, quebrantado por las penalidades. La nao fondea en una de las islas Utirik, del mismo grupo de las Marshall, donde gran número de habitantes, al son de instrumentos primitivos acompañados de dulces cánticos, hacen objeto a los expedicionarios de una acogida por demás cariñosa. Los navegantes complacieron a los indígenas que manifestaban ardientes deseos de conocer el manejo de los arcabuces. Al ruido del disparo, todos cayeron por tierra. En seguida huyeron despavoridos en todas direcciones y no pararon hasta embarcarse en sus ligeras chalupas para refugiarse en otra isla cercana. Volvieron sin embargo, pasado algún tiempo, y su comportamiento con los expedicionarios volvió a ser lo mismo que al principio. Surtieron con sus productos de manera copiosa las

exhaustas despensas de «La Florida», y ayudaron a llenar de agua los aljibes de la nao.

«La Florida» partió de Utirik rumbo al Norte. Al llegar a los 26° falleció Saavedra, sucediéndole el toledano Laso que no le sobrevivió más de ocho días. El maestre y el piloto tomaron entonces el mando del navío, que alcanzó la latitud 31° Norte. «La Florida» se encuentra ya en un punto más cercano de las costas americanas que de las islas Molucas. No hace falta sino un jefe con un poco de fe. Su nombre hubiese quedado con fama imperecedera en la historia de la navegación. Pero en este momento, un desaliento mortal se apodera de los tripulantes de «La Florida». No se dilata mucho la decisión lamentable de virar en redondo.

Un día del mes de diciembre del mismo año de 1529, la nao «La Florida» alcanza por tercera y última vez el archipiélago de las Especies. Aquel airoso navío no tendrá en adelante ningún objeto; su historia acaba de terminar de manera lastimosa. Tercer fracaso del intento de atravesar de Poniente a Oriente el Océano Pacífico.

Hernando de Grijalva

Año 1535. Sitiado en Lima por los indios y en situación bastante apurada, Francisco Pizarro envía un aviso a Méjico solicitando socorros de su paisano Hernán Cortés. Pizarro desconocía, sin duda alguna, que Cortés estaba desposeído para entonces del cargo de gobernador de los territorios de la Nueva España. No obstante, al recibo del aviso, Cortés remitió de su exclusiva cuenta los socorros pedidos a bordo de dos navíos que salieron al año siguiente del puerto de Acapulco, al mando de Hernando de Grijalva. Tratábase de la nao «Santiago» de 120 toneladas, y del patache «Trinidad» de 90 toneladas. Cortés enviaba en ellos los socorros demandados por Pizarro en hombres de armas, caballos y material de guerra. Los soldados embarcados ascendían a cuarenta. Un refuerzo de cuarenta hombres, pero hombres de verdad, podía suponerlo todo para aquellos conquistadores.

Hernando de Grijalva, una vez llegado al puerto de Paita, pasó aviso a Pizarro de su arribo, pero el caudillo extremeño había para entonces

resuelto la difícil situación que los indios le plantearon, y devolvió los buques a Hernán Cortés, cargados de regalos espléndidos.

Ignórase la fecha de la partida de Grijalva del puerto de Paita, pero se sabe en cambio que, hallándose a gran distancia de la costa, el navegante planteó a la tripulación de su nao, su anhelo de ir al descubrimiento de tierras a través del Océano Pacífico. La tripulación, comprendiendo que el buque no estaba preparado para esta aventura, negóse a obedecerle, pero, al cabo, ante la tenaz insistencia de Grijalva, navegante heroico e ilusionado, acabó por avenirse. Las crónicas de esta expedición no dicen nada del patache, cuyo regreso a las costas mejicanas se conoce en cambio con certeza. Seguramente, Grijalva no pudo convencer a aquella tripulación.

Durante cinco o seis meses, Grijalva navegó a la buena de Dios sin lograr descubrir tierra alguna. Pero mucho más que esta tan larga y desafortunada navegación amainó sus ilusiones la cada vez más creciente escasez de bastimentos, obligándole a disminuir las raciones hasta un punto casi increíble. En aquellas condiciones no era posible seguir adelante, y Grijalva decidió el regreso a Méjico. La ración diaria por persona llegó a consistir en seis onzas diarias de galleta con unos sorbos de agua. La mortandad alcanzó enormes proporciones. Por añadidura, las tempestades maltrataron al navío con ensañamiento.

A la muerte del piloto, los supervivientes perdieron sus postreras esperanzas de alcanzar las costas americanas, y entonces, contra el parecer de Grijalva, decidieron aproar a las islas Molucas. La nao continuó navegando cuatro meses más, con fortuna igualmente desgraciada a la de los cinco o seis meses anteriores. Grijalva murió durante esta nueva etapa de su navegación, acaso asesinado por los tripulantes exasperados.

A los diez meses de su salida de Paita, la «Santiago» avista las islas Papuas, pero la pérdida de un ancla impide el fondeo. Entonces, precisada a seguir adelante, alcanza la isla de Meumcum donde encuentra fondeadero adecuado. Los supervivientes, exhaustos, son ya incapaces de tenerse en pie; por esta razón seguramente, encarece la crónica del viaje que andaban a gatas. Esta afirmación no constituye exageración ninguna. La muerte por agotamiento de la mayoría de los supervivientes la corrobora. Solamente dos de aquellos desgraciados pudieron relatar más tarde, después de

indecibles calamidades, el fin tristísimo de la nao «Santiago» mandada por Hernando de Grijalva con ilusiones descubridoras dignas de otra suerte mejor.

Expedición de Villalobos

El mando supremo de la siguiente expedición al Oceano Pacífico estaba destinado a Pedro de Alvarado, pero los días del valeroso, pero cruel conquistador, estaban ya contados. El coraje de Alvarado reclamaba empresas de verdadero riesgo; la exploración del Océano Pacífico constituía una de sus más fuertes ilusiones. Pero una oscura incidencia acaecida durante una campaña militar emprendida en 1541 contra una sublevación india en el norte de Méjico costó la vida al conquistador que, entre los azares de la campaña, soñando siempre en empresas de magnitudes inusitadas, dudaba entre si dirigir la futura expedición rumbo al Oeste incierto y misterioso, o, al Norte, hacia donde las imaginaciones exaltadas situaban la quimera paradisíaca de *las Siete Ciudades de Síbola*, inventada por fray Marcos de Niza, el franciscano italiano que dirigió la expedición enviada por el virrey Mendoza al Tucuyán.

En vista de la muerte de Alvarado, el mando de la expedición fue encomendado a un experto marino llamado Ruy López de Villalobos. No se omitió ningún detalle al mejor éxito de la empresa. Al igual que para los grandes viajes descubridores, se dictaron para esta expedición ordenanzas especiales.

Prescribíase a Villalobos la prestación del pleito homenaje a la usanza de España, después del cual, él tomaría por su parte juramento a los capitanes, caballeros, soldados, pilotos, maestros y marineros enrolados. Recomendábase a Villalobos el buen trato a sus subordinados. Se señalaba como uno de los principales objetivos de la empresa, la averiguación del mejor derrotero para el regreso. Las instrucciones son minuciosas acerca de este importante punto. Villalobos debe comunicar con la mayor reserva y secreto las noticias concernientes a este derrotero. Tampoco debe olvidar que la expedición tiene por fin promover la exaltación de la fe católica entre países infieles. Deberá tratar a los indígenas con moderación y cariño, pero

confiar muy poco en ellos». Los soldados se abstendrán de saltar a tierra con armas, y no deben matar los animales domésticos de los indígenas, ni penetrar en sus casas, para evitar familiaridades peligrosas con las mujeres de aquéllos. Villalobos deberá excusar cuanto pueda la asistencia a las comidas o banquetes que le brinden los indígenas. La lectura de este apartado evoca inmediatamente uno de los más tristes episodios de la Armada magallánica. Como que esta orden la inspira, sin duda, el recuerdo del trágico banquete de la isla filipina de Cebú que costó la vida a gran parte de los mandos de aquella expedición.

Los expedicionarios están obligados a confesarse antes de partir y, así mismo, al mayor respeto a los religiosos y capellanes de la Armada. La blasfemia está prohibida severamente. Si el blasfemo es hidalgo puede ser castigado con el abandono en tierra; si no es hidalgo, con serle cortada la lengua. Esta severidad recuerda a Hernán Cortés que comenzó su campaña en Méjico penando con dureza inusitada a los blasfemos. Según Pereyra, la blasfemia es desconocida en Méjico. El mismo historiador se pregunta si esto no guardará relación con las rigurosas ordenanzas antiblasfemas de Cortés, si bien aquí es preciso advertir que también en las demás naciones americanas de habla española se desconoce la blasfemia.

La ración de agua en circunstancias normales, aparte la ración colectiva para el caldero, era de media azumbre para cada soldado, tres cuartillos a los marineros y cuartillo y medio a los negros. La ración de galleta y carne, a razón de libra y media diaria de pan y una de carne a los soldados, y dos libras de galletas para cada tres indios. Las instrucciones preveían todas las posibilidades de una larga navegación: los motines, la separación de los navíos del convoy, las incidencias de los desembarcos.

La flota se componía de la nao «Santiago», que enarbolaba la insignia de capitana, las naos «San Jorge», «San Juan de Letrán» y «San Antonio», la galeota «San Cristóbal» y el bergantín «San Martín». Entre soldados y marineros, los expedicionarios sumaban unos cuatrocientos hombres.

La Armada zarpó del puerto de la Navidad el 1 de noviembre de 1542. A los ocho días dieron vista los navegantes a la primera isla: la que nombraron *Santo Tomé* (hoy *San Alberto*). Tres días más tarde surgieron en otra que llamaron la *Nublada* (*isla del Socorro*), y ochenta leguas más

adelante vieron la isla de *Rocapartida (Santa Rosa)* y luego el *Placer de siete brazas* y los *Bajos de Villalobos*, en el archipiélago de Revilla Gigedo.

La expedición recorre hasta el día de Navidad sin ver tierra vastas distancias. Dicho día fue descubierto el archipiélago del *Coral*, llamado así porque la uña del ancla de uno de los navíos elevó consigo, como ascua que por maravilla brotase de las aguas, una fina rama de coral. Villalobos se detuvo en estas islas para repostarse de leña y agua y prosiguió sus descubrimientos a través de un grupo de islas, también de peregrina hermosura, pertenecientes probablemente al archipiélago de las Carolinas. El 23 de enero de 1543 la expedición avista a la altura de 10° una pequeña isla cubierta de palmeras. Los habitantes salieron a recibirles besando el signo de la cruz que formaban con los dedos de manera ostensible. El asombro de los expedicionarios no tuvo límites cuando se oyeron saludados en castellano con estas palabras: «*Buenos días, Matalotes*». La isla recibió este mismo nombre. A los tres días, navegando a la misma altura, descubrieron otra isla que llamaron de *Arrecifes* (hoy *Palaos*).

El día 2 de febrero de 1545 arribó la escuadra a Mindanao después de costear bellos parajes, probablemente pertenecientes a la isla de Luzón, cuyo descubrimiento está atribuido a Villalobos. La isla de Mindanao produjo, por su extensión, profunda impresión a los navegantes. Su admiración quedó condensada en el nombre con que la designaron: *Cesárea Karoli*. Un temporalazo había, con mucha anterioridad, separado a la «San Cristóbal» del grueso de la escuadra. Sin embargo, este buque dirigido con gran inteligencia uniéndose otra vez a la Armada en la isla de Sarangani, al sur de Mindanao.

La llegada de la «San Cristóbal» produjo júbilo entre los expedicionarios, empeñados en aquellos momentos en una dura lucha con los habitantes, que se negaban obstinadamente a suministrarles los más necesarios alimentos. Los indígenas llevaban al combate mucha especie de armas, y dardos con punta envenenada, y hasta algunos arcabuces y artillería menuda. El hambre hacía sentir en la escuadra sobremanera. Los navegantes habían llegado al extremo de considerar manjares muy apetecibles no sólo los perros, gatos y ratones, sino hasta las culebras, lagartos y hojas de árboles. Villalobos sembró previsoramente maíz en

aquellos parajes, pero no obtuvo ningún resultado. Las noticias llevadas por los de la «San Cristóbal» levantaron los ya muy deprimidos ánimos de toda aquella gente. Los tripulantes de la «San Cristóbal» habían navegado solos durante unos cinco meses, y decían de unas islas abundantes en alimentos, cuyos serviciales habitantes cambiaban sus productos con toda facilidad. La «San Cristóbal» habíase detenido sobre todo en Abuyo (hoy Leyte, que los navegantes creyeron la principal de todas aquellas islas. La euforia producida por las inesperadas nuevas cristalizó en un homenaje al príncipe heredero de la corona. Desde entonces data el nuevo nombre del gran archipiélago, conservado hasta nuestros mismos días: *Philipinas, Felipinas* o *Filipinas*.

Primer fracaso de la «San Juan»

Villalobos juzgó llegado el momento de resumir sus impresiones y comunicar a Méjico noticias de la expedición. Este trascendental servicio fue encomendado a la nao «San Juan», que zarpó el día 4 de agosto al mando de su capitán La Torre. La nao llegó sin novedad a la isla de Leyte, desde donde aprovisionada copiosamente de víveres por los habitantes se dirigió al archipiélago de los Ladrones. Un volcán en una de las islas de este grupo, vomitando fuego a gran altura e iluminando de manera siniestra una gran extensión, sobrecogió de espanto a los tripulantes.

El 18 de octubre la «San Juan» estaba a la altura de 30 grados. Los pilotos calculaban que habían recorrido setecientas cincuenta leguas. Una fiera tempestad se ensañó con el navío y resintió de mala manera su arboladura. Los temerosos crujidos del maderamen nada bueno auguraban. Los navegantes, bien a su pesar, decidieron desistir. El navío dio la vuelta para navegar de nuevo hacia las Filipinas.

La violencia del huracán era tan grande que la distancia recorrida desde el 4 de agosto hasta el 18 de octubre fue desandada en sólo trece días. La «San Juan», costeando desde Leyte a Mindanao, llegó a la isla de Sarangani precisamente cuando Villalobos acababa de abandonarla. Unos temporales de inusitada violencia habían desbaratado la escuadra. Villalobos, completamente descorazonado y sintiéndose además, incapaz de remediar

el hambre que apretaba cada vez más a sus hombres, había decidido refugiarse con los restos de su Armada en las islas Molucas a pesar de la severa prohibición de las Instrucciones de tocar en ellas.

La llegada de Villalobos a la isla de Tidor provocó un grave conflicto con los portugueses, que sospecharon en los españoles intenciones agresivas. El general de la derrotada escuadra y don Jorge de Castro, gobernador portugués de las islas Molucas, cruzáronse con este motivo una serie de largas notas. Por fortuna, el agustino Padre Santisteban, uno de los cronistas de esta expedición, se encargó de explicar a los portugueses el forzado motivo del arribo, con lo cual cedió la peligrosa tensión.

Segundo y ultimo fracaso de la «San Juan»

Tranquilizados los ánimos de unos y otros comenzaron los expedicionarios inmediatamente a preparar otra vez la travesía del Océano Pacífico de Occidente a Oriente. La nao «San Juan» resultó de nuevo designada para la difícil empresa. El buque, convenientemente preparado, zarpó del puerto de la isla de Tidor al mando de Iñigo Ortiz de Retes el día 16 de mayo de 1545.

La ruta seguida esta vez por la nao difiere totalmente de la anterior. La «San Juan» navega siguiendo sensiblemente la línea ecuatorial, con rumbo muy parecido al del segundo intento de Saavedra.

Las primeras islas avistadas por los navegantes fueron denominadas de Talao. Calmas y vientos contrarios detuviéronles aquí ocho días. La nao alcanzó al mes de su salida, a impulsos del Noroeste, un archipiélago, cuyos habitantes, tripulando ligeras embarcaciones, atacaron a los españoles a flechazos en seguida de sentirse fracasados en sus intentos de hacerlos surgir en un puerto que insistentemente les indicaban por señas. Pero unos arcabuzazos los dispersaron muy pronto. El mismo día alcanzó Retes una isla que costó durante largo tiempo, pero sin poder rodearla, según era su propósito, a pesar de recorrer como unas doscientas cincuenta leguas de litoral. Retes denominó aquella tierra con el nombre de Nueva Guinea, pues los habitantes eran completamente negros. La «San Juan» ancló a la desembocadura de un río que se denominó de San Agustín. Retes tomó posesión de Nueva Guinea en nombre de España.

La «San Juan» siguió navegando por entre una cadena de islas cercanas al Ecuador. En una de ellas, los habitantes atacaron a los expedicionarios con gran valentía, disparando flechas desde sus veloces embarcaciones sin hacer el menor caso de los arcabuzazos a bocajarro con que eran rechazados. Mataron un marinero, lo cual da una idea de su agresividad. Casi todas aquellas islas estaban habitadas por gentes parecidamente belicosas, pues los ataques se repitieron muchos días.

El día 27 de agosto, cuando la «San Juan» llevaba recorridas según el cálculo de los pilotos más de trescientas sesenta leguas y el objetivo final estaba todavía a enorme distancia, los pilotos, secundados por la tripulación, intimaron a Ortiz de Retes al regreso. Retes arengó ardorosamente a los expedicionarios, pero todos sus razonamientos se estrellaron contra la decidida intención de volver manifestada por ellos. Por segunda vez, la «San Juan» viró en redondo. El 3 de octubre de 1545 la nao alcanzaba la isla de Tidor.

Este nuevo fracaso concluyó de destrozar las postreras esperanzas de López de Villalobos, que rechazó cuantas proposiciones le efectuaron los más decididos de los suyos para intentar de nuevo la travesía. La historia no ha pronunciado todavía su última palabra acerca del desgraciado navegante a quien más tarde sus oficiales atacaron con gran saña, pero que fue, en cambio, defendido noblemente por el principal cronista de la expedición, el agustino Padre Santisteban. Alguno hubo que, apasionada y calumniosamente, hasta atacó a Villalobos de malversador de fondos. En aquella hora de decaimiento, acaso le faltó la necesaria decisión para intentar por tercera vez la travesía del Pacífico, pero sea ello como fuere, un hecho resulta cierto. La pesadumbre producida por el desastre de su Armada, aunada con los padecimientos, hirió de muerte a aquel hombre recto.

Los restos de la expedición regresaron a España a bordo de navíos portugueses por la ruta del cabo de Buena Esperanza. Ruy López de Villalobos no alcanzó su patria. Falleció en Amboina, casi a la misma iniciación del viaje de regreso, asistido en su agonía por San Francisco Javier, llegado muy poco tiempo antes a aquel puerto del mar de Banda. Los últimos momentos del gran fracasado obtuvieron una inmortal

circunstancia. Persiguió con ahínco, aunque en vano, nombradía gloriosa, y la obtuvo, sin saberlo, en los momentos preliminares a su muerte. El nombre de Villalobos es muchísimo más conocido por ese motivo que por sus estériles esfuerzos de navegante.

Resumen del capítulo. El hombre no puede atravesar el Océano Pacífico partiendo desde el Extremo Oriente en dirección a las costas americanas. Sus seis intentos en este sentido constituyen otros tantos fracasos.

UNA NUEVA EXPEDICIÓN

Un virrey amonestado

Un largo período de silencio sigue al fracaso de López de Villalobos. No parece sino que la raza de los conquistadores renuncia al sueño de Hernán Cortés; adueñarse de las vastas extensiones del Pacífico y convertir el virreinato de Nueva España en el punto intermedio de comunicación entre dos Océanos, nudo de enlace entre España y sus posibles conquistas en el Extremo Oriente. Este ideal parecía inasequible en absoluto. La triste sucesión de fracasos sirvió para difundir la creencia general de que era imposible atravesar el Pacífico de Occidente a Oriente. Y es obvio que no cabían expediciones españolas de descubrimiento en el Pacífico, si los buques salidos de la costa americana para adentrarse en ese Océano tenían vedado el regreso al punto de partida. Los navegantes estaban, más tarde o más temprano, destinados a quedar abandonados a su propia ventura. En el mejor de los casos, de serles la suerte propicia, a merced de la generosidad portuguesa, con opción a volver a su patria en navíos de aquella nación por la ruta del cabo de Buena Esperanza, o de otro modo, a perecer de hambre en alguna isla desierta o a manos de salvajes en el estado de vida más primario imaginable.

Pero los hombres no se dejan vencer tan fácilmente; la virtud de saber insistir, suele casi siempre constituir la raíz y fundamento de sus glorias mayores. Las conquistas humanas, al fin y al cabo, son el resultado de una suma de fracasos. Los repetidos descalabros no habían conseguido sino acrecer la porfía, pero cada vez más inteligente, más calculada.

Catorce años después del desastre de la Armada de Villalobos, una cautelosa carta de Felipe II al virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco, descubre los preparativos que estaban efectuándose para otra nueva expedición al Pacífico. La carta de Felipe II lleva el refrendo de su

secretario Eraso, y se refiere a una orden anterior de preparativos y a una Junta de técnicos, que, convocada por Velasco, tenía ya estudiados diversos extremos de la nueva expedición en proyecto, tales como el cálculo de los navíos, gente y bastimentos necesarios, así como el rumbo más conveniente. Felipe II encarece el proseguir las tareas preparatorias con el gasto menor posible para la real Hacienda, y encarga la ultimación de los detalles al criterio y arbitrio del virrey, como mejor conocedor de las complejas exigencias planteadas por el proyecto.

El nuevo plan persigue un objetivo concreto. Saber «si es cierta la vuelta», es decir, establecer de fijo si la travesía del Océano Pacífico de Occidente a Oriente es verdaderamente posible. La expedición, de ninguna manera entrará en el archipiélago de las Molucas, para no contravenir el acuerdo efectuado por su padre, el emperador Carlos V, con el rey de Portugal, y deberá dirigirse a algunas otras islas «comarcanas a ellas», tales como las Filipinas por ejemplo, u otras fuera de la línea limitadora de las posesiones portuguesas. Por lo que la carta deja traslucir, Felipe II creía, erróneamente por supuesto, que las islas Filipinas estaban fuera de la demarcación portuguesa. La carta descubre también el nombre de un técnico llamado Juan Pablo de Carrión que toma parte muy activa en los preparativos. Carrión, uno de los pilotos de la fracasada expedición de Villalobos, volverá a aparecer de nuevo en esta historia imponiendo un curso decisivo a sus acontecimientos. Felipe II insiste, antes de terminar, ordenando que los navíos no se detengan en los puntos de arribo, sino que «luego den la vuelta a esa Nueva España porque lo principal que en esta jornada se pretende es saber la vuelta pues la ida se sabe que se hace en breve tiempo».

La carta de Felipe II finaliza con una severa amonestación al virrey por no haber mantenido en un mayor secreto los preparativos. «De aquí en adelante —dice el rey— estaréis advertido de tener más recatamiento por que de esto han nacido inconvenientes». Es probable que esta seria reprimenda estuviera motivada por alguna suspicaz advertencia portuguesa, cuya Corte veía siempre con recelo los proyectos navales españoles referentes al Pacífico.

El ruego del rey a un fraile agustino

Hemos dejado de intento al comentar los extremos de esta carta un significativo aparte que, transcrito textualmente con su misma ortografía y sus mismas fugas sintácticas dice así: «La carta que os parece que se escriba a fray Andrés de Urdaneta de la Orden de San Agustín que esta en esa ciudad para que vaya en esos navíos por la experiencia que tiene de las cosas de aquellas islas de la Especiería por haber estado en ellas os mando enviar con esta y otra para su provincial encargándole que de orden como vaya hazer se las habéis dar para que se cumpla lo que en esto les encargamos».

La carta real con destino a fray Andrés de Urdaneta y remitida al virrey de la Nueva España está por su parte redactada de esta forma. (Modernizaremos la ortografía de éste y de cuantos documentos sigan. Nuestro empeño es conseguir, en lo posible, un estudio de fácil lectura).

«El Rey= Devoto Padre Fray Andrés de Urda-
» neta de la Orden de San Agustín. Yo he sido in-
» formado que vos siendo seglar fuisteis en la
» Armada de Loaysa, y pasasteis al Estrecho de
» Magallanes, y a la Especiería donde estuvisteis
» ocho años en nuestro servicio. Y porque ahora
» Nos hemos encargado a don Luis de Velasco,
» nuestro virrey en esa Nueva España, que envíe
» dos navíos al descubrimiento de las islas del
» Poniente hacia las Molucas, y les ordene lo que
» han de hacer, conforme a la instrucción que se
» les ha enviado, y porque según la mucha noti-
» cia que dicen que tenéis de las cosas de aque-
» lla tierra y entender como entendéis bien la na-
» vegación de ella, y ser buen cosmógrafo, sería
» de gran efecto que vos fueseis en los dichos na-
» víos, así para lo que toca a la dicha navegación,
» como para el servicio de Dios nuestro Señor y
» nuestro: Yo os ruego y encargo, que vayáis en

» los dichos navíos, y hagáis lo que por el dicho
» virrey os fuere ordenado, que demás del ser-
» vicio que haréis a nuestro Señor, Yo seré muy
» servido, y mandaré tener en cuenta con ello, pa-
» ra que recibáis merced en lo que hubiere lu-
» gar. De Valladolid a 24 de septiembre de 559
» años=Yo el Rey=».

Añadirlo es obvio. Felipe II quiere sencillamente que Urdaneta sea el jefe técnico de la expedición en proyecto.

Urdaneta. Esbozo de biografía

Cada biografía exige la resolución de sus propios y particulares problemas. En este momento precisa olvidar por completo nuestro anterior estudio biográfico de Urdaneta. El trazado de un nuevo, aunque mucho más breve, bosquejo de este personaje es obligado al llegar a este punto.

Andrés de Urdaneta y Ceráin pertenece a ese tipo humano del siglo dieciséis, cuya inquietud y dinamismo obligan a la pregunta de si aquellos hombres pertenecían por ventura a otra especie diferente de la de todos los demás tiempos. Urdaneta contaba tan sólo diecisiete años cuando, al lado de un hombre que gozaba en su época de fama insuperable, se asomó por vez primera a la historia. El muchacho guipuzcoano se embarca en la Armada de Loaysa en calidad de ayudante de Juan Sebastián de Elcano.

Al paso de la escuadra por el estrecho de Magallanes, travesía llena de azares a cuál más desgraciados, Elcano, a pesar de la corta edad de su subordinado, encomienda a éste comisiones sumamente arriesgadas, erizadas de peligros enormes. Urdaneta cumple todas las consignas y resuelve las mayores dificultades en medio de aquella naturaleza desconocida y hostil, de manera que produce admiración. Más tarde, durante la desastrosa travesía del Pacífico, relatada en el anterior capítulo, Urdaneta asiste a los últimos momentos de su jefe. La crónica del viaje, escrita por el propio Urdaneta, se extiende en detalles acerca de la gran mortandad causada por el escorbuto durante esta travesía. La lectura atenta

de este relato revela en su autor una notable independencia de criterio, sobre todo para manifestada por un joven de tan pocos años, y además, un espíritu observador grandemente desarrollado. La crónica de Urdaneta, a pesar de su estilo farragoso, es un documento vivo, atestado de anotaciones a cuál más interesantes y curiosas. Urdaneta, gran observador, lo anota todo.

El arribo de la «Santa María de la Victoria» a la isla de Tidor dio origen a una prolongada lucha con los portugueses que habían establecido sus bases en el archipiélago molucense con anterioridad. La lucha fue llevada con tenacidad por ambas partes, a pesar de que los españoles, incapaces de cubrir sus pérdidas, se desenvolvían en condiciones de gran desventaja contra un enemigo poseedor de bases cercanas y poderosas, y por lo tanto en condiciones de reponer rápidamente sus bajas.

Urdaneta conduce expediciones navales y terrestres con gran ardimiento e inteligencia. Manda pequeños destacamentos españoles, aliados con nutridas masas de indígenas. Alcanzó a tener entre éstos gran ascendiente, primero por su valor indomable, y, luego, por su conocimiento a la perfección del idioma de aquellos parajes. Empero, el resultado de la lucha venía siendo desde mucho tiempo atrás claramente previsible. A pesar de todo, llegado el momento inevitable de la derrota, Urdaneta, al frente de un puñado de disidentes, negóse a aceptar las condiciones del armisticio firmado por su jefe La Torre con el general portugués. Siempre vio en aquella tan desigual lucha posibilidades victoriosas. Urdaneta convirtiéndose entonces en un singular tipo de aventurero. El archipiélago fue recorrido por él a la redonda, a lo que buenamente se terciara, en navegaciones a bordo de frágiles canoas indígenas. Unas veces guerreando por su cuenta, otras como mercader, para subvenir así al mantenimiento del grupo que le seguía, y algunas otras veces, impelido por la necesidad, hasta —es preciso decirlo todo— como algo muy parecido al pirata. Pasman los recursos de su inventiva inagotable.

Pero su espíritu de fraternidad cristiana y peninsular permaneció vivo siempre. Salvó de una matanza a los mismos portugueses a quienes combatía, avisándoles los planes de una sublevación general fraguada contra ellos por los indígenas. Su sentido político, que es lo mismo que decir su sentido de la realidad, igualaba su valentía.

Urdaneta regresó a España, al igual que los restantes supervivientes de la expedición Loaysa, a bordo de un navío portugués por la ruta del Cabo de Buena Esperanza, once años después de su salida de La Coruña. El guipuzcoano traía consigo una hija de corta edad habida en las Molucas, probablemente en la isla de Gilolo.

A su llegada a Lisboa, las autoridades portuguesas le registraron minuciosamente, despojándole de muchas cartas de marear y planos referentes al archipiélago de las Especias, fruto de sus observaciones y pacientes trabajos durante sus andanzas por aquellos mares. Urdaneta tenía toda aquella documentación oculta y muy bien disimulada a su parecer. Los hombres de entonces trabajaban para la geografía con sentido demasiado exclusivo en beneficio de sus países. Pero las pesquisas portuguesas no escasearon su rigor con Urdaneta. El guipuzcoano, mal resignado con aquella medida, manifestó sus deseos de protestar del despojo presentándose ante el mismo rey de Portugal nada menos. El embajador de Carlos V en Lisboa le disuadió de este propósito y aún le aconsejó abandonar Portugal sin pérdida de momento para evitarse así perjuicios mayores. Urdaneta atendió el consejo atravesando la frontera en un caballo que le prestó el mismo embajador. Contaba a la sazón unos veintiocho años.

Los cronistas anotan que la declaración de Urdaneta en Valladolid ante el Consejo de Indias, después de su llegada de Lisboa, produjo gran admiración. Su estancia en la Corte duró poco tiempo. Urdaneta conoció en Valladolid al famoso conquistador Pedro de Alvarado. Es muy posible que esta amistad constituyese, en gran parte, el motivo fundamental que encauzó hacia tierras americanas los arrestos aventureros de Urdaneta. Vistos los antecedentes del personaje, su nueva trayectoria aparece completamente natural.

Urdaneta vuelve de nuevo a vivir durante otros catorce años la dura vida del conquistador. Sábese que junto con su amigo Alvarado estuvo en la Isla Española, en tierras de la actual república de Santo Domingo. Urdaneta llegó también a ostentar el mando supremo de las tropas de infantería enviadas para reprimir una sublevación de los indios en la región de Guadalajara de Méjico. Pero los detalles menudos de esta nueva etapa de su vida permanecen en la penumbra. Sólo si algún día llegan a ser descubiertos

todos los manuscritos de Aganduru Moriz, el agustino tan gran admirador de Urdaneta, sabremos, acaso, de hazañas tuyas que ahora nos son desconocidas.

Garci-Laso de la Vega, el Inca, cuenta haber oído que cuando la desventurada segunda esposa de Alvarado, doña Beatriz de la Cueva, marchó a América para unirse a su marido, iba acompañada de un séquito de muchas doncellas aspirantes a casarse con los bravos capitanes a las órdenes de aquel conquistador. Pero el efecto causado por estos valientes en aquellas damas resultó deplorable. «Parece que escaparon del infierno, según están estropeados —comentaban—: unos cojos y otros mancos; otros sin orejas; otros con un ojo; otros con media cara. Y el mejor librado la tiene cruzada una, dos, y más veces». Los acerbos comentarios de las remilgadas doncellas hirieron en lo más vivo a aquellos veteranos mutilados tan desayudados por sus figuras. Uno de ellos, al verse despreciado de aquella manera, marchó a su casa y envió llamar en seguida un sacerdote para que legitimara su situación con una india, mujer noble, con la cual vivía y en quien tenía dos hijos naturales.

Acaso Urdaneta estaba entre aquellos capitanes. Desde luego, su rostro correspondía exactamente a la escena descrita por Garci-Laso. Urdaneta tenía su cara harto deformada. Por dos veces durante su azarosa vida tuvo la desgracia de sufrir en pleno rostro explosiones de cargas de pólvora. La primera vez en el estrecho de Magallanes, y la segunda, con carácter más grave, durante un combate naval en las islas Molucas. Desde este momento sobre todo, su faz quedó para toda su vida desdibujada por horribles quemaduras. El autor del *Amadis*, amigo de idealizar esta clase de percances, hubiera dicho que Urdaneta «tenía el rostro manchado de las armas».

Este capitán fundamentalmente valeroso, a quien se encomendaban comisiones de más creciente responsabilidad cada vez, abandonó su carrera militar a los cuarenta y cuatro años de edad para vestir el hábito religioso. Ignóranse en absoluto los motivos de esta decisión adoptada a edad tan madura. La historia de esta alma nos es, por desgracia, desconocida. Lo cierto es que Urdaneta profesó en el monasterio de los agustinos de la ciudad de Méjico. Esta súbita decisión, aunada más tarde con la

ejemplaridad de su vida religiosa, acreció grandemente la aureola de prestigio legendario que nimbaba al glorioso soldado.

He ahí, trazada en pocas líneas, la silueta de aquel hombre extraordinario a quien el mismo Felipe II se dirige rogándole cargue sobre sus hombros la dirección técnica de la nueva expedición proyectada al Océano Pacífico.

El agustino navegante

El claustro no sofocó, antes al contrario, las viejas aficiones de Urdaneta a la cosmografía. A fin de cuentas, el mismo Urdaneta fue quien planteó en Méjico nuevamente la cuestión de la travesía de Poniente, dejada de mano, al parecer, desde el fracaso de López de Villalobos. El agustino sostenía no sólo la posibilidad, sino lo fácil de atravesar el Pacífico de Occidente a Oriente. El virrey Velasco, espejo de gobernantes, anheloso de iniciativas, planteó de nuevo, sugestionado por Urdaneta, la olvidada cuestión.

El agustino llegaba hasta la hipérbole para afirmar su seguridad en el éxito de la empresa. Él se comprometía, según decía, a volver a América no ya sobre una nave, sino sobre una carreta. Pero Urdaneta razonaba además su proyecto con el más exigente rigor científico. Por eso añadía Velasco en otra carta a Felipe II. «La navegación que se ha de hacer ninguna persona en estos reinos ni en éstos lo entiende tan bien como él, además que para toda manera de negocios es prudente y templado y tiene muy buen parecer». Elogio muy conciso, pero difícilmente superable. Nada falta a este retrato moral dibujado con tan sobrias palabras. La sabiduría verdadera es un compuesto de templanza y prudencia. Velasco no detiene su atención en la faz abrasada del agustino. Su misma deforme facha grabada a fuego contribuía, sin duda alguna, a prestar a la figura de Urdaneta cierta rara y hermosa manera de sublimidad.

Preparativos

Los preparativos de la expedición iniciados hace ya tiempo en los astilleros del Puerto de la Navidad proseguían aceleradamente. Muchos detalles permitían fácilmente deducir la importancia de la empresa. El virrey Velasco había delegado en su mismo hijo —encarecido por su padre a Felipe II como «mozo diligente y de buena habilidad»— la inspección directa de todos los trabajos, para acuciar así más su ritmo, pues se tropezaba con grandes dificultades para proveer al sin fin de pormenores. También el estudio de esta expedición permite deducir la misma idéntica consecuencia que de todas las empresas de colonización se deriva. Las conquistas españolas fueron factibles por la combinación de los medios proporcionados por España con los de América.

Al puerto de la Navidad iban afluyendo constantemente largas hileras de carretones cargados de bastimentos, artillería, armas y municiones. Algunos efectos, las jarcias por ejemplo, se encargaron a Sevilla. De los puertos de Acapulco y Tehuantepec llegaron pataches cargados de mástiles, entenas, áncoras y otros efectos navales, algunos de los cuales provenían de Veracruz, de donde se trasladaron por mar a Guazacoalco, y de aquí, por tierra, a Tehuantepec.

Dos de los navíos en construcción eran de gran tamaño. Bien podía el virrey Velasco ponderar al rey aquellos buques, así como los restantes destinados a completar la Armada, «como las mejores piezas que han caído sobre la mar del Sur». Los constructores tendieron sobre todo a la solidez de las embarcaciones.

Conjeturas

La gente no podía penetrar totalmente el secreto, pero, calculando la importancia y el volumen de todas aquellas actividades, conjeturaba, y sus sagaces deducciones adivinaban el objetivo.

Ya se ha visto cómo reprochaba Felipe II al virrey Velasco su falta de discreción. Según el rey, Velasco dejó traslucir al dominio público la verdadera finalidad de la empresa, siguiéndose de aquí serios entorpecimientos, de origen internacional seguramente. Pero a Velasco le sobraba razón cuando humildemente se justificaba ante la severa

reprimenda del rey diciendo que «en obra que andan hachas y martillos no se puede guardar secreto». Por mucho que el virrey echara a volar la especie de que los barcos en construcción estaban destinados a servir de correos con el Perú y también para «seguridad de la costa», el pueblo no creía estas afirmaciones, sino todo lo contrario. Era inútil que el rey ordenara cautela desde su angosto gabinete de trabajo. «Todos juzgan —añadía el virrey en su carta a Felipe II— que los navíos no son para otro efecto, sino para la jornada de las islas del Poniente».

LEGAZPI

Presentación

Cada día que pasaba, nuevos detalles venían a corroborar la acertada presunción de los habitantes del Virreinato. Al nombramiento de Urdaneta como director técnico, o piloto mayor del viaje, siguió la designación de «gobernador y capitán general» de la expedición.

Henos aquí ya, por fin, ante el personaje objeto de este estudio. En febrero de 1561 el virrey escribe a Felipe II: «Para caudillo y principal de la gente que con ellos ha de ir, que serán de doscientos cincuenta a trescientos hombres entre soldados y marineros y gente de servicio, he señalado a Miguel López de Legazpi, natural de la provincia de Guipúzcoa (en el original dice: *lepuzcoa*) hijodalgo notorio de la casa de Lazcano (*Iezcano*) de edad de cincuenta años y más de veintinueve que está en esta Nueva España, y de los cargos que ha tenido y negocios de importancia que se le han cometido ha dado buena cuenta y a lo que de su cristiandad y bondad hasta ahora se entiende no se ha podido elegir persona más conveniente y más a contento de fray Andrés de Urdaneta (*hurdaneta*) que es el que ha de gobernar y guiar la jornada, porque son de una tierra, y deudos y amigos y conformarse han».

Biografías dificultosas

Ninguno de los cuatro grandes guipuzcoanos universales del siglo XVI: Loyola, Elcano, Urdaneta y Legazpi, sintió la preocupación de transmitir a la posteridad el relato de sus hazañas. Quienes durante los últimos años de Ignacio de Loyola rodeaban a éste, se vieron y desearon para arrancarle, poco antes de su muerte, una somera autobiografía que deja en la penumbra multitud de interesantes detalles de sus andanzas. Por él, nunca hubiésemos

sabido nada de su vida. Afortunadamente, las huellas dejadas al pasar por aquel gigante del espíritu son muy visibles todavía.

Escribir la biografía de los tres restantes, es, al menos en otro orden de cosas, todavía más difícil. Elcano es un tipo despreocupado en absoluto de su hazaña increíble. Su ausencia de vanidad asombra. Las lagunas biográficas de su vida no podrán, por desgracia, ser colmadas nunca. Urdaneta es otro personaje muy parecido. Los detalles autobiográficos de su vida sólo alcanzan hasta sus veintiocho años de edad poco más o menos. De su larga época de conquistador en América apenas si nos dice más de media docena de líneas, y eso que los servicios que durante ese lapso se le encomendaron fueron de mucha importancia. Más tarde, Urdaneta resume el suceso cumbre de su vida, hito perdurable de la historia de la navegación, en veinte renglones.

Legazpi plantea a sus biógrafos otra grave dificultad. Legazpi llega a la celebridad cuando ya casi es anciano, pues es muy probable que contara algunos años más de los que el virrey le asigna en su comunicación al rey, porque tenía al tiempo de su nombramiento nietos bastante crecidos. Lo que hasta su senectud sabemos de Legazpi es bien poco.

La casa y el pueblo

La vida de Miguel López de Legazpi y Gurruchategui, hijo de Juan Martínez de Legazpi y doña Elvira de Gurruchategui, comienza en el pueblo de Zumárraga, en Guipúzcoa, entre los años 1503 y 1505. Su casa natal existe todavía. Los viajeros de la línea del ferrocarril del Norte pueden aún contemplar enfrente de la estación de Zumárraga, sobre una pequeña eminencia, los vetustos muros de la casa natal del conquistador de Filipinas. La construcción del ferrocarril hizo temer la desaparición del viejo caserón, situado en lugar muy próximo al trazado de la línea. El escritor Soraluze, contemporáneo de las obras, dice de seguridades ofrecidas por la Compañía en orden a respetar la casa cuyos muros vieron nacer al último y más humano de los conquistadores. Hoy, la casa de Legazpi se hunde en medio de la más dolorosa indiferencia y abandono. La visión de este palacio deshabitado en ruinas a punto de derrumbarse, rodeado de modernos

pabellones industriales, es verdaderamente cruel. Ni siquiera el escudo que en la actualidad aparece sobre la clave del arco de la puerta de entrada pertenece a la casa del conquistador de Filipinas. Es de una familia allegadiza, la de Arriarán, que sustituyó con su blasón las armas primitivas.

El nombre de esta casa es Jáuregui, palabra que, en euskera, significa palacio y evoca la pretérita importancia de la mansión. Porque Zumárraga era, al tiempo del nacimiento de Legazpi, una pequeña aldea bien lejana de prometer la aglomeración urbana e industrial, creciente de día en día, que actualmente constituye. El cauce del río Urola la separa del pueblo de Villarreal de Urrechua cuya fundación al fin de la Edad Media fue tan laboriosa. Zumárraga estuvo entonces unida a Villarreal durante bastante tiempo. Zumárraga y Villarreal constituyen hoy dos ayuntamientos y un absurdo municipal. El actual trazado de la villa natal de Legazpi es de origen reciente. Recuerdo haberlo oído más de una vez a mi abuelo materno, cómo los soldados de la columna del general Loma que, durante la segunda guerra civil, llegaban a Zumárraga, preguntaban irónicos a los vecinos en la soberbia plaza donde actualmente se alza el monumento al conquistador: «¿Dónde está el pueblo de esta plaza?»

Una aldea insignificante erigida sobre una eminencia era todo cuanto Zumárraga formaba en añejos tiempos. El primitivo barrio de Eizaga se eleva, abierto a un panorama bellísimo, en la misma divisoria de las vertientes de dos importantes ríos guipuzcoanos, sobre los valles del Oria y del Urola. A un lado, el horizonte limitado por las agudas crestas del Aralar navarro; al fondo, las escarpas del Aitzgorri; al otro lado, la aguda cima del Irimo, en cuya falda aparece la traza severa de la casa solar de los Ipeñarrieta, donde vieron la luz personajes que ostentaron cargos de la más alta confianza cerca del tercero y cuarto de los Felipe. Velázquez pintaba entonces a los Ipeñarrieta. Todas las casas solares del país tuvieron su época dorada.

Los vecinos del primitivo Zumárraga, unas veces dependían de la villa de Segura, de tanta importancia en la historia guipuzcoana por su carácter fronterizo con Navarra; otras veces dependían de la Alcaldía mayor de Areria; otras de Villarreal de Urrechua, aunque conservando siempre cierta particular autonomía. Segura y Villarreal de Urrechua se disputaron durante

mucho tiempo la agregación a sus respectivas vecindades de la colación de Santa María de Zumárraga. Más tarde, existe un largo lapso de tiempo que comienza en 1411, con ocasión de su separación de Segura, y termina en 1660, fecha de la agregación a la Alcaldía mayor de Areria, durante el cual los trazos de la vida municipal de Zumárraga se pierden totalmente. Las Alcaldías mayores parecen, a primera vista, agregados de diferentes aldeas subordinadas a una jurisdicción común, pero constituían, en realidad, brotes larvados de feudalismo. Es bien fácil comprender, con todos estos antecedentes, la preponderancia de la casa solariega de Legazpi por los alrededores de Zumárraga.

Los antepasados

La casa natal de Legazpi parece por todas las trazas fundada por algún descendiente del solar de Balda, situado en la villa de Azcoitia. Las armas de Legazpi, las cinco bandas negras en campo de oro, corresponden al escudo de la casa de Balda, proveniente, a su vez, de la casa de Eizaguirre. En la negra historia de las guerras de bandos durante la Edad Media, la casa de Balda ocupa muy triste y preeminente lugar. Lope García de Salazar dice en sus «Bienandanzas e fortunas...», libro escrito en 1471, que, los señores de las casas solares eran «omes mucho soberbios». Otra de las muchísimas veces en que se refiere concretamente a la casa de Balda, añade unas líneas muy evocadoras del ambiente de los antepasados de nuestro personaje:

«en el año del Señor de 1446, obieron una
» pelea estos Juan Lopes de Lezcano e Ladrón,
» de Valda, que eran partidos e contrarios en
» Zumarraga, estando ayuntados e asonados mu-
» chas gentes de Onis (Oñaz) e Gamboa, e fue
» vencido el dicho Ladrón de Valda, e los Gam-
» boynos, e movieron setenta omes delilos, e que-
» marón la villa de Escoytia (Azcoitia), que era
» del bando del dicho Ladrón de Valda».

De la lectura del mismo libro de Lope García de Salazar dedúcese también que estos mencionados Juan López de Lezcano y Ladrón de Balda, eran quienes poseídos de mayor espíritu belicoso procuraban en todo momento mover pendencias y llegaban a peores extremos en aquella sangrienta lucha fratricida. La influencia de las casas solares en el país durante la época de vida dispersa en el campo fue enorme. El fin de aquel largo período turbulento señala la victoria de las villas sobre las casas solares, pero, a pesar de todo, las casas solariegas continuaron influyendo de manera muy poderosa durante el tránsito de la vida del campo a la manera organizada de las villas, y aun durante mucho tiempo después de fundadas éstas.

Una lacónica declaración del propio Legazpi, efectuada en Méjico para reforzar la petición de algunas mercedes, atestigua distinguidos servicios militares prestados por sus antepasados a la Corona Real de Castilla. El padre de Legazpi tomó parte en la campaña de Italia. Legazpi no dice de su padre sino este detalle escueto, pero es casi seguro que, dado su noble origen, Juan Martínez de Legazpi ostentara mando honroso en aquellas famosas milicias vascas que tanto se distinguieron en aquella guerra y cuya indisciplinada bravura obligó al Gran Capitán a pronunciar aquella frase anotada por el historiador Zurita: «que mucho más quisiera ser leonero que tener cargo de aquella nación», es decir, de soldados vascos.

Conviene aquí señalar el papel preponderante desempeñado durante aquella guerra por un gran soldado y mejor marino llamado Juan de Lezcano (o Lazcano) a las órdenes del Gran Capitán. Recuérdesse cómo el virrey Velasco señala a Legazpi, en una de sus cartas al rey, como hijodalgo notorio de la casa de Lezcano. La misma breve declaración de Legazpi más arriba indicada, añade que su padre tomó parte con el grado de capitán en la guerra de Navarra, cuando la determinación francesa de reponer a Andrés de Foix en el trono de aquel reino, y luego, frustrado este propósito, con motivo del intento de invasión de Guipúzcoa por Behobia, Irún y Fuenterrabía. Esta campaña levantó en Guipúzcoa oleadas de entusiasmo belicoso. Todos los pueblos guipuzcoanos enviaron a la frontera sus milicias armadas. Legazpi asigna a su padre el grado de capitán durante esta campaña. Sabido es el carácter que este empleo tenía entonces. Por lo tanto,

es también casi seguro que Juan Martínez de Legazpi mandara en las milicias guipuzcoanas algún grupo más o menos nutrido de naturales de Zumárraga y alrededores.

El ambiente

Todo entonces convidaba a las hazañas. Legazpi pertenece al siglo de los libros de caballerías y de las proezas extraordinarias, siglo vital que ponía al alcance de cualquiera las aventuras más maravillosas. El niño Legazpi crece oyendo cada día relatos de fastos deslumbradores. El hombre propende a conducirse conforme a las sugerencias de su infancia; el primer ambiente vivido por él explica mucho su conducta posterior. Legazpi conoce, por ejemplo, de los relatos de su padre, la historia viva de las campañas victoriosas del Gran Capitán, enfrentándose lejos de su patria a situaciones sumamente comprometidas con los poderosos recursos de su ánimo valeroso. Ningún libro iguala en eficacia evocadora la historia presenciada.

El padre de Legazpi cumplía, sin saberlo, el inmejorable principio educativo de formar a sus hijos en una atmósfera imaginativa propicia a la germinación de las ideas que les inculcaba. La figura magnánima del gran militar adorado por sus soldados, desfiló, sin duda alguna, innumerables veces ante la imaginación del niño Legazpi. Los ejemplos de aquella generosidad ejercida sin tasa con los vencidos, y, por añadidura, con elegancia difícilmente superable, ahincáronse seguramente de manera profunda. Y esta generosidad había sido ejercida con gente misma de tierra vasca. Siendo bien niño supo seguramente Legazpi las palabras conmovidas que el Gran Capitán escuchó de labios del audaz y valeroso corsario vasco, terror de Roma, al servicio del rey francés, Menaldo Guerri, cuando ordenó su libertad al siguiente día de derrotarle y hacerle prisionero. Y así mismo la historia del pirata Artache, o Arteche (que mi amigo Luis María de Lojendio descubre en su excelente estudio *Gonzalo de Córdoba-(El Gran Capitán)*), apresado en el Mediterráneo, y a quien en lugar de colgar de una entena, Gonzalo de Córdoba encuadró en el acto con categoría de capitán en sus agueridas milicias de vizcaínos.

Legazpi pudo muy pronto deducir de todos estos relatos una enseñanza capital. Un político, un verdadero político saca partido de todos los hombres y de todas las situaciones. Cualquier hombre, por opuesto que le supongamos a nuestros puntos de vista, puede servir a nuestros designios; todo estriba en nuestra manera de tratarle.

Estilo

Pero los datos autobiográficos dejados más tarde por Legazpi permiten muy pocas deducciones. Los escasos detalles ciertos de su vida obligan a una extrema parquedad. Del segundón del solar de Jáuregui sólo sabemos su presencia en tierra mejicana hacia el año 1528, y, posteriormente, su grande influencia en la capital del Virreinato en donde ejerció los cargos de secretario del Cabildo, o sea secretario del Ayuntamiento, el de alcalde, y también un alto empleo en la Casa de la Moneda de aquella ciudad. Todos los segundones de la tierra vasca encontraban entonces angosto su país y corrían ansiosos a probar fortuna por el mundo. El caso de Legazpi corrobora la doble observación de Carlos Pereyra. Legazpi, como casi todos los conquistadores, es un hombre de España, sin antecedentes militares, hecho en América.

La soberbia estatua erigida a Legazpi en la plaza de su pueblo natal, debida al escultor don Aniceto Marinas, se corresponde exactamente con su historia conocida. Una seriedad fundamental, junto con la religiosidad más acendrada, caracterizaban a Legazpi. Todos los detalles inducen en él una juventud irreprochable. Al tiempo de su designación como general en jefe para la expedición al Pacífico, era viudo de doña Isabel Garcés de quien tuvo nueve hijos: cuatro varones y cinco hembras. De estas hijas, probablemente sólo la menor era soltera.

El estilo de sus cartas trasciende un caballero familiarizado con las letras, con los modos elegantes del decir. Los rasgos de su misma escritura son cortesanos, de amplios y sueltos rasgos. Su comunicación a Felipe II aceptando el nombramiento dice así:

«Sacra Católica Majestad=Sin mérito mío,

» el Virrey de esta Nueva España me ha querido
» señalar para el viaje de las islas del Poniente
» a servir a V. M. encargándome la Armada que
» para allá se hace, no porque esta tierra carez-
» ca de muchos que mejor que yo le hicieran y
» sirvieran a V. M. en esta jornada, sino por en-
» tender, que nadie con más voluntad se dispu-
» siera a ello, siguiendo lo que mis pasados siem-
» pre han hecho; y así sirviendo a V. M. pospues-
» to todo lo que en esta tierra tengo, haré lo
» que me está mandado con el cuidado y fideli-
» dad que debo, y espero en Dios nuestro Señor,
» que el viaje tendrá todo próspero fin y suceso
» en la buena y feliz ventura de V. M. Para mejor
» acertar a servir, pedí al Virrey ciertos capítu-
» los de cosas que me parecían ser necesarias al
» buen despacho de la jornada, y otras de que
» en nombre de V. M. me hiciese merced, las
» cuales aunque no fueran tan largas como a tan
» alto y poderoso Señor pedirse convenían, el
» Virrey los remitió y envía a V. M., para que
» en ello mande V. M. lo que fuere servido. Y
» pues la empresa de este viaje es tan importan-
» te al servicio de V. M. y a la utilidad univer-
» sal de sus Reinos y Señoríos, y tan peligrosa
» y trabajosa, a V. M. suplico sea servido man-
» dar se me concedan, no por remuneración de
» mi trabajo, pues éste se debe al servicio de
» V. M. sino condescendiendo con la grandeza
» que V. M. siempre tiene en hacer merced a sus
» criados que sirven en negocios de importan-
» cia cuya Sacra Católica Majestad guarde Nues-
» tro Señor. De México 26 de Mayo de 1563=De
» V. S. C. M., fiel criado, que los reales pies de

» V. M. besa=Miguel López de Legazpi».

El hombre

Legazpi cumplió lo prometido a su rey con desinterés difícilmente superable. Según propia confesión, Legazpi tuvo su casa «poblada con criados, armas y caballos». Esta declaración describe sobriamente la mansión del potentado de entonces. Su hijo, Melchor de Legazpi, dice en un memorial dirigido al rey, que la casa paterna era de las principales de la ciudad virreinal. Miguel de Legazpi, según su hijo, tenía aposentada constantemente su casa con caballeros y soldados. Era Legazpi apoyo de menesterosos. Hombres como él redimen de la carencia de intimidad de su siglo. El desinterés y generosidad del conquistador no conocían tasa. «Muchos hidalgos y caballeros pobres que iban de estos reinos sin conocerle a su casa por la antigua costumbre que de ello siempre en ella hubo y porque a las personas tales siempre en ella se les dio de comer y vestir y lo necesario, lo cual ha sido cosa muy notoria y sabida en todo aquel reino y aún en éste».

Después de esta declaración donde de tan magnífica manera aparece trazada un alma noble y grande, nada extraña que Legazpi arruinase su patrimonio en la expedición a Filipinas, subviniendo con largueza, de su propio peculio, gastos que la administración oficial, avara siempre, regateaba miserablemente. Por eso pone Melchor de Legazpi en otro memorial al rey, un acento dolorido, recordando otro escrito anterior presentado dos años antes, que, después de tanto tiempo, no ha obtenido respuesta. «A vuestra Alteza le consta cómo viviendo mi padre en la ciudad de Méjico en mucha quietud y sosiego y teniendo buenas haciendas y muy bien de comer, se dispuso a venderlo todo y dejar sus hijos y casa en sólo el amparo y protección real por hacer como hizo en nombre y servicio de vuestra Alteza la jornada de las islas del Poniente con el cargo de gobernador y capitán general en que ha servido y hoy día sirve a vuestra Alteza en dichas islas siempre a su costa sin habérsele dado ayuda de costa ni salario alguno». Las cartas de Urdaneta al rey repiten con significativa porfía que Legazpi marchaba a su cuenta exclusiva.

Pero sobre todo, los memoriales que uno tras otro despachó Melchor de Legazpi a Felipe II desde el mismo Madrid, a donde se trasladó en compañía de Urdaneta, y la información que, obtenida al cabo de mucho tiempo por tanto insistir, se abrió en la Corte, descubren intimidades conmovedoras. En algunos momentos el hijo de Legazpi se expresa de una forma que llega a descubrir su exasperación. Melchor de Legazpi expone cruda y transparentemente la situación de su familia. Menos su casa en la ciudad de Méjico, su padre lo vendió todo para cubrir los cuantiosos gastos de la expedición. Pero la venta de sus estancias de ganado en la provincia de Mechoacán y otras muchas posesiones y heredades no produjo lo suficiente, y Legazpi tuvo que pedir prestado. El guipuzcoano pagó de su propio dinero a los soldados y demás expedicionarios, y asimismo proveyó otros muchos efectos de la Armada. Los hijos de Legazpi quedaron sin qué sustentarse, viviendo en estrechez y necesidad. Elvira de Legazpi, la hija soltera del conquistador, de veintitrés años de edad, ni siquiera tiene dote y «no se podrá casar conforme a su calidad». Pero no sólo es el egoísmo, aunque como en este caso sea bien legítimo, el que mueve las gestiones del hijo de Legazpi. Poseído por un acendrado sentimiento filial, clama por su padre con frase patética y valiente que es, casi, una acusación. No es justo, dice, que se deje morir desesperado y olvidado de «su rey y señor a quien así le ha servido y sirve con su persona y hacienda».

Un declarante en la información abierta a consecuencia de los memoriales se hace eco del profundo y general asombro producido en la ciudad de Méjico por la determinación de Legazpi comprometiéndose a la arriesgada dirección de la problemática empresa: «Se admiraron muchos de que él la aceptase teniendo tan bien de comer y viviendo tan descansado y con sosiego». En Méjico se juzgaba por todos que sólo los profundos sentimientos católicos sentidos por Legazpi, junto con sus ansias evangelizadoras, fueron parte a decidirle.

A los años de Legazpi, los hombres buscan obtener descanso a los afanes de su vida y sólo son capaces de acciones razonables. Legazpi se compromete en cambio a una empresa henchida de toda suerte de peligros. El guipuzcoano ha cumplido con ejemplaridad sus deberes familiares; tiene hasta nietos, pero, no obstante, juzga insuficientemente cumplida su

honrada vida y cree que todavía le queda algo por hacer. Mientras nos aliente una pizca de energía, nos queda siempre a los hombres algo por hacer. La ponderación y la ecuanimidad —otras dos cualidades características suyas— no excluyen en Legazpi la lumbré divina del entusiasmo. Como que este estudio pudiera perfectamente haberse titulado así, *El anciano entusiasta*.

Codicilo extendido por Miguel López de Legazpi en la ciudad de México el 26 de febrero de 1564. Legazpi, en este conmovedor documento que revela su acendrada piedad, encarga entre otras disposiciones la celebración de misas en el santuario de Aránzazu por los religiosos del monasterio a quienes pide rueguen a Dios para que le encamine con su gracia en la jornada de Filipinas.

+ Memoria de miguel lópez de legazpi para
el señor bachiller juanes de legazpi su hijo

+ por el mes de setiembre de mill e de años de
arenas maceye y nabe a pedro de a bendano
mugolino obra de do zientos dufados en plata
y en reales para nexo qaz maceye lo del seo
nexo de miguel y como no tubo este agilo
quiere de lo bien del dufado pedro de a bendano
se distribuyan y gasten en la forma siguiente.

+ q se den quarenta dufados a mill e a una y
a mill e a una a cada una de mill e a una

+ y en otros sessenta dufados se pondan a cargo
se compran de renta para el amparo
y mas otros treynta dufados q sean alla
para este efecto y lo q rentaren estos no
venta dufados se distribuyan en cada uno
en un año de sesenta y cinco por las annas
de mis padres y ante pasa de y de mis muger
e hijos y de todas las personas a quien yo sea
en cargo y por todo lo difunto q han salido
e salieren de la casa de legazpi y por mi y
esto sea perpetuo para siempre por la
orden q allales para qere constituyeren

+ y se den a la villa de camara de sesenta
sessenta dufados para qazer una custodia q
yo mande con los otros sessenta dufados q sean
alla para este efecto q sean ciento y veinte
dufados para la custodia



+ todo lo mas q restare dello q dss pedro de
abindano tiene mjo scade dezir demysa
luego con q la terçaga de ellas se digan
contra denora de arandacu por los religio
sos de aquel monestz q rueguen adios
me enfiampe en esta forrada y me desu
gracia para q le sirva en ella las demas
se repartiran por las personas mas debitas
y las misas andeser por el estado dela villa
y pela unyon dela religion xpiana / y por
todos los q estan en pelado mortal / y
por las any mas de purgatorio. y en to
das ellas rueguen adios por my meñar
de ytença de su mano y me enfiampe en
su santo seruij y todas estas misas sed
tan bonas brebe q se pondiere

q por esta forrada ariba declarada se distribuya todo
lo q se sobrare del dss pedro de abindano q pare
qere estar en su poder dello q leynbie ante dss
jn de arenas fecho en mexico a diez y seys de
febrero de mill e quinys e sessenta e quatro años

mipti lopes
de le magpi



LAS INSTRUCCIONES

Un resumen de anteriores experiencias

Existe muy difundida la errónea opinión de considerar los descubrimientos y conquistas como empresas cuyo éxito se debe exclusivamente a golpes de audacia y valentía. Esta creencia aplicada a la primera época de las campañas conquistadoras se aproxima a la realidad, pero también es verdadero que las conquistas, a medida de su misma extensión, vinieron a constituir operaciones ejecutadas de acuerdo con planes preparados de antemano con la mayor minuciosidad. Estudios muy detenidos prevenían todas las complicaciones posibles a la expansión en proyecto. Y no podía ser de otro modo. De los descubrimientos y conquistas, vemos sólo colocados en primer plano a los triunfadores, pero estas figuras interceptan demasiado por lo general, y mantienen en la penumbra las de tantos y tantos héroes anónimos que blanquearon generosamente medio mundo con sus huesos.

La conquista del archipiélago filipino es glorioso remate de la epopeya conquistadora. Las Instrucciones entregadas a Legazpi por la Real Audiencia de Méjico que, por fallecimiento del virrey don Luis de Velasco, había asumido el mando supremo del virreinato, constituyen igualmente un resumen muy notable de toda la experiencia deducida de los grandes viajes y conquistas.

Desde este punto de vista, y también, como es natural, del de esta historia, es obligado resumir el largo documento que ajusta la conducta a seguir por Legazpi y todos sus subordinados para la consecución del objetivo señalado. Este es bien claro. Trátase de incorporar a los dominios de Felipe II el archipiélago filipino, y de establecer, sobre todo, la posibilidad del contacto entre aquellas apartadas regiones y las costas occidentales de la Nueva España. Las Instrucciones demuestran que el alto

Consejo virreinal ha estudiado largamente ambos problemas ayudándose de amplia información previa, utilizando los diarios de navegación de anteriores pilotos por el mar del Sur. El documento resuelve, o cuando menos orienta, las posibles decisiones de Legazpi en todos los conflictos que pueden presentársele, al menos hasta donde la previsión humana es posible. Desde este punto de vista las Instrucciones a Legazpi son verdaderamente admirables.

Las primeras formalidades

El documento tiene fecha de 1 de septiembre de 1564. Todo él está dirigido a Legazpi, salvo unas pocas disposiciones deducidas del caso de su posible muerte. En primer lugar se ordena a Miguel de Legazpi trasladarse al Puerto de la Navidad en las costas del Pacífico. Inmediatamente de su llegada, y a presencia del escribano de los oficiales de Su Majestad nombrados para la expedición y señalados en las Instrucciones por sus nombres, Guido de Labezaris, tesorero, Andrés Cauchela, contador, y Andrés de Mirandaola, factor, se encargará de los cuatro navíos preparados para la travesía. Legazpi efectuará minucioso inventario de todos los efectos pertenecientes a los navíos, tales, por ejemplo, como bateles, esquifes, velas, jarcias, cables, anclas, «sin que falte cosa alguna» y entregará una copia del documento a un tal bachiller Martínez, alcalde de la ciudad de Mechucán y gobernador de la provincia del mismo nombre. Martínez se encuentra en el Puerto de la Navidad en calidad de juez proveedor de la armada.

Una vez encargado de los navíos, Legazpi procederá a nombrar entre las personas que crea de «más confianza, habilidad y experiencia», los pilotos, maestros, contramaestres y escribanos. Así mismo nombrará los artilleros y «demás oficiales necesarios en cada navío», y ordenará «a cada uno» su obligación «en lo tocante a su oficio y cargo». Le corresponde también repartir los marineros en los distintos navíos según mejor le parezca, y encargarse de embarcar toda la artillería, la grande y la de pequeño calibre, los arcabuces, municiones y demás armamento, así como dos fraguas completas y los herreros negros. Igualmente los bastimentos: galleta, cecina, tocino, vino, aceite, vinagre, pescado seco, quesos, habas, garbanzos

y «otras cualesquier cosas». Todo lo asentará en un libro con todo detalle de tal forma «que ninguna cosa vaya en la dicha Armada que no quede asentada por escrito, y de que no haya cuenta y razón». Este libro estará firmado por Legazpi y los oficiales de Su Majestad. Las mercaderías y rescates conducidas para su embarque por el factor real Ortuño de Ibarra, desde la ciudad de Méjico, serán objeto de iguales requisitos. Por supuesto, el escribano intervendrá estas operaciones. Legazpi dará una copia del inventario a los oficiales reales, por cuanto todos los efectos pertenecen a la Hacienda real.

Cada oficial llevará un libro de los géneros encomendados a su custodia, y cada entrega que efectúen será autorizada por el mismo Legazpi, el cual, a su vez, la asentará en su libro. Oblígase a Legazpi a idénticas anotaciones con respecto a todas las restantes mercaderías. Una salvedad en cuanto al armamento. El capitán de artillería Martín de Goiti, nombrado jefe supremo de la artillería expedicionaria, acudirá al acto de entregar el armamento a los soldados designados por Legazpi para recibirlo.

En cuanto a los navíos, Legazpi verificará en ellos un registro minucioso «desde el casco hasta la menor cosa, como se usa y practica en la navegación de las Indias».

Cumplidas estas formalidades, Legazpi dará una copia de estos entregas, firmada por él y por cada oficial interesado, al supradicho bachiller Martínez, quien llevará esta documentación a la ciudad de Méjico para entregarla seguidamente en esta capital a los oficiales reales, que la guardarán «en la caja de las tres llaves», la famosa arca de tres cierres de los Consejos de entonces. Una copia de esta documentación será enviada al Rey, y otra al Consejo de Indias, por si llega el caso de «pedir y tomar cuenta» a cuantas personas deban darla.

Hombres de armas. Marineros. Armamento

Vienen ahora las instrucciones referentes a soldados, marineros y armamento. Los hombres de armas y marineros suman de trescientos a trescientos cincuenta hombres. Serán relacionados en nómina donde consten todos y cada uno con sus nombres, el de sus padres o familiares,

edad, naturaleza, oficio y el sueldo que se les asigna. Dedúcese de las Instrucciones, que el pago de los soldados es por adelantado, cosa muy natural teniendo en cuenta lo arriesgado de la empresa. Legazpi tomará razón de todo, dando copias autorizadas al bachiller-alcalde Martínez para su ulterior entrega a los oficiales reales en Méjico.

La distribución de los soldados en los navíos corre a cargo de Legazpi. Pero de cualquier forma que sea, el capitán Mateo del Saz, nombrado maestro de campo de la expedición, dos de los oficiales de la Hacienda real, el estandarte real, el alférez general y los gentiles-hombres embarcarán en la nao Capitana acompañando a Legazpi. Este nombrará capitán de la nao Almirante, el cual, a su vez, tendrá categoría de almirante de la Armada. Sugiérese a Legazpi que, dado el porte e importancia de esta nao, envíe a la misma a uno de los oficiales reales en funciones de vigilancia.

La Armada lleva trescientos arcabuces. Su reparto incumbe a Legazpi. Pero como quiera que los soldados y marineros acostumbran «mayormente en la mar» tener gran descuido del armamento, Legazpi encargará al capitán Goiti y demás oficiales a sus órdenes, «tengan especial cuidado de que los soldados y marineros las traten bien y las tengan muy limpias y prestas para cuando sea menester». Por lo tanto, las revistas de armamento tendrán lugar muy a menudo.

Las bocas estrictas. Exclusión de mujeres

Cuidados parejos se aconsejan con las provisiones. Pues «el viaje es largo», es preciso limitar ordenadamente las raciones. Los bastimentos serán encargados a personal de toda confianza. Recuérdase a Legazpi que el viaje de regreso nunca «se ha acertado», aunque esta vez se tiene la esperanza de conseguirlo «mediante la Divina voluntad». Por eso conviene tener el mayor miramiento en punto a provisiones, para que su falta no malogre la consecución del objetivo primordial. Para evitar bocas inútiles, es esencial impedir el embarque de «criados y mozos de servicio superfluos». El cálculo de las provisiones, «aunque copiosa y bastante», ha sido efectuado a base de trescientos a trescientos cincuenta expedicionarios. Legazpi no tolerará por consiguiente que, salvo los capitanes, alférez

general, oficiales reales y sargento mayor, nadie lleve consigo de «manera alguna» criados ni asistentes. Los personajes indicados tienen derecho a un asistente por persona. Legazpi está autorizado a llevar para su servicio los criados que juzgue convenientes.

Queda prohibido de manera terminante el embarque de «indios, indias, negros, negras, ni mujeres algunas casadas, ni solteras de cualquier calidad y condición que sean», salvo hasta una docena de negros y negras de servicio, los cuales serán repartidos entre todos los navíos.

Disposiciones religiosas

Cuando todo esté a punto, Legazpi pasará aviso a los padres agustinos designados para acompañarle, y de acuerdo con ellos los distribuirá en los navíos dándoles «apuestos competentes», teniendo particular cuidado de tratarlos bien, respetarlos y venerarlos como sus personas, religión y hábito merecen. Legazpi ordenará así mismo embarcar a los expedicionarios. Pero antes de embarcarse, todos habrán de confesar y comulgar. De serle posible, Legazpi procurará primeramente la asistencia colectiva a una misa de Espíritu Santo implorando feliz viaje.

Antes de hacerse a la vela, Legazpi está obligado, en su calidad de hijodalgo, a prestar pleito homenaje y a jurar sobre los Evangelios delante del supradicho bachiller Martínez y del escribano, de usar bien y fielmente el oficio y cargo de gobernador y capitán general como fiel criado y vasallo de Su Majestad, y no perjudicar ni directa ni indirectamente la real Hacienda y patrimonio.

A su vez, Legazpi tomará en seguida juramento público ante escribano y «en un misal sobre los Evangelios», a los oficiales reales, capitanes, caballeros, soldados, pilotos, maestros de navío y marineros, de guardar y cumplir sus órdenes, de no amotinarse, de seguir su enseña y la derrota marcada, no desertar «de manera alguna» del servicio de Su Majestad ni en mar ni en tierra, so pena de infames o perjuros y de incurrir en delito de deslealtad y traición. El documento repite la expresión «*de manera alguna*» hasta la saciedad.

Y pues una de las finalidades de la expedición es el acrecentamiento de la «Santa Fe Católica», Legazpi cuidará de que todos sus subordinados vivan «católica y cristianamente». Prohíbese rigurosamente la blasfemia. Legazpi responderá de que los nombres «de nuestro Señor, y de su gloriosa Madre y sus Santos sean siempre reverenciados y acatados», castigando «con todo rigor» a los blasfemos y pecadores públicos.

Las Instrucciones se ocupan también de los bienes y hacienda de los que fallezcan durante la expedición. Legazpi está obligado a constituir como depositarios de los bienes de los fallecidos, a personas de «buena conciencia y crédito». Estos depositarios prestarán juramento de usar los bienes administrados como si se tratara de sus propias haciendas, sin engaño, sin fraude y sin negligencia, y, más tarde, darán razón de todo a los herederos del difunto. Legazpi queda autorizado a estipular una módica comisión a beneficio de los administradores en compensación de su trabajo.

Navegación. Rumbo

Viene ahora la parte concerniente a la navegación. Antes de levar anclas, Legazpi expedirá órdenes escritas al almirante, capitanes, pilotos y maestros recordándoles su deber de seguir a la nao Capitana. Según se deduce del texto, las Instrucciones dejan los detalles de este extremo al arbitrio de Legazpi. Los desobedientes y rebeldes quedan sujetos en sus personas o bienes a las penas que Legazpi dicte.

El servicio de guardias será distribuido el mismo día del embarque. Ninguno, de no mediar enfermedad, queda excusado de este servicio, pues siempre conviene mantener entrenada y a punto a la gente.

El objetivo señalado a Legazpi lo constituyen las islas Filipinas. Las Instrucciones lo repiten una vez y otra. Trátase de acrecentar con este archipiélago el patrimonio de la corona real de Castilla y de traer a los naturales de aquellas partes al conocimiento de la Fe católica. Legazpi no entrará en aguas del mar de las islas Molucas para evitar la contravención a las capitulaciones asentadas por Carlos V con el rey de Portugal. Las Instrucciones suponen, desde luego erróneamente, que las islas Filipinas están fuera de la demarcación asignada al rey de Portugal en aquel tratado.

El rumbo ordenado a Legazpi es casi el mismo que el seguido por la Armada de Villalobos. En primer lugar, Legazpi navegará derechamente a la isla Nublada, descubierta por Villalobos. Después de reconocida esta isla, la Armada arrumbará hacia la de Rocapartida, a unas ciento diez leguas o poco más de la isla Nublada. Se procurará seguir en Rocapartida para ver si esta isla cuenta con un buen puerto y aguada, sondando primero el puerto para comprobar si es posible surgir sin riesgo. Desde estas islas del archipiélago de Revillagigedo, Legazpi navegará en busca del archipiélago del Coral, y, desde aquí, se dirigirá a Filipinas. Si la Armada alcanza las islas de Matalotes y Arrecifes, Legazpi procurará comunicarse con los naturales de estas islas, que los supervivientes de la expedición de Villalobos aseguraron ser grandes y pobladas. Por lo tanto, es preciso averiguar las costumbres de los habitantes y los productos y géneros de su tierra.

Sobre las islas Filipinas y las Molucas. El trato a los indígenas

Una vez llegada la Armada a Filipinas se procurará descubrir los puertos más asequibles, las poblaciones, conocer las costumbres y el comercio de los habitantes y las naciones con las que mantienen relaciones, y el valor de sus productos y mercancías. Legazpi asentará paz y amistad con los naturales, entregando a los señores y principales las cartas reales, encareciéndoles al mismo tiempo la voluntad y el amor que Su Majestad a todos ellos profesa. Las mercancías llevadas por Legazpi servirán desde este momento para el cambio de oro, drogas y otras cosas valiosas. Si la tierra es rica conviene poblarla, eligiendo siempre el paraje más conveniente y donde los habitantes demuestren más amistad.

Legazpi queda autorizado para quedarse en aquellas regiones. En este caso pasará aviso al rey por mediación de la Real Audiencia del Virreinato de la Nueva España en un navío que volverá con la relación de todo lo acaecido. Este navío será despachado con la mayor urgencia posible, y sin olvidar que su feliz regreso constituye el principal fin de la expedición. Legazpi puede también, si quiere, regresar, pero dejando un lugarteniente de

toda confianza con los religiosos y bien proveído de todo lo necesario. Ordenará a este sustituto guardar con los naturales la mejor amistad, sin agraviarles ni maltratarles, pero siempre apercebido a fin de que su descuido no le acarree mal alguno.

Es bien sabido que al perderse varios navíos de la Armada de Villalobos, quedaron en las islas Filipinas algunos supervivientes del desastre. Averigüese si todavía están vivos. En tal caso es preciso sacarlos de la opresión y liberarlos a ellos y a sus hijos aunque sea rescantándolos, y aprovechar todas las referencias que aporten.

Si el tiempo impide la navegación más arriba señalada, la Armada alcanzará la altura de treinta y cinco a treinta y seis grados para desde aquí correr en derechura a Filipinas. Si los navíos encuentran tierras siguiendo este rumbo, Legazpi queda obligado a efectuar las obligaciones que se le indican respecto a otros parajes. Los informes solicitados de Legazpi son amplísimos. Las instrucciones deslizan aquí una clara alusión al anhelo sentido por Felipe II de desempeñar las islas de las Especias, y aún dejan traslucir entre líneas sus aspiraciones al trono portugués. Legazpi hará por enterarse si después del empeño, o después de la llegada y partida de Villalobos, han efectuado los portugueses fundaciones en el archipiélago de las Especias. Las primeras cartas o despachos que Legazpi envíe, contendrán informaciones acerca de tal extremo.

Autorízase a Legazpi para poblar, aparte de Filipinas, cualquier tierra que le pareciere, siempre que sea rica y los habitantes demuestren buena disposición. Las Instrucciones repiten aquí consejos anteriores y la obligación de enviar a Méjico con urgencia las indicaciones posibles acerca del paraje elegido.

El trato a los indígenas. Nadie debe enojarlos. Todos deberán tratarlos con «mucho recatamiento». Se tienen noticias de que los indígenas son blancos y muy razonables. Legazpi se informará de sus costumbres, cualidades, manera de vivir, religión, secta, lo que adoran y sacrifican, culto; si tienen reyes y si éstos son por elección o por derecho de sangre; si la forma es republicana o por linaje; sus tributos; cómo y a quién tributan; de qué cosas se precian más; su comercio, y qué géneros de los que lleva la Armada más estiman.

Legazpi tomará posesión de todas las tierras a donde llegare, en nombre de su Majestad, ante escribano y con toda la solemnidad requerida. Los documentos acreditativos serán enviados a la Real Audiencia de Méjico.

Los pilotos de la Armada efectuarán un estudio de las corrientes, aguajes, vientos, el cálculo de las distancias, levantarán mapas y cartas, señalarán los bajíos y cuanto convenga a futuras navegaciones, ilustrando o pintando las cartas de navegar con cuantas indicaciones crean de utilidad. Corresponde a ellos así mismo señalar cuáles son los puertos mejores.

Un consejo muy revelador. Precauciones necesarias

Las Instrucciones llegan ahora a un punto por demás expresivo. Luego se verá cuan miserablemente escatimó la administración oficial a la Armada de Legazpi. Pero he aquí por de pronto cómo cohonestase ese proceder la Real Audiencia del Virreinato. Puede ocurrir —dicen las Instrucciones— que los príncipes de las tierras sean tan poderosos que juzguen los presentes ofrecidos por Legazpi como inadecuados para su alta dignidad, sobre todo para ser llevados por una Armada dirigida directamente a ellos en nombre de un rey tan poderoso como el rey de Castilla. En este caso, Legazpi les declarará que la escuadra no marchaba hacia aquellos parajes en derecho, sino que los vientos contrarios la llevaron allí obligadamente. Confíase en que Legazpi salga airoso de este trance, y, sin romper con ellos, consiga no queden resabiados, sino al contrario, en la mejor armonía.

Las paces y tratados se procurarán estipularlos dentro de la nao Capitana. Cuando esto no sea posible y precise asentar las paces en tierra, Legazpi delegará en algún capitán u otro representante. Ni a la persona ni a la autoridad de Legazpi convienen los desembarcos. Es muy necesario prevenir toda posible traición recordando siempre que Legazpi es el caudillo de toda la Armada. Pudiera suceder, no obstante, que algún poderoso príncipe exigiese verse en tierra con Legazpi. En semejante circunstancia, Legazpi podrá saltar a tierra, pero previa consulta con los jefes restantes. Entonces, al batel de la nao Capitana acompañarán los restantes esquifes, todos ellos llenos de soldados y artillería, para prevenir así cualquier posible traición. Por su parte, las naos se acercarán a tierra

cuanto les sea posible para proteger el desembarco con su artillería gruesa. Iguales prevenciones se usarán en el caso de delegar Legazpi en otro.

Mientras se estipulan los tratados convendrá tomar rehenes, procurándoles buen trato. Legazpi queda autorizado a dar rehenes si los indígenas se los piden, pero eligiéndolos entre las personas que menos le sirvan. En ninguna parte desembarcarán marineros y soldados, sino los previamente señalados y nombrados.

Estando surtos en tierra habitada, la vigilancia será extrema, sobre todo de noche, sobre las amarras, pues los indígenas suelen intentar cortarlas y atar a ellas sogas con objeto de arrastrar los buques y encallarlos, y después asaltarlos para matar y robar a sus tripulantes. De noche, los bateles quedarán atados con sus cadenas y candados, tanto para evitar su hurto por los indígenas, como para que algunos tripulantes, malos cristianos, no huyan en ellos. Esta ordenanza parece inspirada por lo acaecido a Saavedra en las islas Papuas, con ocasión de su primer intento de travesía del Pacífico. Recuérdese el episodio de los tres tripulantes portugueses de «La Florida», huidos en la canoa de esta nao.

No conviene aceptar ningún convite de los indígenas, pues éstos los aprovechan para cometer grandes traiciones. El guiso, el vino o agua traídos por los indígenas serán probados primeramente por ellos mismos.

Pareciéndole a Legazpi desaconsejable poblar la tierra filipina, pactará amistades con los señores de ella y volverá con toda la escuadra, procurando antes la adquisición de toda clase de informes, y también de alguna buena cantidad de oro, plata o mercaderías de mucho valor, para compensar así los grandes gastos efectuados aprestando la Armada. Pero en este caso, convendrá dejar en aquellos parajes a los religiosos. Esta determinación será de mucho efecto, así para la conversión de los indígenas como para la conservación de su amistad.

El Japón. Los portugueses. Los corsarios

Las Instrucciones previenen también la posibilidad de un arribo a tierras japonesas. Sábese que los portugueses comercian con el Japón. Legazpi procurará rehuir a los portugueses cuanto pueda; si, a pesar de todo, los

encuentra, evitará, tratándolos amistosamente, todo rompimiento, pero sin confiar en ellos ni en los naturales. Pero si llega a tratos con los portugueses, hará lo posible por ver sus cartas de navegar, y, mejor aún, por quedarse si le es posible con alguna, aunque sea comprándola. Si no pudiese conseguirlo, tratará de copiarlas.

Se conoce así mismo la presencia en el Japón de jesuitas misioneros. El documento los llama *teatinos*, denominación que el pueblo daba a los primeros jesuitas, a los cuales confundía con los miembros de la famosa Congregación fundada por el conde Cayetano de Thiene y el obispo de Chieti (Teati), más tarde Papa con el nombre de Paulo IV. Conviene sonsacar a los misioneros jesuitas información acerca de aquella tierra, y, sobre todo, acerca de las relaciones de los portugueses con los habitantes del Japón^[1].

Si los portugueses atacasen, es preciso defenderse con denuedo, y caso de hacerles prisioneros, tratarlos bien y mandarlos a Méjico para enviar al rey la información que de ellos se obtenga. Si los portugueses han traspasado los límites de su demarcación, Legazpi queda autorizado para adoptar, previa consulta con sus oficiales, la decisión más conveniente al mejor servicio del rey.

Si la escuadra encuentra navíos que quieran atacarla, Legazpi, flameando señales de paz, excusará todo rompimiento, sin dejar de apercibirse a la defensa. Si ellos todavía insisten en sus intenciones, Legazpi procurará la victoria, pero evitando en lo posible el abordaje, pues puede tratarse de corsarios malayos y éstos cuentan con artillería gruesa y son, peleando, muy mañosos. No siendo piratas, los prisioneros serán tratados lo mejor posible y se les restituirán sus navíos y hacienda. Después de informarse bien por medio de ellos, Legazpi los dejará ir libremente, dándoles a entender la grandeza y magnanimidad del rey y su voluntad de no malquistarse con nadie.

Si los apresados son piratas, Legazpi hará con ellos como le parezca.

Acerca del comercio y la esclavitud

Las Instrucciones, volviendo a recordar el gran costo de la Armada, encarecen a Legazpi el más aprovechado espíritu comercial en sus tratos con los indígenas, cuyas costumbres traficantes se explican seguidamente de larga manera.

Todas las compras y cambios que se verifique serán intervenidos por los oficiales de la Hacienda real. Nadie, por lo tanto, tiene autorización para negociar por cuenta propia. La Real Audiencia sabe que algunos tripulantes llevan géneros con ánimo de traficar con ellos. Este comercio queda autorizado solamente cuando los oficiales reales obtengan un producto de cincuenta mil pesos oro. Aun en este caso, los oficiales reales fiscalizarán el comercio de los tripulantes. Por cada cincuenta mil pesos oro de producto para la Hacienda real, se autoriza otro de diez mil pesos a beneficio de los tripulantes. Sin embargo, nadie podrá traer especies ni drogas sino con permiso expreso de la Real Audiencia.

Se registrarán todas las mercancías obtenidas. El flete de las mercaderías particulares queda establecido en un cinco por ciento. Si las mercancías abundasen de tal manera que agotaran todos los rescates, el comercio de los tripulantes se autoriza, pero siempre por mano de los oficiales reales. Los comerciantes que envíen en la Armada mercancías para cambio, pagarán, además del anterior flete, otro siete por ciento y más todavía si así pareciere oportuno.

En las islas del Poniente existe la esclavitud. Cómprense en parajes distintos algunos esclavos para usarlos como intérpretes. Es indispensable tratarlos bien. Queda prohibido aprehender indígenas. Los soldados no podrán comprar esclavos para su servicio. Sólo si Legazpi puebla algún paraje quedan autorizados los hombres de armas para comprarlos. Los propietarios de esclavos únicamente podrán servirse de ellos hasta tanto que el rey provea lo necesario al caso. La prohibición de volver a vender los esclavos comprados, o de sacarlos de su tierra para llevarlos a Méjico, es terminante. Se apunta, no obstante, la conveniencia de enviar a Méjico dos o tres de ellos para que, al tiempo de ser vistos, sirvan de informadores.

Prevenciones militares

En la costa donde con puerto bueno y seguro decida Legazpi asentarse y poblar, se construirá un fuerte artillado y dos casas: una como palacio residencia del gobernador y otra para almacén de mercancías y depósito de municiones. Un foso con su puente levadizo rodeará el recinto. Se edificarán asimismo cuarteles para la tropa.

De noche la vigilancia debe ser extremada. Una sección montará constantemente guardia en el fuerte, con las armas siempre a punto. Si Legazpi lo cree pertinente autorizará salir a pasear a los soldados, pero con sus arcabuces y lanzas, en prevención de cualquier intento agresivo por parte de los habitantes.

Sin licencia de Legazpi, tienen los militares prohibido bajo penas graves el salir de sus cuarteles, entrar en las poblaciones y casas de los indígenas, y apoderarse en el campo de las cosas de éstos. Prohíbeseles especialmente tener trato con las mujeres indígenas, pues tal costumbre origina muy graves daños. Dado caso que ellas se escaparan con los soldados a los cuarteles o navíos, serán devueltas a sus casas «haciéndolas todo buen tratamiento».

Las Instrucciones prohíben a Legazpi bajar a residir en tierra mientras el real no se halle atrincherado. Aun en este caso, Legazpi pasará cuando menos la noche en su nao. Sólo cuando el real se encuentre atrincherado puede Legazpi desembarcar definitivamente, aunque situando la Armada lo más cerca posible de tierra, y bien apercebida para cualquier evento. Terminado el fuerte, conviene la construcción de algunas embarcaciones ligeras o de algún bergantín o fragata.

Sobre los religiosos y los intérpretes

Legazpi mandará construir cerca del fuerte una iglesia y una casa para los religiosos, donde acomodados éstos quietamente puedan asistir a los españoles, e igualmente a los indígenas, en sus necesidades espirituales. Legazpi tendrá muy especial cuidado de ir a todas sus entrevistas con los naturales acompañado de algunos religiosos, tanto para aprovecharse del buen consejo de éstos, como para que los indígenas adviertan el profundo respeto que su carácter sacerdotal inspira en todos, idea muy conveniente

para cuando los religiosos, una vez aprendido el idioma de la tierra, comiencen a predicar.

Lo más importante que Su Majestad pretende en la empresa «es el aumento de nuestra Santa Fe Católica, y la salvación de las ánimas de aquellos infieles». Por lo tanto, Legazpi ayudará con todos sus medios a los religiosos que le acompañan, concediéndoles completa libertad para comunicarse con los aborígenes, para que de esa manera los traigan más fácilmente al conocimiento de la fe católica, los conviertan a ésta y al mismo tiempo «a la obediencia y amistad de S. M.».

Legazpi lleva consigo algunos intérpretes. Tratándolos lo mejor posible se evitarán grandes males. Esta prevención recuerda la historia de Enrique de Malaca, esclavo de Magallanes. A los pocos días de morir éste, vengó Enrique de Malaca, con frialdad terrible, una afrenta recibida de Duarte de Barbosa, cuñado de Magallanes y sucesor suyo en el mando de la Armada. Enrique de Malaca, intérprete de la escuadra, maquinó, de acuerdo con el reyezuelo de Cebú, la traición que costó la vida a gran parte de los mandos de aquella expedición.

Reiteraciones postreras

Al llegar aquí, las Instrucciones repiten con machaconería consejos dados anteriormente. Vuelven a insistir en que la llegada a las islas Filipinas y la averiguación de la posibilidad de la travesía de Poniente constituyen las finalidades de la expedición. Después del servicio de Dios, lo principal es el regreso, cuya iniciación será acelerada en lo posible.

Las Instrucciones repiten otra vez que Legazpi queda autorizado a regresar. Pero cualquiera que sea su decisión, Urdaneta dirigirá, como más práctico y experimentado, la navegación de vuelta. Los elogios a Urdaneta son breves, pero casi ditirámicos. Urdaneta tiene derecho a elegir el navío más conveniente para este viaje y hasta el capitán que lo mande.

Legazpi autorizará a todos los expedicionarios a que, aprovechando la salida de este barco, puedan escribir a Su Majestad y a la Real Audiencia si así lo desean. Expeditiva manera de prevenir un mando arbitrario y tiránico. Estas cartas son inviolables; nadie podrá abrirlas sino su destinatario.

Legazpi dará instrucciones al capitán del navío de regreso para que a su llegada a algún puerto de la Nueva España reúna todas las cartas, incluidas las suyas propias, en un pliego cerrado y sellado destinado a la Real Audiencia, la cual una vez leídos los descargos del caudillo expedicionario, entregará las cartas restantes a sus destinatarios. No conviene difundir noticias de descubrimientos antes de que tengan conocimiento de éstos las personas encargadas. Legazpi ordenará así mismo al capitán del navío de vuelta que prohíba rigurosamente el desembarco de ninguno hasta tanto que la Real Audiencia quede notificada del arribo. Y no sólo el desembarcar, sino que también quedan prohibidas hasta las conversaciones de los tripulantes con personas ajenas al barco. Los tripulantes no podrán decir nada del viaje ni de los parajes descubiertos.

El capitán entregará el pliego de cartas a persona de entera confianza, la cual tampoco dirá a nadie una palabra acerca del encargo. Los corregidores de la costa occidental de la Nueva España serán oportunamente prevenidos para la recepción del pliego y su despacho a Méjico, pero antes de recibirlo, mostrarán la autorización al capitán.

Se encarece a Legazpi trate en consejo la resolución de los casos difíciles que a su gestión se presenten, asesorándose del parecer de todos los jefes, incluidos los religiosos, y especialmente de Urdaneta y del tesorero Guido de Labezaris, que anteriormente han estado en Filipinas.

Si Legazpi muriese

Por último, las Instrucciones exponen a Legazpi la posibilidad de su fallecimiento. Si Legazpi muriese, su sustituto en el mando supremo está ya nombrado. Este sucesor, cuyo nombre permanece en el secreto más absoluto, queda, al igual que Legazpi, obligado al estricto cumplimiento de todas estas Instrucciones.

El nombramiento de sucesor de Legazpi se encuentra encerrado en un cofre de acero que tiene de largo un palmo poco más o menos, y de ancho una mano y dos dedos. Este cofre se halla cerrado, y clavado envuelto en un lienzo, y obturado con tres sellos reales. Nadie, ni siquiera el mismo Legazpi, puede, por lo tanto, conocer una palabra de su contenido. Legazpi

lo tendrá bien guardado hasta el día de su muerte. Al sentirse morir, ordenará la entrega del cofre a los oficiales de la Hacienda real, para que después de su fallecimiento procedan a abrirlo ante escribano, estando presentes el maestre de campo, alférez general, capitanes, sargento mayor, religiosos y otras personas principales. El cofre no tiene llave. La llave que lo cerró fue, inmediatamente, rota en Méjico. Por lo tanto, un herrero o cerrajero forzará públicamente la caja. El escribano dará fe del acto.

La persona que resulte designada prestará el juramento de pleito homenaje, y desde aquel punto será acatada por todos como gobernador y capitán general de la Armada. Por su parte, Legazpi preceptuará en su testamento la obediencia a su sucesor y la entrega al mismo de las Instrucciones.

Las Instrucciones prevén también el fallecimiento del sucesor de Legazpi. Si llega a darse ese caso, el mando supremo está proveído por un segundo cofre de tamaño menor que el anterior, de «largor de una sesma, y de altor de seis dedos». Nosotros revelaremos aquí el secreto tan celosamente guardado por aquellos cofres. El primero contenía la designación del maestre de campo, Mateo del Saz. Pero el maestre de campo, jefe superior de las fuerzas militares de la expedición, murió antes que Legazpi. El cofre del «largor de una sesma» hubo de ser abierto. Guido de Labezaris, el tesorero de la expedición, resultó ser el favorecido.

La entrega de las instrucciones

Firman las Instrucciones los miembros de la Real Audiencia, licenciado Balderrama y los doctores Ceynos, Villalobos, Orosco, Basco de Paga y Villanueva. Según consta en un añadido, fueron entregadas a Legazpi en la ciudad de Méjico, el día 1.º de septiembre de 1564, estando presentes el presidente, oidores y escribano de aquel elevado organismo. Al recibirlas, Miguel de Legazpi procedió a jurar, por Dios y por las palabras de los Santos cuatro Evangelios, de cumplirlas con toda fidelidad.

Acto seguido, Legazpi, puestas sus manos juntas entre las del ilustre señor licenciado Balderrama, del Consejo de Su Majestad y visitador general de la Nueva España, hizo pleito homenaje «una y dos y tres veces,

una y dos y tres veces, una y dos y tres veces» de guardar y cumplir las Instrucciones y usar bien y fielmente de sus cargos, procurar el acrecentamiento del patrimonio y corona real de Castilla, no hacer ni directa ni indirectamente cosa alguna contra el servicio de Su Majestad, guardar el secreto de las Instrucciones hasta hacerse a la vela so pena de perjurio e infame, y defender sus conquistas en el nombre del rey hasta la muerte. Por último, Legazpi estampó su firma al pie de las Instrucciones.

Ya no quedaba sino partir. A la puerta de su señorial mansión, despidieron a Legazpi sus familiares y todos los personajes de algún viso de la ciudad virreinal. El destino de casi todos los conquistadores iba también a cumplirse en él. Nunca más volvería a ver su casa. Legazpi comenzaba, al principio de su senectud, la gran aventura que había de inmortalizarle.

RUMBO A FILIPINAS

La escuadra

Componían la escuadra cuatro navíos en total: dos naos grandes y dos pataches menores. La nao Capitana, llamada «San Pedro», desplazaba más de quinientas toneladas y la nao Almirante, de nombre «San Pablo», sobrepasaba las trescientas. El mayor de los pataches, el «San Juan de Letrán», era de ochenta toneladas, y el otro, llamado «San Lucas», de cuarenta. A popa de la «San Pedro», iba un ligero bergantinejo de remos, muy propio para transmitir órdenes de uno a otro navío.

Las Instrucciones entregadas a Legazpi designaban las naos de manera distinta. El citado documento nombra «San Felipe» y «San Andrés» respectivamente, las naos Capitana y Almirante. Las Instrucciones autorizan a Legazpi a señalar nombre a los navíos. Las nuevas denominaciones proceden de él indudablemente. Motivos provenientes de devociones particulares suyas debieron inducirle estos cambios.

Preparación deficienteísima

Pese al largo tiempo invertido en su preparación, la Armada de Legazpi distaba mucho de hallarse bien dispuesta para la empresa exigida. Para navegación tan larga y comprometida, escaseaba o carecía de las cosas más necesarias. A medida que la escuadra iba avanzando en su ruta, aparecieron las deficiencias de forma tan patente y escandalosa, que Legazpi ordenó abrir una información para que los oficiales de la real Hacienda y los técnicos las denunciaran a la superioridad.

En primer lugar, los marinos eran muy escasos y poco avezados a su oficio. No bastaban para las más elementales maniobras, que eran llevadas a término con ayuda de soldados, calafates, carpinteros, bomberos y otros

oficios. Pero al fin y al cabo, esta falta de marineros no es totalmente imputable a los organizadores. La finalidad de la expedición era un secreto a voces. Costó Dios y ayuda reunir marineros dispuestos a una travesía asegurada sin posibilidad de retorno por todas las experiencias anteriores. El maestre de la nao Almirante asegura en su declaración que los marineros de su buque no llegan ni a la mitad de los necesarios. Otros pilotos, refiriéndose a sus embarcaciones, corroboran este extremo. Semejante escasez de desesperados es muy perdonable, pues idéntico problema se presentó con el resto del personal. Por ejemplo, los artilleros y bombarderos, «mal experimentados, viejos y enfermos» apenas servían para nada de provecho.

Lo que no tiene tan fácil disculpa es la carencia de anclas, velas, jarcias, hierro, clavazón, brea, alquitrán y otras cosas tan elementalmente necesarias como éstas. Los declarantes denuncian estas faltas «pidiendo justicia» vivamente indignados, y las aseveran bajo juramento. Añaden detalles muy reveladores. Faltaban muchas anclas, y algunas otras estaban rotas, o eran mayores de lo que a los navíos convenía. Carecíase de lonas de repuesto y de hilo de velas. El velamen era «muy ruin». Las jarcias «ninguna estaba de provecho». Faltaban también la brea, el alquitrán, por no haberlas en el puerto a la salida de la escuadra. Veinte quintales era todo cuanto de brea llevaban los barcos. Al mes de zarpar ya no había candelas de sebo. Tampoco tenían las naos los suficientes esquifes. De hierro, sólo cuarenta quintales, y tan malo —añaden los declarantes— que se deja por ello de labrar. De bastimentos, únicamente el pan y el agua estaban en buenas condiciones. Todo lo restante: queso, tocino, carne, pescado seco, habas y garbanzos iba «podrido y dañado». La gente comenzó muy pronto a padecer hambre. La Intendencia vino a constituir para Legazpi, desde el primer momento, un problema gravísimo. La organización deplorable y desaprensiva de la Armada para Filipinas empareja con el escandaloso suministro de la Armada Invencible. El imperio de Felipe II estaba, en el fondo, corroído por la gangrena de la inmoralidad administrativa.

El personal y los mandos

El personal embarcado en la escuadra —mescolanza de aventureros en buena parte— alcanzaba en total alrededor de trescientos ochenta hombres. Como piloto mayor iba en la «San Pedro», Esteban Rodríguez, y como segundo piloto un vasco-francés a quien las relaciones llaman Pierres Plin. Un bilbaíno llamado Martín de Ibarra era maestre de esta nao, y otro vasco, Francisco de Astigarribia, contra maestre.

El capitán de la «San Pablo», Mateo del Saz ostentaba al propio tiempo el elevado cargo de maestre de campo que, en realidad, lo constituía segundo jefe de la expedición. Jaime Fortún y Diego Martín eran los pilotos de esta nao; maestre, un tal Juan María, y contra maestre Pedro Juan.

El patache «San Juan de Letrán» estaba mandado por Juan de la Isla. Su hermano Rodrigo era piloto; maestre, Julián Felipe, y contra maestre, Nicolás Rodríguez de Huelva. Don Alonso de Arellano, un hidalgo a quien los hechos posteriores no le acreditan precisamente de tal, mandaba el patache «San Lucas», que pilotaba Lope Martín, un sujeto indeseable natural de Ayamonte. Hay algunos que hacen mulato a Lope Martín, extremo muy verosímil pero que no hemos podido verificar con certeza. Nicolás Griego se llamaba el maestre de este patache, del que era contra maestre un tal Moreto.

En su calidad de maestre de campo, Mateo del Saz mandaba sobre toda la tropa. Las fuerzas de infantería estaban compuestas por una compañía de cien soldados.

Andrés de Ibarra ostentaba el cargo de alférez mayor y Luis de Haya el de sargento mayor. Pedro de Herrera y Juan de Morones eran alférez y sargento respectivamente de esta compañía. El capitán de artillería Goiti, llevaba noventa soldados junto con el alférez Francisco Ramírez y un tal sargento Gutiérrez cuyo nombre es desconocido.

Ostentaban el cargo de oficiales de Su Majestad el tesorero Guido de Labezaris o Labezarri, el factor de la real Hacienda Andrés de Mirandaola, y el contador Andrés de Caúchela. Ispizua nota a propósito de Labezaris, que el nombre de este ilustre vizcaíno sucesor de Legazpi, se halla escrito en los documentos de la época de siete maneras diferentes. Andrés de Mirandaola era sobrino de Urdaneta. En cuanto al apellido Caúchela, delata acaso en este oficial un origen francés. Es posible que este apellido sea

degeneración de Rochela. Un Rochela figura inscrito en los roles de la Armada de Magallanes. (Debo sin embargo manifestar que a mi erudito amigo don Fausto Arocena, Inspector de Archivos de Guipúzcoa, no le parece obvia la reducción de Caúchela a Rochela. Me arguye que las vocales evolucionan con facilidad pero no así las consonantes. El Sr. Arocena se inclina a identificar Caúchela con Cachola, designación esta última típicamente donostiarra del caserío de ese mismo nombre en el término de San Sebastián).

Legazpi llevaba como capitán de su guardia particular a su nieto Felipe de Salcedo, hijo mayor de Pedro de Salcedo y de Teresa de Legazpi, y como secretario, a Juan de Lazcano. Este apellido vasco autoriza a imaginar a este personaje como pariente de Legazpi. Los antecedenes familiares del conquistador sugieren la idea.

Nos quedan ahora los religiosos agustinos agregados a la expedición. Entre los acompañantes de Urdaneta se contaban entre otros fray Andrés de Aguirre, fray Pedro de Gamboa, fray Diego de Herrera y fray Martín de Rada, vascos los dos primeros, y navarro, natural de Pamplona, el último. Aguirre y Rada eran personajes de verdadera calidad. El vizcaíno Andrés de Aguirre, uno de los misioneros enviados a Méjico por Santo Tomás de Villanueva, ostentaba, al tiempo de los preparativos de la Armada, el cargo de prior del convento de Tolotapa. A su regreso a Méjico, acompañando a Urdaneta, escribió un «Informe exponiendo la importancia de continuar los descubrimientos hacia el Poniente desde los 41° de latitud». Martín de Rada era igualmente científico, un sabio matemático y cosmógrafo a quien la historia posterior acredita como hombre muy prudente y eficaz colaborador de Legazpi.

Un pliego secreto

A las dos de la madrugada del martes 21 de noviembre de 1564, zarpó la Armada del puerto de la Navidad. Una nueva vereda, esta vez victoriosa, comenzaba a abrirse en el Océano Pacífico. A la salida del sol, la escuadra, distante ya de tierra, ofrecía un maravilloso conjunto. Las naos, henchidas

de viento sus velas, hendían poderosas el mar rumbo al Sudoeste. Los rayos nacientes arrancaban a flámulas y gallardetes lo más vivaz de sus colores.

Los primeros días transcurrieron sin ninguna novedad. Los contornos de la costa desaparecieron. La líquida soledad envolvió por todas partes a la escuadra.

El sábado, día 25, creyó Legazpi llegado el momento de abrir ante el escribano de la Armada, Riquel, un pliego sellado que la Real Audiencia le entregó con orden de leerlo cuando estuviera cien leguas mar adentro. El pliego contenía una confirmación del articulado de las Instrucciones en lo concerniente a la ruta a seguir por la escuadra. Reiterábase a Legazpi la orden de ir en derechura a Filipinas siguiendo el rumbo señalado anteriormente, idéntico, como se ha dicho ya, al de López de Villalobos. Inmediatamente, Legazpi convocó en su nao a los oficiales reales, jefes militares, pilotos, a Urdaneta y a los demás religiosos. No se le ocultaba a Legazpi lo altamente penoso de la escena subsiguiente.

Ocurría que con anterioridad a la salida de la escuadra, Urdaneta declaró de manera muy ostensible en cuantas ocasiones se le presentaron, su decisión de no embarcarse si el rumbo que se le señalaba era distinto del de sus planes personales. Estos consistían en marchar a las costas de Nueva Guinea y convertir esta isla en base de operaciones para la exploración de los mares circunvecinos. Urdaneta tenía probablemente el presentimiento del continente australiano. El gran cosmógrafo no quería ayudar a ir a las islas Filipinas, al menos en cuanto este archipiélago constituyera un objetivo de carácter definitivo. Urdaneta aducía para su negativa una objeción de conciencia. Opinaba, desde luego con toda razón, que de acuerdo con los términos del empeño de las islas Molucas efectuado por Carlos V al rey de Portugal, el archipiélago filipino quedaba dentro de la demarcación portuguesa. Este acuerdo situaba definitivamente a cierta distancia al este de las Molucas, la línea demarcadora de las zonas de expansión hispano-portuguesa en el Extremo Oriente, dando fin de esa manera a una larga serie de conflictos entre las dos naciones.

Ahora bien: la expansión portuguesa no había alcanzado todavía al archipiélago de las Filipinas. Por otra parte, los supervivientes de anteriores expediciones españolas —desde la de Magallanes a la de Villalobos—

ponderaban las riquezas de aquellas islas donde el oro abundaba por todo extremo. Según contaban los navegantes llegados a aquellos parajes, todos los indígenas llevaban profusión de collares, manillas y sortijas de oro, y las mujeres, grandes pendientes y collares y, colgando de los vestidos, hasta chapas y medallas del mismo metal.

Los cálculos de longitudes geográficas adolecían entonces de errores enormes. No faltaban cosmógrafos que situaban en sus cartas al archipiélago filipino dentro de la zona de influencia española. Juan Pablo Carrión, ya mencionado en anterior capítulo, uno de los pilotos de la expedición de Villalobos, era uno de éstos. Carrión no se dio paz intrigando contra Urdaneta, incluso hasta en alguna carta que escribió a Felipe II. El piloto difundía sobre todo las declaraciones del agustino contrarias al asesoramiento de la Armada, si ésta tenía por objeto la colonización de Filipinas.

La Real Audiencia del Virreinato dio oídos a las intrigas de Carrión, pero no quiso de ninguna manera privarse del concurso técnico de Urdaneta. El riguroso secreto de las Instrucciones prescrito tan reiteradamente a Legazpi tenía por principal objeto asegurar la ignorancia de Urdaneta acerca de la finalidad verdadera de la expedición. La argucia del pliego ordenado abrir a cien leguas de la costa, colocaba a Urdaneta ante el hecho consumado de manera irremediable.

Por fortuna para los destinos de la expedición, Urdaneta, a pesar de su primera reacción justamente indignada, se avino, a pesar de todo, a dirigir el rumbo de la escuadra siguiendo la ruta planeada por su mismo rival. De acuerdo con la orden del pliego, el rumbo fue variado inmediatamente. Toda la historia está llena de sucesos más o menos parecidos. Los hombres ayudan muchas veces, aunque sea a su pesar, a designios distintos de los que se propusieron. Las intrigas del ambicioso Carrión prepararon la más bella y cristiana conquista de su siglo.

Desertores. Errores de estima

La navegación siguió durante unos días sin novedad. La noche del 30 de noviembre a 1 de diciembre, se registró la deserción del patache «San

Lucas». Este ligero buque solía navegar en descubierta, por delante del grueso de la Armada. Observóse primero cómo se iba alejando del convoy de manera sistemática cada vez más. Legazpi mandó entonces al patache no separarse más de media legua de la nao Capitana. El piloto Lope Martín respondió con una argucia técnica que encubría sus verdaderas intenciones. El patache, según él, no podía amainar: escoraba tanto al ser forzado que hacía agua. A pesar de la orden de Legazpi, al anochecer del último día de noviembre, el «San Lucas» adelantaba dos leguas a la nao Capitana. Al amanecer del día siguiente, el patache se perdía de vista definitivamente. Una fuga en toda regla. La historia del piloto desertor volverá a enlazar de manera siniestra con este relato.

Buen tiempo durante todo el mes de diciembre. A medida que la escuadra avanzaba púdose comprobar lo valioso del concurso técnico de Urdaneta. La relación anónima del viaje señala los grandes errores de cálculo de los distintos pilotos expedicionarios acerca de la situación y de la distancia recorrida. «Todos iban errados y desatinados», dice el cronista. No les era posible por tanto ponerse de acuerdo, pues Legazpi, cumplidor escrupuloso de las Instrucciones, quería a todo trance seguir el rumbo fijado por aquéllas. La corrección de tanto cálculo dispar corría a cargo de Urdaneta. A la opinión exclusiva de éste comenzó por fin a atenerse Legazpi, que hacia fines de diciembre, ordenó colocarse a la altura de 10 grados en busca del archipiélago de Matalotes.

La isla sin armas

El día 9 de enero, desde la cofa de la nao Capitana, los vigías señalaron tierra. En opinión de Urdaneta, era una isla por nadie descubierta hasta entonces. Muy probablemente, tratábase de la de Meyit, una de las islas más orientales del archipiélago Marshall. Tenía costa acantilada. Los navíos, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron surgir. Sólo el patache «San Juan de Letrán» consiguió echar el ancla. Legazpi pidió a Urdaneta que acompañase a tierra al maestro de campo y a los capitanes Goiti y de la Isla. Además ordenó a su nieto Felipe de Salcedo tomar en nombre del rey posesión del paraje.

Las corrientes hacían muy peligrosa la cercanía a tierra de las naos. Los pilotos decidieron salir a alta mar.

Urdaneta y sus acompañantes, después de cumplidas sus respectivas misiones, abandonaron la isla, hacia las diez de la noche, en dirección a la nao Capitana. El encuentro en la oscuridad estaba de antemano previsto merced a un juego de luces colocado en tres fanales de la Capitana. Según los desembarcados, en la isla no encontraron sino un anciano acompañado de otra vieja, al parecer su esposa. Una mujer joven, que los expedicionarios supusieron hija de los ancianos, acompañaba a éstos, teniendo una criatura en sus brazos. Urdaneta no pudo entenderse con ellos sino por señas. Por todas las trazas, los habitantes, al ver los navíos se fugaron en masa a la espesura tropical, o a las islas cercanas.

El viejo indígena tenía muy buena presencia, y las mujeres tampoco eran mal plantadas. Todos vestían de manera elemental. El anciano aborigen llevaba barba espesa y muy cerrada; de ahí el nombre de los Barbudos puesto por los expedicionarios a aquella isla. Ofrecióse a ir a llamar a los habitantes, y al verse obsequiado por los desembarcados con alguna bisutería, demostró gran contento. Enseñó entonces a los españoles las casas y les ofreció de las distintas frutas producidas por la isla. Los habitantes poseían almacenadas grandes cantidades de pescado, coco, patatas, ñames, y un grano parecido al maíz. Sus canoas tenían muy excelentes condiciones marineras. Usaban para pescar, redes y anzuelos de hueso. No existían señales de que conocieran ninguna clase de armas. Era aquélla indudablemente una isla feliz. El viejo indígena demostró gran pesar cuando los españoles iniciaron el regreso.

Las maravillosas islas del mar del Sur

Al día siguiente (10 de enero) la escuadra pasó al sur de unas diez pequeñas islas cubiertas de exuberante vegetación. Los navíos no pudieron anclar; no encontraban fondo. Los expedicionarios imaginaron despobladas estas islas que denominaron de los Placeres.

La tarde del mismo día, a siete leguas de distancia de las islas de los Placeres, pasaron las naos muy junto de otra en la que tampoco pudieron

surgir. La isla era baja, y, lo mismo que las anteriores, cubierta de espesura tropical. El sol, semejante a una gran bola roja, iba a ponerse en el confín del mar; a su luz moribunda la líquida llanura cabrilleaba en reflejos de sangre y oro. Una ensordecedora algarabía de trinos se dilataba por todo el ámbito, formando una extraña armonía con el misterio de aquel solemne crepúsculo. Miles de bandadas de pájaros multicolores venían desde todas direcciones a recogerse en la selva de la isla. Los navegantes contemplaban silenciosos desde las bordas el maravilloso espectáculo. Casi sobra añadir que el paraje recibió inmediatamente el nombre de isla de los Pájaros.

Los buques continuaron navegando a la misma altura de diez grados. El día 12 de enero, a cincuenta leguas de la isla de los Pájaros, apareció otro grupo de diez islas que los navegantes llamaron de los Corrales, y en las cuales tampoco pudieron detenerse. Eran atolones de coral cuya forma en círculo sugirió a los expedicionarios la idea de corrales diseminados por el mar.

Setenta leguas más adelante, otro parecido archipiélago les aguardaba, con resultado igualmente negativo en cuanto a sus propósitos de anclar. Subyugaba la belleza peregrina de todas estas islas, pero la navegación entre ellas exigía el mayor cuidado, pues sus cercanías estaban rodeadas de arrecifes coralinos. Según Urdaneta, se trataba del archipiélago bautizado por Villalobos con el nombre de los Jardines. Por lo tanto, la escuadra estaba mucho más atrás de lo imaginado por muchos pilotos; no había recorrido, ni con mucho, la distancia señalada por los aventurados cálculos de éstos. Pilotos había que opinaban que la escuadra tenía incluso rebasadas las islas Filipinas.

Pero el buen sentido de Legazpi, optando por seguir el consejo de Urdaneta, ordenó, a mediados de enero, ponerse a la altura de trece grados, para alcanzar así las islas de los Ladrones.

La bahía de Guam

Efectivamente, éstas aparecieron al Noroeste una semana más tarde, hacia las diez de la mañana. Según los pilotos eran ya las islas Filipinas, pero Urdaneta sin ver aún la tierra, verificó la comprobación del sitio sólo de la

forma de las velas usadas por las embarcaciones indígenas, y que el vigía le describía a voces desde lo alto de su observatorio. A pesar de las risas de suficiencia de los pilotos, Urdaneta, antiguo conocedor de aquel archipiélago, dictaminó que la escuadra se hallaba ante las islas de los Ladrones.

La Armada penetró en una bahía al oeste de la isla de Guam. Multitud de velocísimas piraguas la rodeó en unos instantes. Los indígenas evitaban acercarse a los navíos, pero señalaban la isla a los españoles con ademanes expresivos. Puestos de pie en sus embarcaciones, abríanse de brazos y luego se refregaban el vientre queriendo con ello indicar su abundancia de comestibles. Legazpi envió en una tabla a los más cercanos, cuchillos, tijeras, cuentas, un espejo, amén de otras chucherías.

Las naos, buscando surgidero a propósito, fueron acercándose a la costa lentamente. El patache «San Juan de Letrán» maniobraba a este fin con desenvoltura. Las casas de la orilla aparecieron visibles entre las palmeras. Anochecía. A las últimas pirotécnicas del crepúsculo siguió otra visión subyugadora. Una hilera ininterrumpida de hogueras se encendió delante de las casas a todo lo largo de la costa. Las aguas, ya oscuras, reflejaban mansamente la línea de luces. Cuando el «San Juan de Letrán» consiguió anclar era ya la media noche. Al amanecer, las dos naos surgieron a su lado.

Un bando

Legazpi iba a principiar su actuación de conquistador. La luz absorbía las últimas estrellas, y en las cubiertas, ya los pregoneros redoblaban imperiosos anunciando un importante bando del general. Que nadie fuese osado de hacer fuerza, agravio, ni daño alguno a los naturales, ni a tomarles bastimentos ni cosa ninguna, ni tocarles en sus sementeras, ni en sus labranzas, ni en sus árboles, ni a contratar con ellos sino por mano de los oficiales reales. Legazpi amenazaba a los contraventores con graves penas. Los soldados no disimulaban su descontento.

Las embarcaciones de los indígenas comenzaron a acercarse a la escuadra. Hubo expedicionario que, tomándose el trabajo de contarlas, sumó más de cuatrocientas. Los habitantes traían en ellas cocos secos o

verdes, cañas dulces, plátanos, tamales de arroz, batatas y otras cosas comestibles, pero de todo en cantidad pequeña, y se apresuraban a cambiarlo por naipes, por pedazos de orillos de paño, por cascabeles, por cualquier cosa. Este fácil tráfico duró todo el día, sin que durante todo este tiempo quisiesen ellos subir a los navíos a pesar de las seguridades que Legazpi de manera muy reiterada les daba. Urdaneta les dirigió algunas palabras del lenguaje de la isla recordadas aún por él, e incluso contó hasta diez —el *acha*, *gua*, *tero*, *farfur*, *nimi*, *guanan*, *fritin*, *gua*, *agua*, *manete*, que el piloto mayor Esteban Rodríguez anota en su Relación— lo cual les regocijó sobremanera. Es curioso que el cabo de tantos años, uno de los indígenas recordara a Urdaneta el nombre de Gonzalo de Vigo, un superviviente de la nao «Trinidad», que durante algunos años vivió entre ellos; fue rescatado más tarde por los restos de la expedición de Loaysa y Elcano de la que Urdaneta formaba parte.

Generosidad mal correspondida

Los relatos de la expedición de Legazpi añaden algunos interesantes detalles a las descripciones y costumbres de la isla de Guam efectuadas anteriormente por Pigafetta y por el mismo Urdaneta. A los expedicionarios de Legazpi no se les ocultó el origen volcánico de la isla, que dedujeron del hallazgo en ella de piedra de azufre. Los altos de la isla eran lomas peladas, en contraposición a las cercanías de la costa cubiertas de exuberante vegetación.

Los habitantes iban completamente desnudos, sólo las mujeres cubrían su mínima honestidad con un cordel del cual pendían unas hojas de árbol. Todos, ellos y ellas, membrudos y de elevada estatura, llevaban el cabello suelto y largo. Según adquirían confianza con los españoles, no recataban su deseo de obtener hierro a cambio de los géneros que ofrecían. Sobre todo, querían clavos para sus canoas, pues las ajustaban con cordeles. Pero con todo, sus embarcaciones poseían admirables condiciones marineras. Guardaban las mayores de ellas bajo unos anchurosos techados de palma a modo de atarazanas. La anchura y solidez de estas construcciones llamó mucho la atención de los españoles. Una de ellas fue aprovechada para la

celebración de la misa durante todos los días en que la escuadra permaneció anclada. Las casas, a pesar de ser de madera, estaban igualmente muy bien construidas sobre grandes pilares de piedra.

La generosidad que Legazpi les demostró, dio alas a su condición atrevida y traidora. A despecho de las primeras demostraciones amistosas los expedicionarios reconocieron muy pronto la necesidad de extremar sus precauciones. Los isleños andaban siempre afinados, y comenzaron muy pronto a hacer objeto a los expedicionarios de burdos engaños. Cada vez traían más víveres a permuta, pero llegaron a vender arena como si fuese arroz, y agua como aceite de coco. Los españoles les afeaban aquella conducta, pero ellos, cada vez más engreídos, mostraban sus armas profiriendo al mismo tiempo grandes amenazas. Aprovechando la oscuridad se llevaron las boyas de todas las naos. Aun en pleno día se atrevían a intentar arrancar los clavos y chapas de los buques. Hubo hasta quien se empeñó en llevarse el esquife de la Capitana. La relación del viaje describe cómo el cínico indígena, sorprendido en plena realización de su propósito, «quedó muy muerto de risa».

Pronto comenzaron los expedicionarios a ser objeto de pedreas y flechazos. Los practicantes curaron los primeros heridos. Y las cosas fueron a peores. El servicio de aguada tuvo que efectuarse con protección de soldados al mando del maestro de campo nada menos. Con todo, los isleños, arrimándose a la tropa, fingiendo amistad, la hicieron objeto de felonías sin cuento. Una de las veces, un indígena cogió de imprevisto el arcabuz a un soldado. Las armas de fuego les infundían, a la vez que un terror pánico por sus mortíferos efectos, una curiosidad y admiración invencibles. El súbito latrocinio estaba indudablemente convenido de antemano entre todos ellos, pues fue la señal de una desbandada general. Violenta pedrea siguió a la huida. Pero de allí a poco, todos volvieron como si nada hubiese ocurrido y manifestando al maestro de campo deseos de continuar en paz lo mismo que al principio.

Pero casi enseguida de ser admitidas por el capitán del Saz aquellas explicaciones siguióse una inexplicable agresión. Un indígena arremetió a lanzadas contra un soldado. La armadura valió a éste el no resultar atravesado, pero de todas maneras resultó alcanzado en una mano y a

resultas de esta herida murió a los pocos días. Probablemente, la punta de la lanza estaba previamente aparejada con algún unto venenoso.

Otro día, regresando varios expedicionarios en un batel a las naos, echaron de menos a un grumete. Recordaron que éste había quedado durmiendo bajo un palmar en el bochorno caliginoso de la hora meridiana. Remando a toda prisa volvieron a la isla, pero ya tarde por desgracia. El desgraciado grumete apareció cosido a lanzadas. Legazpi tuvo entonces que repetir, bien a su pesar, aunque con mucha razón, la rabia ordenada por Magallanes a los pocos días del descubrimiento de aquella misma isla. Llegada la noche, el maestre de campo desembarcó al mando de alguna fuerza. Destruyó y quemó algunas casas y canoas que encontró a su paso, y además, ordenó ahorcar a tres indígenas apresados durante la refriega, en el mismo lugar donde fue encontrado el cadáver del grumete.

Ya algunos días antes de estos sucesos, en castigo de otras traiciones, fue apresado otro isleño. Legazpi extremaba con él sus atenciones, aun cuando lo tenía asegurado con grilletes. Pero esta precaución no valió gran cosa. Cierta vez, al paso por cerca de la nao de una piragua indígena, el preso se echó al agua. Todos los isleños eran nadadores sobresalientes, y el preso acreditó serlo sobre toda ponderación, acogándose con rapidez y habilidad insuperables a la piragua de los suyos. Un batel de la escuadra salido velozmente en persecución de la piragua, no pudo darle alcance, aunque luego apresó otra embarcación ocupada por dos hombres y una mujer.

Legazpi intentó comunicarse con los de tierra por medio de estos nuevos prisioneros. La mujer quedó en seguida en libertad provista de algunos obsequios. Tenía el encargo de obtener la devolución del arcabuz robado y los grillos del evadido, y, además, decir que los otros dos presos quedaban en las naos como garantía de su gestión. Pero jamás volvió a saberse de ella nada. Entonces, Legazpi volvió a probar la suerte con los dos prisioneros. Pero no hubo manera de mover de la nao al más viejo de ellos; temía sin duda que lo fueran a matar. Esta presunción equivocada le movió al suicidio, pues se le encontró ahorcado al siguiente día. En cuanto al otro, un muchacho joven, Legazpi lo envió a sus padres, vestido y con regalos.

Los escrúpulos de Urdaneta

Es en la isla de Guam donde Urdaneta planteó a su amigo Legazpi la conveniencia de despachar uno de los navíos a Méjico, iniciando el intento de travesía del Pacífico. Urdaneta continuaba, con toda seguridad, ignorando el articulado de las Instrucciones a Legazpi. La pretensión de Urdaneta estaba inspirada en muy nobles motivos. Urdaneta continuaba en el fondo aferrado a su idea primitiva, y juzgaba el intento de conquistar Filipinas contrario al acuerdo concertado entre los soberanos de España y Portugal. Las islas Filipinas caían, según él —y así era efectivamente—, dentro de la demarcación portuguesa, y no podían ser, por tanto, conquistadas por el rey de España. Legazpi debió de adivinar los nobles escrúpulos de su amigo y rechazó de plano aquella sugestión. Él había jurado repetida y solemnemente el estricto cumplimiento de unas Instrucciones secretas que le ordenaban llegar al archipiélago filipino. Legazpi se limitaba a realizar el compromiso jurado.

Proa a Filipinas

El sábado, 3 de febrero, levó anclas la escuadra y puso proa a las islas Filipinas. Diez días después, los navíos llegaban a la isla de Samar, repitiendo en esta etapa de su viaje la misma trayectoria de Magallanes, descubridor del archipiélago filipino cuarenta y cinco años atrás. Magallanes llegó también a Samar procedente de Guam, después de efectuar una razia en esta isla para castigar algunas bellaquerías de sus habitantes.

El gran navegante portugués al servicio del rey de España, intentó la conquista del archipiélago filipino, designado primeramente por él con el nombre de islas de San Lázaro, en recuerdo del día de su descubrimiento (quinto domingo de Cuaresma). El más rotundo fracaso coronó sus valerosos cuanto irreflexivos esfuerzos. Las islas Filipinas no podían ser conquistadas en unos días, de pasada, como el desgraciado navegante pretendía con el más absoluto desconocimiento de la complicada extensión del archipiélago y de las particulares maneras de sus habitantes.

Las Filipinas. Sucinto resumen geográfico

Una geografía general del evocador y sugestivo archipiélago filipino justificaría por sí sola una obra muy voluminosa. Pocas cosas resultan por lo tanto más dificultosas que el intento de resumirla brevemente en un par de cuartillas. Pero el relato quedaría incompleto sin ellas; es de todo punto ineludible ofrecer al lector una impresión de los parajes donde van a desarrollarse los principales acontecimientos de esta historia.

Las islas Filipinas surgen en una extremidad del Océano Pacífico, junto a la mayor profundidad conocida —10.790 metros—, acaso como testimonio de algún remoto y tremendo cataclismo. Los pequeños mares que las separan de las tierras vecinas encierran así mismo importantes fondos abisales de más de 5.000 metros. La situación del archipiélago es magnífica: forma el centro geográfico de una gran extensión de tierras e islas entre el Japón y China al Norte de Australia e Insulindia al Sur. Su posición, las razas, la religión, la historia, todos los elementos parecen haberse juntado para imprimir a la tumba de Magallanes un sello peculiar: abierta a todas las influencias, ha conservado con todo un aspecto original.

Dos grandes islas, Luzón, al Norte, y Mindanao, al Sur, forman el núcleo, la base y al mismo tiempo las barreras del Archipiélago, abrazando y protegiendo entre las dos al grupo de las Visayas, rosario de islas importantes y ricas, a cuya importancia hace traición el hecho de verlas minusculizadas entre la masa de tierras y mares del extremo asiático. Infinidad de islas e islotes se acogen a la vecindad de las más principales, llegando a más de 2.500 las que cuentan con nombre geográfico propio.

Su altura, entre los 5 y los 20 grados de latitud Norte, fuera de algunos islotes; su carácter general montañoso y volcánico, su multiplicada insularidad con numerosos mares y canales internos, nos dan la clave de su clima, productos y géneros de vida. Sin haber un solo producto absolutamente preponderante, sobresale el arroz, que no basta sin embargo al consumo, y el maíz: pero la exportación vive sobre todo del azúcar, abacá y tabaco.

Costas recortadísimas y con frecuencia abruptas, en un mar de tifones y con violentas corrientes interinsulares, la navegación conoce peligros especiales y puertos centrales inseguros. La maravillosa bahía de Manila, de

cara al mar de la China y fuera de los mares internos, es una excepción magnífica. Todo contribuye a dar al paisaje un carácter grandioso: mares y lagos, montes y llanuras tropicales, vegetación exuberante, variedad sin límites.

Los filipinos son predominantemente del grupo malayo con dos lenguas principales: visaya en las islas centrales, Norte de Mindanao y Sur de Luzón, y el *tagalog* en gran parte de Luzón. Ambas fueron acomodadas a expresión literaria y cultivadas por los misioneros.

Una circunstancia accidental determinó su orientación hacia España. Magallanes las descubrió como primeras tierras de consideración después de su fabulosa travesía transpacífica, y murió, peleando, en ellas. Todos los tratados, intereses y conflictos hispanolusitanos no impidieron que, a fines del siglo XVI, Filipinas girara bajo la órbita española más intensamente que cualquier territorio de influencia portuguesa en el Extremo Oriente bajo la lusitana.

Los soldados, marinos y comerciantes fueron necesarios a la historia colonial de Filipinas, pero mucho más los misioneros. La obra creada por los primeros ha desaparecido en su mayor parte: la de los últimos persevera incólume a pesar de las tormentas políticas y religiosas. España consiguió dar a las Filipinas la unidad de que carecía. Caciques, jefes y reyezuelos aceptaron la soberanía del monarca católico, admitieron una misma religión, unas mismas leyes y autoridades, unas mismas costumbres fundamentales. Se intensificó la relación de unas islas a otras: se cruzaron más las razas entre sí y con la colonizadora, y se creó una conciencia nacional que antes no existía. Al mismo tiempo se evitó que las islas llegaran a ser un feudo del Islam, como ya había empezado a serlo desde el siglo XV. Los *moros* ya asentados en parte de Mindanao y Joló llegaron a ser en 1940, 677.903 al lado de los 12.603.365 católicos romanos y 1.573.608 aglipayanos, cismáticos separados de la Iglesia de Roma con motivo de las guerras de independencia con España, hace cuarenta y cinco años.

El grado de cultura y civilización de los filipinos maravilló a los norteamericanos al establecer su gobierno entre ellos. Los yankis esperaban encontrarse con un pueblo semisalvaje de Oceanía; su sorpresa no tuvo

límites al comprobar el adelanto y vida civil de las islas, y así lo manifestaron las comisiones oficiales enviadas al archipiélago a examinar su situación y posibilidades.

Pero las Filipinas de Legazpi y de los primeros tiempos de la conquista, más que fin en sí mismas, fueron consideradas por muchos como un puente hacia el continente e islas asiáticas, y una base comercial y naval espléndida enfrente de ellas. Lo fueron sólo hasta cierto punto.

La isla de Luzón con sus 105.708 kilómetros cuadrados y la mitad de la población total del archipiélago, forma el núcleo indiscutible de la nación, mientras que Mindanao con sus 95.586 kilómetros cuadrados y un millón y medio de habitantes queda muy rezagada en población y cultura a pesar de sus inmensas posibilidades. Cebú, la primera conquista de Legazpi, cuenta con solos 4.390 kilómetros cuadrados, pero su población supera al millón, lo mismo que la isla de Panay, con 11.520 kilómetros cuadrados de extensión.

Y terminemos esta brevísima reseña geográfica, incompleta de intento, notando cómo los filipinos actuales han querido perpetuar el nombre de su magnánimo conquistador haciendo que una de sus principales ciudades, Albay, adoptara su nombre, llamándose Legaspi.

LA FASE DE LOS TANTEOS

El primer problema

La característica exterior más acusada de los conquistadores es su ritmo apresurado, anhelante. El conquistador compara por instinto lo precario del tiempo de que dispone con la magnitud de la empresa cuya feliz consecución se exige a sí mismo. Obrar, obrar cuanto antes, constituye toda su obsesión.

Tan pronto la Armada llegó a Samar, Urdaneta, en compañía del maestre de campo y del capitán Goiti, partió, a petición de Legazpi, a explorar la costa. La misión de Urdaneta consistía en buscar un buen puerto, o una ría, o alguna aglomeración habitada, y al mismo tiempo, ponerse en comunicación con los aborígenes.

El repuesto de bastimentos era el problema más perentorio para la Armada. La Intendencia de los conquistadores se proveía siempre a costa del mismo país conquistado. El conquistador tenía que resolver sobre el mismo terreno esta complicación que muy pronto se le presentaba. El conflicto tenía para Legazpi, desde el primer momento, muy grave carácter, debido sobre todo al deplorable abastecimiento de la escuadra en Méjico. No se olvide además que, en cumplimiento del articulado de las Instrucciones, Legazpi debía despachar de regreso uno de los navíos lo más urgentemente posible. Este largo viaje exigía, como es natural, un grande acopio de provisiones.

Toma de posesión

Unos indígenas se llegaron a la escuadra al siguiente día de su arribo. La isla era llamada por ellos con el nombre de Cibabao o Ibabao. Legazpi los acogió con todo el cariño, obsequiándolos con diversos regalos, y los utilizó

para comunicar su llegada a los caciques principales de la isla. En efecto, el encargo fue cumplido, pues al siguiente día, buena cantidad de embarcaciones cargadas de nativos rodeó la escuadra. Legazpi extremó con todos sus atenciones y pactó paces a bordo de la Capitana con el jefe de ellos, llamado Calayón.

Legazpi creyó propicio el momento. Una compañía efectuó el desembarco. El alférez mayor, Andrés de Ibarra, tomó posesión de la isla. Fernando Riquel, escribano de la Armada, nos ha dejado en el testimonio de la toma de posesión, una muy sugerente crónica del acto:

«En la nao Capitana, a quince días del mes
» de febrero de mil y quinientos y sesenta y cin-
» co años, estando la Armada real surta cerca
» de una isla grande que los naturales de ella die-
» ron por señas a entender llamarse Cibabao, el
» muy ilustre señor Miguel López de Legazpi, go-
» bernador y capitán general por Su Majestad de
» la gente y Armada del descubrimiento de las is-
» las, las del Poniente, por ante mí, Fernando Ri-
» quel, escribano de la dicha Armada y de la go-
» bernación de las dichas islas, dijo que por
» su señoría envía al alférez general An-
» drés de Ibarra, a hacer la amistad con un in-
» dio natural de esta isla nombrado Calayón, que
» dijo ser principal, y conviene que en nombre
» de Su Majestad se tome posesión de ella, por
» ende que daba y dió su poder cumplido al di-
» cho Andrés de Ibarra para tomar posesión en
» nombre de Su Majestad de la parte y lugar don-
» de así fuere con el dicho indio, y de todo lo
» demás a ella sujeto y comarcano, y en fe de
» ello otorgó el presente auto ante mí el dicho es-
» cribano y testigos yusoescritos con sus inciden-»
cias y dependencias, anexidades y conexidades,

» y lo relievó en forma de derecho y lo firmó de
» su nombre siendo testigos el alguacil mayor
» Gabriel de Ribera, Amador de Arrizan, Juan
» Pacheco, gentiles hombres del señor goberna-
» dor Miguel López — pasó ante mi Fernando Ri-
» quel, escribano mayor &.

» Y después de lo susodicho, en este dicho día
» mes y año susodicho, el dicho alférez general
» Andrés de Ibarra, por ante mi el dicho escri-
» baño y testigos yusoescritos, estando en el río
» de Calayón donde el dicho principal así nom-
» brado lo llevó, habiendo saltado en tierra en
» un portezuelo pequeño que estaba a la lengua
» del agua, y en él había un buio pequeño, dijo
» que en nombre de Su Majestad, por virtud del
» poder que tiene del muy ilustre señor Miguel
» López de Legaspi, gobernador y capitán gene-
» ral del descubrimiento de las islas del Ponien-
» te, tomaba, y tomó, y aprehendía, y aprehendió,
» la tenencia y posesión real y actual *vel casi* de
» esta tierra de todo lo a ella sujeto y comarca-
» no, y en señal de verdadera posesión se paseó
» de un cabo a otro, y cortó ramos de árboles, y
» arrancó yerbas, y tiró piedras, e hizo otros au-
» tos y ceremonias en señal de verdadera pose-
» sión según que en tal caso se suelen y acos-
» tumbran hacer, lo cual pasó quieta y pacífica-
» mente en haz y en paz de los que presentes es-
» taban sin contradicción de persona alguna, y
» de como así pasó lo susodicho, el dicho Andrés
» de Ibarra pidió a mí el dicho escribano se los
» diese por testimonio, siendo presentes por tes-

» tigos el padre fray Diego de Herrera y el pa-
» dre fray Pedro de Gamboa y el alguacil mayor
» Gabriel de Ribera y Francisco Escudero de la
» Portolla y Pedro de Herrera y otros muchos
» soldados. Y yo, el dicho Fernando Riquel, escribano
» suso dicho, doy fe de lo que dicho es
» que ante mí pasó y fui presente a todo ello, jun-
» tamente con los dichos testigos, en fe de lo cual
» hice aquí mi firma y rúbrica acostumbrada y
» que es a tal en testimonio de verdad — Fernan-
» do Riquel, escribano de gobernación».

El escribano Riquel atestigua la toma de posesión como verificada en «haz y en paz». Pero los indígenas deducían sagazmente el punto flaco de aquellos grandes y poderosos navíos artillados, repletos de soldados provistos de armas mortíferas e irresistibles. Pese a las seguridades dadas a Legazpi al principio, vióse muy pronto, de manera bien patente, el doble juego de los habitantes. Estos no pasaban de las promesas. A pesar de ser pagados espléndidamente por Legazpi, traían los víveres en cantidad muy exigua. Los días iban pasando sin producirse ningún cambio. Legazpi no quería perder tiempo, y despachó en dos canoas otras tantas secciones exploradoras; la una, al mando del capitán de la Isla, hacia la costa Norte, y la otra, mandada por el alférez mayor Andrés de Ibarra, en dirección Sur. Pero las dos expediciones regresaron sin obtener resultado alguno. La primera volvió además con un hombre de menos que pagó su temeridad de desembarcar, muriendo atravesado a lanzazos por los indígenas.

Los agresivos habitantes de Leyte

Legazpi optó entonces por abandonar Samar. La escuadra zarpó el día 20 de febrero. Al día siguiente, las naos anclaban en la isla de Leyte, denominada por los navegantes, isla de San Pedro.

Los habitantes de Leyte repitieron exactamente la conducta de los de Samar, y además tuvieron la franqueza de desenmascararse en seguida.

Entre los indígenas que se presentaron a dar la bienvenida a Legazpi, había uno que, por cierto, sabía algunas palabras sueltas en castellano. Pero ninguno, ni éste siquiera, volvió a presentarse de nuevo ante Legazpi. Con todo, el guipuzcoano se posesionó de la isla con la mayor solemnidad, acto que finalizó esta vez con una misa. Pronto pudo comprobar Legazpi las intenciones de los habitantes.

Según la relación del viaje, Legazpi, después del desembarco, remontó con dos bateles una ría muy anchurosa, en dirección a un pueblo llamado Camungo, llevándose consigo a los religiosos y al maestro de campo. De súbito apareció en la orilla un grueso contingente de indígenas en actitud agresiva. Aquellos salvajes prorrumpían en una terrible gritería, mientras blandiendo sus machetes asestaban mandobles a los árboles. Manera expresiva de dar a entender su intención de machetear a los mismos expedicionarios. Impresionaba profundamente aquella masa de salvajes desnudos y tatuados, vociferando gesticulantes en medio de la selva. Fue inútil que Legazpi intentara apaciguarlos con toda clase de señales amistosas. Comprendiendo lo estéril de sus esfuerzos en este sentido, ordenó virar a los bateles. Una descarga de arcabuces hubiera bastado para disolver aquellos energúmenos, pero Legazpi no quería producirles ningún daño. La retirada ensoberbeció a los indígenas que, atribuyéndola a miedo, acometieron a los españoles a pedradas. Sólo entonces consintió Legazpi que se disparasen un par de arcabuzazos, pero al aire, únicamente con el fin de amedrentarlos, lo cual bastó para disolver a los salvajes.

Al llegar a Leyte, Legazpi envió al capitán Goiti a un servicio de exploración. Goiti tenía encargo de costear la isla en busca de un buen puerto. El plazo fijado a Goiti para el cumplimiento de su misión era de seis días, pero Legazpi tuvo que aguardarle cuatro días más del término señalado.

Entre tanto, pudo observar las costumbres de los habitantes de la isla. Las armas de éstos consistían en varas aguzadas, anchurosos escudos, pequeñas lanzas, y alfanjes de muy distintas larguras. Usaban así mismo arcos y flechas, y la gente principal vestía para la guerra unos a modo de coseletes trenzados de caña y corteza gruesa de árbol. El oro abundaba. Todos, hombres y mujeres, llevaban pendientes, pulseras, cadenas y otras

joyas de oro macizo. Gobernábanse por barrios o behetrías. Cada barrio era gobernado por un cacique, sin que existiera ninguna traza de señor principal del cual dependiesen.

El regreso del capitán Goiti apresuró la partida de la escuadra, pues no resultaba posible obtener provisión alguna de aquellos parajes tan hostiles. Goiti regresó con un hombre de menos, su mismo asistente, víctima de un ataque de los isleños. El capitán dio el descargo de su misión manifestando haber visto una población como de doscientas casas a la orilla del mar. Había a la ribera una embarcación grande cargada de arroz, y dos más comenzando la carga. Los barcos y su marinería parecían de muy lejanas tierras; acaso procedían de China. La población llamada Cabalian, estaba rodeada de extensos labrantíos. Los habitantes abundaban sobremanera en joyas de oro macizo, y lo que era mucho mejor, poseían también muchos puercos y gallinas.

Un paisaje bien descrito

Como fácilmente puede suponerse, en seguida dio Legazpi orden de largar velas rumbo al Sur. Era el día 5 de marzo. La tarde de aquel mismo día llegaba la escuadra a Cabalian.

La relación del viaje contiene una notable instantánea descriptiva del puerto de Cabalian. A la ribera del mar había muchos palmares de cocos. Las casas estaban entre los palmares. Por detrás de los cocoteros subía un cerro alto. A la falda de este cerro había también abundante caserío, otros muchos palmares, y muy grandes sementeras de arroz, de mijo y otras labranzas. Entre las casas andaban muchos puercos, gallinas y perros. Cuando las naos comenzaron a surgir, la gente empezó a bullir entre las casas, pero nadie osaba salir a la playa.

Me he limitado a copiar, variando la forma únicamente. La relación anónima está, sin duda, redactada (¿acaso por el secretario de Legazpi, el vasco Lazcano?) por alguien muy sensible a la belleza de un hermoso paraje. Este sencillo detallismo, carente de artificio, es propio de un verdadero artista.

Legazpi envió a tierra en un batel a varios de los expedicionarios con orden de demostrar a los indígenas sus propósitos pacíficos. No tardó en subir a la nao Capitana un grupo compuesto por cuatro indígenas. Uno, llamado Camotuan, decíase hijo del cacique de aquel pueblo. El cacique se llamaba Malettee. El hijo de éste se presentaba al general para sangrarse.

Esta ceremonia, corriente en todo el archipiélago, consistía en un juramento de amistad verificado de muy singular manera. Entrambas partes se sacaban de sus pechos unas gotas de sangre, y, vertiéndolas en una copa, las bebían mezcladas con vino.

Legazpi, después de obsequiar con un refresco a los recién venidos, preguntó al hijo de Malettee el motivo de no venir su padre. Camotuan respondió que éste era de edad muy avanzada. Legazpi díjole entonces que se sangrase con el alférez mayor, que era su hijo, y que él se sangraría con el mismo Malettee cuando personalmente viniera a la nao Capitana. Obsequiados luego los embajadores de Cabalian con diversos regalos, Legazpi les pidió que le vendiesen bastimentos. A este requerimiento, ellos prometieron regresar al día siguiente con cuantos comestibles necesitara la Armada. Cuando abandonaron la nao Capitana parecían muy contentos.

Una requisa

Pero al oscurecer, pudo observarse cómo los indígenas embarcaban a prisa y corriendo familias y enseres a bordo de sus canoas. Hasta botaban al agua las embarcaciones que tenían varadas en tierra. En seguida, todas las canoas partían velozmente por la costa adelante. Legazpi mandó no molestarles lo más mínimo. Al amanecer, aquel poblado parecía desierto.

Fue entonces cuando Legazpi ordenó requerirles desde su nao «una y dos y tres veces» a que trajesen las provisiones prometidas el día antes. Un idioma de circunstancias, mezcla del usado en las islas Molucas con palabras malayas, sirvió para el llamamiento. Es probable que Urdaneta fuese el creador de aquella singular jerga. Lo cierto es que pudo observarse cómo algunos habitantes se detenían a escuchar en actitud recelosa junto a los cocoteros de la orilla. La cercanía de las naos a tierra garantizaba la audición. Pero el requerimiento no obtuvo resultado. Legazpi dispuso

entonces que el alférez mayor, el escribano y un intérprete saltasen a tierra e insistiesen en la petición.

El alférez encontró en la orilla a Camotuan a quien rogó le acompañase a la nao Capitana. Aquí explicó Camotuan el motivo de la desbandada de sus paisanos. Aquellos navíos de tan gran tamaño habíanles producido enorme pánico. Camotuan disculpó también a su padre, el cacique supremo del pueblo. Los achaques impedían a éste presentarse; además de muy anciano estaba medio ciego. Legazpi sosegó a Camotuan reiterándole sus intenciones del todo pacíficas, pero encareciendo al propio tiempo su precisión perentoria de alimentos.

La necesidad apremiaba. Las despensas de los navíos carecían, entre otras cosas, de carne en absoluto. Legazpi retuvo en la nao a Camotuan y a sus tres acompañantes y convocó inmediatamente una junta de oficiales de Su Majestad, capitanes, religiosos y otros personajes de viso. La resolución de desembarcar y de tomar por la fuerza los tan preciados bastimentos — previo pago de su importe, estipulado por los oficiales reales— sin causar el menor daño en las haciendas de los indígenas, fue unánime. La operación, efectuada al mando del capitán Goiti, produjo como resultado la recogida de cuarenta y cinco puercos entre grandes y pequeños, y unas cargas de ñames y batatas. La situación estaba salvada de momento. De arroz no se halló nada; parecía haber sido puesto poco antes a buen recaudo. Gallinas se cogieron también muy pocas, porque las de aquella tierra tenían el vuelo tan largo como las perdices.

Los oficiales reales después de calcular el precio de todo lo requisado, apartaron su valor en géneros de rescate: abundante cantidad de bisutería, cuchillos y tijeras, y lo enviaron todo al poblado con uno de los indígenas, el cual, a pesar de su promesa de regresar, jamás volvió a ser visto. A poco de marchar éste, un grupo apareció en la playa dando grandes voces. Un batel se acercó, de orden de Legazpi, a la ribera. Los del grupo llevaban un puerco, y manifestaban deseos de entregarlo a cambio de Camotuan. Respondió Legazpi, profundamente compadecido, que Camotuan así como los indios que le acompañaban, tenían libertad plena de ir cuando quisiesen, y si no se iban era porque permanecían en la nao de su propia voluntad. Y así era en efecto.

La estancia de Camotuan a bordo fue muy bien aprovechada para interesantes informaciones. El hijo del cacique manifestó a Legazpi que la tierra extendida en frente —al extremo sur de Leyte— era una isla llamada Panae (la actual de Panaón). Dijo así mismo cómo la isla de Mindanao, visible en la lejanía del horizonte, abundaba en oro y canela. Camotuan señalaba hacia qué parte caían ciertos importantes puertos de la costa de Mindanao, y también la ruta más conveniente para llegar a la isla de Camiguin (al norte de Mindanao), a Cebú y Mactán, los lugares fatídicos para la expedición magallánica e incluso a algunas otras islas del interior del archipiélago filipino.

El fracaso de Mazagua

Los supervivientes de la Armada de Villalobos ponderaron mucho el comportamiento tenido con ellos por los habitantes de la isla de Mazagua. Albo, uno de los pilotos de la Armada magallánica, elogia en su detallado Diario, la extremada bondad de los mazaguanos. El eco de estos elogios, sobre todo el de las referencias de los expedicionarios de Villalobos, llegó hasta los componentes de la escuadra de Legazpi. Por este motivo inquirió Legazpi de Camotuan y sus compañeros hacia dónde caía la isla de Mazagua. (El nombre de esta isla aparece designado en las fuentes de diversas maneras. Albo la llama *Ma.sa.va*. Ramusio con el nombre de *Messana*. Para Pigafetta es *Messan* y también *Masana*. En el primer mapa que, hacia el año 1767, se publicó del archipiélago filipino por el padre Pedro Murillo Velarde de la Compañía de Jesús y cuya reproducción fiel debo a la amabilidad del Padre Conrado Pérez de la misma Compañía, esta isla aparece con el nombre de *Limaſava*. Se trata de la pequeña isla que se ve en los mapas al sur de Leyte, a la izquierda de la de Panaón). Luego, previa petición de parecer a los altos mandos, Legazpi les rogó, prometiéndoles paga por aquel servicio, que dirigieran la ruta de los navíos a Mazagua, donde esperaba encontrar mejores amigos que hasta entonces.

En efecto, a indicaciones de Camotuan, los pilotos aproaron hacia aquella isla. Pero cierto deseo expresado por el indígena previno a Legazpi la acogida que iba a tener. De ninguna manera quería Camotuan ser visto

por los de Mazagua. Temía que los mazaguanos dedujesen, de su presencia en la escuadra española, que él la había llevado a ellos. Legazpi declaró su propósito de ir a Mazagua sólo para favorecer a sus habitantes. Pero la advertencia de Camotuan era sobradamente significativa.

Legazpi, sin dejarse ganar por el desánimo, ordenó confeccionar unas ricas prendas de vestir para obsequiar con ellas al reyezuelo de Mazagua. Además, antes de llegar a esta isla, encargó a Urdaneta y al maestre de campo saliesen en bateles con objeto de presentarse a dicho personaje y prevenirle la inminente llegada de la escuadra.

Legazpi incurría en idéntico error que Magallanes cuando descubrió el archipiélago filipino, error que tan caro costó al gran navegante. Legazpi, lo mismo que Magallanes, suponía —al menos en un principio— a los habitantes de cada isla, sujetos a la autoridad única de un cacique o reyezuelo. La realidad era bien distinta. Cada poblado venía a constituir un clan independiente bajo el mando de un jefe. Las islas distaban muchísimo de depender de una autoridad única.

La embajada de Urdaneta y del Saz tuvo un fracaso rotundo. La costa donde desembarcaron aparecía desierta totalmente. Sólo se veía en lo alto de un peñasco a un indígena en actitud expectante. A las llamadas de Urdaneta, aquel hombre descendió por una escala de bejucos hasta una pobre cabaña alzada al abrigo de una roca, y luego de prenderla fuego, volvió a subir a lo alto del peñón, que aisló en seguida cortando la escala. Sus voces incomprensibles resonaban lamentosas en aquella soledad acompañando el incendio de su miserable vivienda.

La noticia del arribo de una escuadra de navíos colosales, había cundido por todas aquellas islas produciendo pánico entre sus habitantes. Sin duda, los indígenas tenían en las alturas vigías que avisaban la cercanía de aquellos buques. El terror producido por la escuadra de Legazpi es fácilmente comprensible cuando se consideran los estragos causados por los piratas en aquellas costas. Los mares malayos estaban entonces infestados de piratas.

Regreso de Camotuan

Los dos enviados de Legazpi no insistieron más en Mazagua. La Armada arrumbó a la isla de Camiguinin. Legazpi comprendió sin objeto ya la presencia de Camotuan y los suyos, y decidió enviarlos a su isla de origen. Pero antes los obsequió con esplendidez. Tenía verdadera necesidad de extender por aquellos mares sentimientos completamente distintos de los que infundía la gallarda facha de sus buques. Camotuan y sus amigos, desnudos hasta entonces, volvieron a sus casas vestidos con chamarras y zaragüelles y cubiertas sus cabezas con sendos bonetes. La ropa de Camotuan estaba confeccionada con paño de color verde; las de los otros indígenas con lienzo de Ruan. Es muy posible que aquellos salvajes vestidos de tal guisa resultaran unos adefesios, pero demostraban hallarse sumamente contentos.

Legazpi cargó además en la canoa de ellos provisiones calculadas para tres días y entregó a Camotuan una carta destinada a don Alonso de Arellano, el capitán del patache «San Lucas», por si este navío alcanzaba a tocar en el puerto de Cabalian. El general encareció finalmente a Camotuan el trato mejor posible a los tripulantes de los navíos españoles que, en adelante, llegasen a su jurisdicción, lo cual prometió éste de muy buena gana. Los indígenas, deslumbrados por aquella generosidad, no acertaban a despedirse de Legazpi. Abrazados a él permanecieron largo rato. Durante su estancia a bordo habían aprendido algunas pocas palabras castellanas, que utilizaron ahora para reiterar su agradecimiento. El anónimo cronista relata cómo los indígenas, al separarse con su canoa del costado de la Capitana, juntaban los dedos con mímica muy expresiva, diciendo al mismo tiempo: «Castilla y Cabalian amigos, amigos». «Era cosa de ver» añade el mismo.

Las islas desiertas

El recibimiento en la isla de Camiguinin no difirió mucho de los anteriores. Los poblados aparecían totalmente desiertos, y sus casas vacías de enseres. La isla de Camiguinin era muy montuosa y cubierta de «grandes y espesas y muy cerradas arboledas». Legazpi ordenó bojearla. El capitán Goiti salió navegando en una dirección y el alférez Ibarra en la contraria, y «se toparon en la contracosta el uno con el otro» sin haber hallado puerto, ni población,

ni habitantes. Se calculó el perímetro de Camigunin en unas diez leguas. El maestre de campo, al desembarcar, encontró las casas vacías. Sólo se vieron a la orilla dos o tres indígenas que, cuando vieron a los españoles, echaron a huir hacia el interior.

La escuadra puso entonces rumbo a la isla de Butuan, pero las corrientes contrarias la llevaron hacia el Norte, junto a Bohol, la isla de forma circular en el interior del archipiélago. Las corrientes y contracorrientes marinas alcanzan intensidad muy grande en el complicado laberinto constituido por los mares filipinos. Quien haya observado las tumultuosas corrientes formadas por la marea entre los arrecifes de una costa escarpada, imaginará perfectamente la fuerza y complicación de las corrientes de los mares del interior de Filipinas.

Toda la costa de Bohol abundaba en palmares de cocos. Los marinos observaron que, inmediatamente de llegadas las naos, se encendieron en la isla muchos fuegos. Pero ningún habitante fue visto.

El arribo a Bohol demostró nuevamente la capacidad de Legazpi y la eficacia de su autoridad. Una fuerza, al mando del capitán de la Isla, salió muy pronto a reconocer por el Oeste la isla, mientras el capitán Goiti marchaba por el lado del Este a idéntico servicio. Al maestre de campo le correspondió internarse en la isla. Los dos capitanes tenían encargo de buscar un puerto o un poblado.

El capitán Goiti se encontró de noche con una canoa indígena cuyos tripulantes, desamparando la embarcación al sentir la cercanía de los españoles, se acogieron nadando a la costa. La canoa estaba cargada de arroz y ñames. Los oficiales de la real Hacienda inventariaron aquellas existencias, pues Legazpi quería satisfacer su importe a sus dueños legítimos cuando fuesen habidos.

La exploración hacia el interior de la isla efectuada por el maestre de campo, dio como resultado el hallazgo de un poblado de unas veinte casas. Los habitantes habían huido, pero del Saz pudo apresar a uno de los fugitivos de la canoa cogida por Goiti, que era esclavo de uno de los propietarios de la embarcación. Este prisionero declaró por señas que la canoa procedía de la isla de Cebú y se negó rotundamente a ir a llamar a los demás tripulantes, como se lo pidió el maestre de campo. Prefirió marchar

con sus apresores a la nao Capitana, de donde, por cierto, huyó una noche a los pocos días, descolgándose por la borda sin ser sentido por nadie.

Por su parte, el capitán de la Isla comunicó, a su regreso, el hallazgo de un puerto natural de bastantes buenas condiciones a distancia de unas cinco leguas de donde la escuadra se hallaba. Este puerto natural estaba junto a una pequeña aldea, abandonada, como todas las otras, por sus pobladores.

Legazpi, jefe eficaz

Al recibir esta novedad, Legazpi convocó junta de jefes. Las maneras de Legazpi distan mucho de ser omnímodas; siempre procura escuchar las sugerencias de sus subordinados. La lectura de las crónicas de la expedición produce la sensación de un jefe en tensión y actividad incesantes. Legazpi usa, sobre todo con los capitanes a sus órdenes, la sabia táctica de tenerles encomendado constantemente algún servicio de importancia. Legazpi conoce la manera de manejar y aprovechar con la mejor eficacia a los hombres, mucho más jóvenes que él, que le están subordinados.

En la junta de Bohol adoptóse el acuerdo de que las dos naos zarpasen en dirección al puerto recién descubierto, y, al mismo tiempo, enviar a Butuan, a bordo del patache, al capitán de la Isla con abundante tropa y artillería, más el tesorero, factor, y uno de los religiosos. En suma, una verdadera expedición. El relato de la campaña de Legazpi se subdivide en innumerables expediciones de menor cuantía, llevadas a cabo utilizando las canoas y bateles de las naos, o el bergantinejo, o como en este caso el patache «San Juan de Letrán».

Un combate naval

La Providencia iba por su parte disponiendo las cosas a la medida de las benignas intenciones de Legazpi. Apenas zarpado el patache, el maestro de campo le avisaba que un gran junco, o sea una gran embarcación propia de los mares del Extremo Oriente, era visible desde la nao Almirante, situada a

sotavento de la Capitana. El maestro añadía haber enviado cinco soldados en la canoa de la nao en servicio de reconocimiento.

Legazpi, juzgando escasa aquella fuerza, mandó salir con refuerzos al mismo maestro de campo y al capitán Goiti, para apoyar, llegado el caso, a los soldados primeramente enviados. Las consignas de Legazpi eran de dejar en paz a los del junco caso de ser estos filipinos, y de resultar lo contrario, invitarlos a llegarse a la escuadra, aunque siempre por medios pacíficos. Esta orden se dio después de zarpada la escuadra en dirección al puerto de Bohol.

Llegaban las naos a este punto, cuando cumplida su misión regresaban también las canoas expedicionarias. Bastaba echar una mirada a la de la Almirante para comprender en el acto que sus tripulantes volvían de una muy seria refriega. Traían un muerto y hasta veinte soldados heridos, entre los que había algunos que lo estaban de gravedad. Detrás, remolcando al junco a golpe de remo, volvía lentamente, luchando, además, con la contraria corriente, la otra canoa. Era el lunes 19 de marzo. Pero hubo de transcurrir otro día más hasta el mediodía del martes, para que el junco acabase de anclar junto a las naos, y esto gracias al envío por Legazpi de remeros de refresco.

El junco era grande, de tamaño parecido al patache «San Lucas»; desplazaba, por lo tanto, cerca de cuarenta toneladas. Tenía palo mayor, trinquete, mesana y hasta tres cubiertas, aunque separadas entre sí por exiguo espacio. Lo tripulaban moros de Borneo, que, al amistoso requerimiento de los españoles contestaron primero con burlas, y luego, de improviso, rompieron fuego con un cañoncito y dos arcabuces, mientras, al propio tiempo, lanzaban una lluvia de flechas. Causaron muchísimas bajas, pues por la gran altura de su embarcación dominaban a los de las canoas de arriba abajo. Todos los requerimientos amistosos de éstos resultaron inútiles. Lo curioso del caso es que durante el combate se oía a los moros gritar en castellano: *A bordo, a bordo*. En efecto, el junco fue acometido al abordaje con extrema valentía. La lucha resultó salvaje. Los moros, que totalizaban cuarenta y cinco hombres, «pelearon como desesperados». A la muerte de su capitán rindiéronse los supervivientes, entre los cuales se

contaban como principales, uno, el piloto del rey de Borneo, y el otro, el factor del mismo personaje.

Libertad de los prisioneros. Devolución del botín de guerra

El interrogatorio, en malayo, corrió a cargo de Urdaneta. Según resultaba de la declaración, el junco pertenecía a un comerciante portugués residente en Borneo, llamado Antón Maletis. La mercancía embarcada lo estaba en su totalidad por cuenta del rey de Borneo. Preguntados los prisioneros acerca de los motivos de su encarnizada resistencia, habida cuenta que los españoles se dirigían a ellos con pacíficas intenciones, se disculparon diciendo que solamente con ver que eran extranjeros, se creyeron obligados a defenderse. En aquellos mares ni se sabía ni se entendía de propósitos pacíficos y generosos.

Por eso, el asombro de los moros no conoció límites cuando Legazpi les anunció su libertad y la devolución del junco con todas sus mercaderías. Legazpi recalcó que aquellas medidas, al tiempo de demostrar el amor y voluntad del rey de Castilla al rey de Borneo, habían de servir para que los vasallos de uno y otro tuvieran pacíficas y amistosas relaciones, y les encareció que entendiesen por esta conducta la grandeza, bondad y magnificencia del soberano a quien él servía, siempre deseoso de no causar daño alguno a ningún extranjero ni a nadie con quien no tuviese declarada guerra. Inaudito era todo aquello para gentes habituadas a costumbres de atroz crueldad con sus vencidos.

El sello de la obra de Legazpi

Legazpi inauguraba en aquellos lejanos mares una nueva era. Se dirá que las Instrucciones le marcaban la conducta a seguir en cada caso. También otros conquistadores llevaban consigo parecidas normas. Pero el conquistador es un hombre de pasiones idénticas a otro cualquiera. La naturaleza de su mismo oficio solía circundarle muy pronto de realidades

durísimas que explican mucho la razón de ciertos procedimientos aislados que han originado el hipócrita escándalo de algunos críticos apasionados y unilaterales.

La superioridad de Legazpi estriba precisamente en el noble reposo que impregna a toda su actuación. Las reacciones de su temperamento nunca son impetuosas. Toda la obra de Legazpi tiene un sello de benignidad y de generosidad. Lo mismo que los pobres indígenas de Cabalian, los tripulantes del junco que, seguramente, según la bárbara costumbre de aquellos parajes, se imaginaban desollados, no cesaban de encarecer la magnificencia y liberalidad de Legazpi.

El cronista anónimo dice que los soldados, obligados por su general a la devolución de las mercancías de que, en un principio, inmediatamente del combate, se apropiaron, «murmuraron reciamente». Muy fácil y hasta muy disculpable que así fuese. Tenían —prescindiendo de las altas razones de Legazpi— motivos de sobra para exteriorizar su descontento, pues ellos habían sufrido todo el peso del duro combate. Aquella era una acción de guerra. Además, infamemente equipados de ropa en Méjico, encontrábanse desnudos como quien dice, y el junco llevaba gran cantidad de preciosas mantas pintadas de la India. En los primeros momentos subsiguientes al combate, los heridos, por ejemplo, se vendaron con mantas de esta clase hechas tiras.

Días después, los moros borneyes abusando de la generosidad de Legazpi dieron en reclamar géneros que los soldados se abstuvieron de entregar. Un nuevo bando volvió a conminar la devolución de todo, y aún se aprovechó la Cuaresma, negando la absolución a quienes siguieran reteniendo alguna cosa del botín. Los soldados —dice la Relación— «blasfemaban del Diablo, y se daban a perros». Las mantas requisadas sumaban cuatrocientas treinta. Pero bien se resarcieron los mercaderes. El pago estipulóse en monedas de cobre; los moros cobraron diecinueve arrobas de moneda. (En cambio, los moros vendieron a Legazpi, como intérpretes, un esclavo, una esclava y otro muchacho que, según manifestaron, eran de Mindanao. Luego resultó que hubo engaño. Los esclavos apenas sabían una palabra del idioma de Mindanao. Los mercaderes volvieron más de una vez a engañar a Legazpi cuando éste por

medio de ellos se relacionaba con los nativos. Legazpi aparentó por táctica política no darse cuenta de la doblez de los mercaderes).

Una información completa

Pero la incomprensida decisión de Legazpi resultó importantísima para los destinos ulteriores de la expedición. Aquella renuncia al botín después de la victoria tuvo consecuencias decisivas. Por de pronto, los borneyes suministraron a Legazpi una información sumamente detallada acerca de aquellos parajes. Todas las particularidades del archipiélago, el número de sus islas, la producción, comercio, costumbres, religión, fuéronle minuciosamente explicadas a Legazpi. Los moros le dijeron que traían de Borneo hierro y estaño, metales originarios de China; porcelanas, unas a modo de campanas de cobre, benjuy, mantas pintadas de la India, sartenes, cazuelas de hierro templado tan finas que al menor golpe se quebraban como cristal, hierros de lanza, cuchillos y bisutería. Todas estas mercancías solían cambiarlas en Filipinas por oro o por esclavos, o por unos caracoles que servían de moneda en Siam, o también por cera o mantas blancas, géneros estos dos últimos abundantes en el archipiélago.

El piloto moro, muy despejado y desenvuelto, había navegado mucho por las costas del Maluco, Borneo, Java, península de Malaca, India y China. Inquirió de Legazpi la razón de su presencia en aquellos mares con navíos tan grandes y poderosos. Pregunta demasiado concreta, que el interpelado esquivó sagazmente. La reserva de Legazpi provocó más y más la interesante locuacidad del piloto, que opinaba que las mercaderías llevadas por la escuadra, muy propias para el comercio con Borneo, Siam y Malaca distaban mucho de ser las más adecuadas para las islas Filipinas. Legazpi obtuvo también informes de la isla de Luzón, la principal del archipiélago. Según el piloto borneo, dos juncos de Luzón hallábanse en la isla de Butuan cargando oro, cera y esclavos. A los habitantes de Borneo y Luzón se les llamaba chinos por todos aquellos contornos, siendo la realidad distinta. A los barcos chinos, demasiado grandes, les resultaba difícil la navegación por los mares interiores filipinos y sólo iban a Lazan o a Borneo.

La huida de los habitantes de Bohol y de otras islas a la llegada de la escuadra le fue también explicada a Legazpi. Dos años antes poco más o menos, ocho buques fuertemente armados, tripulados por marinos portugueses procedentes de las islas Molucas, arribaron a Bohol en donde se les recibió amistosamente. Aquellos marinos, poco después de su llegada, atacaron a los habitantes desprevenidos, y luego de saquearlos se marcharon llevándose consigo muchos prisioneros. La devastación, repetida sistemáticamente por todas las islas circunvecinas, culminó en la de Mazagua. Desde aquí, los piratas portugueses volvieron a sus bases de partida vendiendo a los apresados como esclavos en los puertos donde recalaban. Entre muertos y cautivos sus víctimas sumaban más de ochocientas personas. Según el piloto moro, los portugueses decían por todos los puntos de sus fechorías «que eran de Castilla».

En manera algún queremos deducir de este relato consecuencia contraria a los hijos de la gran nación portuguesa. Conviene aquí repetir, aunque sin la menor intención de justificar la conducta de aquellos portugueses carentes de todo sentido moral, lo corriente de la piratería en los mares malayos. Por otra parte, los mismos hombres civilizados situados a tan enorme distancia de sus patrias, sentían desarrollarse por modo extremo en medio de las adversas circunstancias de sus azarosas vidas el instinto de piratería. A veces la misma necesidad les obligaba a ello. Recuérdense a este propósito las historias de Elcano y Urdaneta. Elcano viose abligado, para remediar el hambre de su gente, a piratear de un modo honrado —valga el eufemismo— precisamente en los mares al sur de Filipinas. Urdaneta, según propia confesión, ejerció igualmente la piratería, aunque en tono menor, llevado por la necesidad, y también por sus aficiones aventureras. Ahora bien, ¿por qué los piratas portugueses difundían con engaño al tiempo de sus fechorías la especie de su nacionalidad castellana? ¿Para no perjudicar con su malvada conducta el crédito de su patria verdadera? ¿Por cohonestar su brutal proceder atribuyéndose la nacionalidad más poderosa de la tierra en aquel entonces? Queda todavía una tercera interpretación. «Parece había sido a fin de que cuando acá viniésemos —dice el cronista— no hallásemos indio amigo; quedó (Legazpi) maravillado de la astucia y cautela con que comenzaron a hacer

la guerra, aun antes que acá viniésemos y más viendo no haber isla donde no nos hubiesen revuelto...». Un ardid de guerra para derrumbar anticipadamente el crédito de la escuadra cuya llegada se sabía.

Si esta presunción de Legazpi es exacta, constituye una prueba más del espionaje de que Felipe II fue víctima a lo largo de todo su reinado. Espionaje perfecto, eficaz, magníficamente pagado, que llegaba hasta las gavetas más íntimas del Rey.

Sea ello como fuere, lo cierto es que el recuerdo de aquellas matanzas, juntamente con la difusión de la mentirosa noticia, perjudicaba enormemente a Legazpi que vio de un golpe resuelto el enigma que para él venía siendo la conducta de los isleños. Legazpi se dedicó desde aquel momento a deshacer la injusta mala fama recaída sobre su Armada, a pesar del escepticismo del piloto moro que, apoyado por todos sus compañeros, aseguraba lo estéril de semejante propósito. El pánico de los indígenas a los buques y a sus tripulantes era, según los borneyes, tan grande, que, «sabiendo que son de Castilla —decían— no aprovechará asegurarlos con cosa ninguna».

Legazpi gana la confianza de los de bohol

Tales declaraciones ahincaron mucho más aún las benignas intenciones de Legazpi. La realidad venía a dar la razón por entero a la conducta seguida por él hasta entonces. El piloto borney, accediendo a insistentes requerimientos de Legazpi, prestóse a deshacer el equívoco cerca de uno de los caciques de Bohol, un amigo suyo llamado Cikatuna. El piloto volvió aconsejando a Legazpi el envío de un soldado para efectuar por medio de éste las paces con los indígenas. El soldado designado se llamaba Santiago. Cikatuna lo obsequió mucho. Regresó a la escuadra después de sangrarse con un hijo del cacique y de obtener de este último la promesa de presentarse al día siguiente ante Legazpi.

Efectivamente, Cikatuna estaba al día siguiente en la playa que se extendía delante de los navíos, pero manifestándose temeroso de subir a bordo. Exigía el desembarco de Legazpi en persona, sin compañía alguna, como el medio más propicio para tranquilizar a los habitantes. Legazpi se

disculpó, declarando lo impropio de tamaña exigencia al representante del monarca más poderoso del mundo. Aunque por su parte se hallaba dispuesto a acceder, era evidente que sus subordinados no habían de permitirle desembarcar solo. Pero como existía buena intención por ambas partes, llegóse por último a una transacción. Dos soldados y dos borneyes quedaron en tierra como rehenes, en tanto que Cikatuna, con un séquito de cuatro indígenas, subía a bordo para presentarse a Legazpi. Este extremó sus atenciones con ellos. Después de un banquete durante el cual corrieron abundantemente los vinos españoles, obsequió a los indígenas con una porción de regalos. Antes de marcharse, Cikatuna quiso sangrarse con Legazpi. Entrambos, sacándose unas gotas de sangre de sus pechos, las revolvieron con vino en una taza de plata. Este vino y sangre, dividido en otras dos tazas, fue bebido por ellos a la par. Cikatuna aparecía, después de cumplido este rito, radiante de satisfacción. Los celos y prevenciones estaban por fin rotos. Los rehenes regresaron.

Legazpi estaba en todo, y los carpinteros de la escuadra desembarcaron inmediatamente enviados por él para cortar un bauprés destinado a la nao Capitana, una entena para el mástil mayor, un árbol de mesana y un botolón, pues todo ello estaba desbaratado. Además de éstos y otros adobos se le cortó a la nao gran parte del castillo de popa.

Un suceso acaecido por estos días dio a Legazpi ocasión para insistir en su conocida táctica. Yendo una noche la canoa de la Capitana a efectuar la aguada en un río cercano, topó con un gran parao cargado de arroz y ñames, cuyos tripulantes huyeron, llenos de temor, abandonando la embarcación. Los de la canoa, después de remolcarlo hasta la escuadra, comunicaron lo ocurrido a Legazpi, el cual, llamando a los moros de Borneo, verificó delante de ellos un inventario escrupuloso de todo lo contenido en el parao y ordenó entonces llamar a Cikatuna. El reyezuelo reconoció la embarcación y las mercancías que contenía como propiedad de uno de sus súbditos. La alegría del propietario al recuperar intacta su hacienda fue enorme. El suceso se extendió con rapidez por toda la isla contribuyendo poderosamente a reforzar más la naciente confianza de los habitantes.

La afluencia de embarcaciones, creciendo de día en día, convirtió pronto las inmediaciones de la escuadra en una especie de singular mercado

marítimo. Otro cacique de la isla creyóse en el caso de repetir las demostraciones de Cicutuna y presentó excusas por haber dilatado su presentación. Aseguraba tener en la isla más arraigo y autoridad que Cicutuna. En el pacto estipulado por Legazpi con este cacique existía una condición de gran importancia. Los dos se comprometían a comunicarse mutuamente los excesos que los indígenas o los soldados españoles pudiesen cometer.

La fragata exploradora

Divisábase desde aquella rada un espléndido paisaje. Las azules siluetas de diversas islas se dibujaban en el confín del horizonte cual gigantescos cetáceos dormidos.

Legazpi invitó al piloto borneo, y éste aceptó al momento, a servir como guía a una expedición exploradora. A bordo de la pequeña fragata designada para esta misión, iban el piloto mayor Esteban Rodríguez y un vasco llamado Juan de Aguirre, con orden de costear las islas que se alcanzaban a ver. Ambos tenían asimismo la consigna de trabar amistad con los habitantes y de averiguar si, como se decía, vivían todavía en la isla de Cebú algunos supervivientes de la Armada de Magallanes. Acompañábales un negro —calificado por el cronista de la expedición, aunque sin especificar los motivos, de «muy gran bellaco»— agregado a la escuadra como intérprete, y conocedor del malayo por su anterior estancia en la India.

Según el piloto borneo, los cebuanos tenían dos españoles. A uno de ellos, vendido años atrás a mercaderes de Borneo, lo rescataron y llevaron a Malaca los portugueses en un enaltecedor rasgo de cristiana solidaridad. En cuanto a otro prisionero, su suerte se desconocía.

Legazpi señaló a Rodríguez y a Aguirre para su cometido un plazo de ocho días. Con ésta eran ya dos las expediciones de reconocimiento que prestaban servicio a un mismo tiempo.

Un capitán reprendido

El patache enviado a Butuan al mando del capitán de la Isla regresó a los quince días de su partida. Los expedicionarios fueron muy bien recibidos en la isla de Butuan, y aún lo hubieran sido mejor de no haber encontrado allí dos juncos de unos mercaderes de Luzón, que, temiendo seguramente la competencia de los españoles, difundieron horrores acerca de éstos. Los mercaderes pusieron a contribución todas sus habilidades para dificultar las transacciones de los expedicionarios con los indígenas, que, mostrando grandísimo interés por las monedas de plata de los españoles, cedían un peso de oro por seis de plata.

Este negocio contribuyó acaso a esparcir la especie de que los juncos guardaban oro en gran cantidad. La codicia se excitó entonces entre los españoles, no siendo el capitán de la Isla precisamente el menos interesado de todos. El asalto a los juncos llegó a planearse. Este proyecto, a punto ya de ser llevado a la práctica, lo impidió el padre Rada, el religioso agustino agregado por Legazpi a la expedición con sagaz criterio. Los razonamientos del agustino, que vehementemente invocaban al capitán de la Isla la autoridad y las instrucciones de Legazpi, impidieron el atropello. De todas maneras aquel incidente llegó a oídos del general. El capitán de la Isla y sus subordinados —pero sobre todo el capitán— tuvieron que escuchar de su jefe una muy seria reprensión.

Los relatos de los expedicionarios de Butuan despertaron en todos un deseo vivísimo de dirigirse a aquel paraje. Hubo hasta quien, haciéndose intérprete del sentir general, se atrevió a proponer el viaje a Legazpi encubriendo su verdadero objetivo con otros pretextos. Pero Legazpi rechazó indignado la propuesta, adivinando el motivo verdadero que la inspiraba.

El regreso de la fragata

Las obras de reparación en la Capitana iban avanzando, pero la fragata enviada a Cebú no regresaba. Los ocho días de término señalados a este viaje habían ya transcurrido con un exceso de cinco más. Legazpi llamó entonces, por medio de los borneyes, a Cikatuna y Cigala. Pedía a éstos una canoa para averiguar el paradero de la fragata.

Los dos jefes indígenas se pusieron a las órdenes de Legazpi, que, al día siguiente de su requerimiento, tenía a su disposición un gran parao con treinta remeros. Además, Cikatuna y Cigala se ofrecían a ir a Cebú como amigos que eran de los de esta isla. Sólo pedían arcabuceros por si en la ruta se encontraban con piratas. Designados dos soldados, Legazpi, preocupado siempre por la gente a sus órdenes, enderezó un discurso a entrambos caciques encomendándoles, en previsión de cualquier traición, la suerte de aquellos dos hombres.

El parao no encontró ni rastro de la fragata. En cambio, los dos arcabuceros, exactos cumplidores de las instrucciones de su general, traían toda clase de informaciones acerca de la isla de Cebú. Aquí vivía mucha gente, muy rica al parecer y que poseía gran cantidad de bastimentos, arroz y mijo sobre todo. Tenía la isla muy bueno y seguro puerto. El oro abundaba también por todo extremo. Los arcabuceros contaron en el poblado más de trescientas casas.

Pero de la fragata, nada. Todos, profundamente apesarados, conjeturaban a sus tripulantes muertos a consecuencia de alguna asechanza de los indígenas. Pero a despecho de todas las presunciones en contrario, la fragata llegó aquella misma noche, víspera de Pascua de Resurrección, produciendo su arribo inmenso regocijo. Su viaje había durado veintidós días. Las corrientes contrarias la llevaron a la costa de la isla de Negros. Venía a falta del piloto moro, asesinado por los habitantes cuando se bañaba en la desembocadura de un río. Toda la tripulación presenció la muerte sin poder impedirla. Tan pronto de cometido el hecho, los indígenas cortaron la cabeza al cadáver y se la llevaron.

El desgraciado piloto había, un poco antes, pactado paces con sus matadores.

La tripulación de la fragata, impedida por las corrientes de regresar por la misma ruta de ida, determinó bojar la isla. La longitud de sus costas alcanzaba más de ciento cincuenta leguas. Después de bojar la isla de Negros, los expedicionarios pudieron alcanzar la contracosta de Cebú que reconocieron en una longitud de unas treinta leguas. Sus informes confirmaban plenamente la declaración de los arcabuceros. Los de la fragata vieron en Cebú mucha gente y muchas poblaciones y sementeras.

Final de la primera fase de la conquista

Aun cuando durante la ausencia de todas estas secciones exploradoras, una junta presidida por Legazpi había decidido poblar Leyte y despachar desde esta isla el navío de regreso a Méjico, las noticias acerca de Cebú eran tan halagüeñas y tan unánime el deseo de ir allí, que Legazpi reunió nueva junta.

En medio del entusiasmo general, se tomó el acuerdo de establecerse en Cebú lo más rápidamente posible. Aceleráronse todos los preparativos, pues la época de lluvias se acercaba. Los moros fueron despachados provistos de salvoconductos, aunque algunos de ellos quedaron con Legazpi en calidad de intérpretes.

La noche del mismo domingo de Resurrección —es decir, al día siguiente de la llegada del parao y de la fragata— zarpó de Bohol la escuadra. De la caleta de Bohol a Cebú hay, según la declaración anónima, quince o dieciséis leguas solamente. Pero los vientos y corrientes contrarios, aunados con las calmas, impidieron el arribo de la escuadra a su objetivo hasta el viernes, día 27 de abril. Este día, a las diez de la mañana, anclaron en Cebú el patache y la Capitana, pero no así la nao Almirante que no pudo hacerlo hasta el otro día.

La fase preparatoria de la conquista había terminado. El talento de Legazpi supo abreviar al límite el tiempo de esta fase, crítica e inevitable, de tanteos llenos de incertidumbre. Legazpi va ahora a asentarse en el corazón mismo del archipiélago filipino.

CEBÚ

La isla de triste renombre

En la historia de las grandes expediciones navales españolas, la isla de Cebú poseía renombre fatídico. El día 7 de abril de 1521 la escuadra de Magallanes llegaba empavesada al puerto de Cebú, atronando el espacio, a guisa de saludo, con las salvas cerradas de sus cañones. El reyezuelo de Cebú en persona aguardaba a los enviados de Magallanes, rodeado de una gran multitud, que, ante aquel estruendo, demostraba profundo desasosiego. La representación de Magallanes tranquilizó al reyezuelo y a sus súbditos manifestando que las salvas constituían una manera de rendir honores. Probablemente, el temor demostrado por el reyezuelo no pasaba de ser una demostración calculada, porque desde el primer momento comenzó a obstaculizar la penetración de Magallanes. Las trabas cedieron en cuanto Magallanes anunció su decisión de atemperar su conducta en todo a lo que con él se siguiera. Si el rey de Cebú quería paz, tendría paz, pero si quería guerra también la tendría. El gran navegante portugués al servicio de Carlos V adivinó al punto la importancia del tráfico comercial sostenido por el puerto de Cebú, pues estableció en el poblado, casi inmediatamente de su arribo, una factoría comercial.

Pigaffeta, el cronista de la expedición magallánica, nos describe al reyezuelo de Cebú. Era pequeño, gordo, tatuado caprichosamente a fuego, desnudo del todo excepto el pudor, cubierto someramente. Llevaba en la cabeza un rico velo bordado, al cuello un valioso collar, y en las orejas grandes aros de oro rodeados de piedras preciosas. El reyezuelo de Cebú no tardó muchos días en hacerse cristiano. Su bautizo, así como el de su joven y bella esposa y otras ochocientas personas, tuvo lugar el domingo 14 de abril, es decir, siete días después de la llegada de Magallanes. Esta solemne ceremonia dio a éste un motivo para efectuar un alarde de las fuerzas

militares con que contaba. Pero la pequeña —lo mismo que la grande— historia de la expansión del cristianismo aparece plena de ejemplos del fracaso de la fe impuesta más o menos veladamente por la coacción de la fuerza.

La muerte valerosa de Magallanes en una batalla habida el 27 de abril en la pequeña isla de Mactán, muy cercana a Cebú, sirvió para demostrar bien pronto la insinceridad de todas aquellas demasiado rápidas conversiones. El mando de la escuadra pasó a Duarte de Barbosa, cuñado de Magallanes. Cuatro días después de la muerte del navegante, el rey de Cebú envió unos emisarios a Barbosa invitándole a un convite junto con todos los mandos de la expedición. El reyezuelo tenía premeditado, en combinación con el esclavo de Magallanes, intérprete de la armada, un epílogo sangriento al banquete. La comida terminó con una terrible matanza. Veintiún expedicionarios perecieron asesinados.

Aquella artimaña cruel impresionó profundamente la imaginación popular. La gente se resistía a admitir la muerte de todos los asistentes al traidor convite. De ahí la persistencia de una leyenda que suponía como esclavos en la isla de Cebú a algunos expedicionarios de la Armada magallánica. Las Instrucciones secretas a Legazpi, y la correspondencia de Urdaneta, se hacen eco de esa creencia general. López de Gomara en su «Historia general de las Indias», eleva erróneamente a treinta el número de convidados muertos en Cebú, y afirma que otros tantos resultaron prisioneros por hallarse desembarcados en la isla al tiempo del banquete. Esta afirmación es equivocada. Añade López de Gomara que ocho de estos prisioneros fueron después vendidos a China. De las bajas sufridas durante el viaje por la expedición de Magallanes existe cuenta bastante exacta. Las afirmaciones de López de Gomara constituyen una demostración más de sus maneras históricas. Gomara recurre demasiado al dato sin comprobación; su historia es un centón de relatos oídos, llenos de exageraciones.

Pero la «Historia general de las Indias» es obra algo anterior a la conquista de Filipinas, y, por lo tanto, las aseveraciones de su autor revelan el sentir popular de aquella época. No existe, en verdad, ningún dato, comprobatorio en absoluto, del asesinato de todos los asistentes al banquete

de Cebú, aunque se puede inferir esa realidad trágica casi con todas las probabilidades de acertar. De todas maneras, no puede tampoco ser negada la persistencia de una creencia que, al cabo de tantos años, suponía existiendo en Cebú, como esclavos, a algunos españoles.

Viejas artimañas

Todo esto explica el entusiasmo provocado entre los componentes de la expedición de Legazpi por el anuncio de la decisión de dirigirse a Cebú. Los soldados, sobre todo, sentían llegado su momento. Suponían que Legazpi no practicaría en Cebú la política de paz usada hasta entonces. Había llegado la hora de traer a mandamiento a aquellos cebuanos tan redomados traidores. Además de todo, el puerto de Cebú era el más propio para ultimar los preparativos del regreso de Urdaneta, de cuyo éxito dependía el de toda la expedición en conjunto.

Pero el recuerdo de aquella vieja y refinada traición no alteró los planes de Legazpi. Llegada la Armada a Cebú, el general envió al intérprete malayo adonde el reyezuelo, comunicándole sus pacíficos propósitos y rogándole al mismo tiempo su presentación en la nao para asentar las paces. La respuesta de Tupas, así llamado el reyezuelo, fue exactamente la misma que la de su antecesor de cuarenta años atrás a Magallanes. Al cabo de dos horas, Tupas suplicaba a Legazpi, por mediación de un anciano indígena, que cesaran las salvas de arcabuceros y artillería para que los habitantes, ya demasiado atemorizados, no se espantasen más.

Este anciano aseguraba a Legazpi que Tupas y los magnates de la isla se habían quedado preparando para presentarse ante él dignamente. Legazpi, después de obsequiar con regalos a este viejo, volvió a asegurar, por mediación del mismo, al reyezuelo, los propósitos que tenía de no agraviarles ni dañarles lo más mínimo. El general aseguraba a los cebuanos el más generoso perdón por la traición acaecida en la isla años atrás.

El reyezuelo de Cebú había parado el primer golpe. Su táctica era vulgar y ya conocida por la Armada; quería simplemente ganar tiempo. Veíase desde las naos a los habitantes sacando de sus casas a toda prisa sus ajuares e internándolos en la espesura. Fue entonces cuando los capitanes y

soldados presentándose a Legazpi le rogaron que actuara sin más dilaciones, pues además resultaban cada vez más patentes los indicios de que los cebuanos aguardaban refuerzos. Pero Legazpi, haciendo caso omiso de aquel belicoso nerviosismo esperó todo aquel día, aunque en vano, como es natural.

A la mañana del día 28, Legazpi decidió armarse todavía de más razones. El maestre de campo, acompañado de Urdaneta, acercóse en un batel a tierra para requerir a los habitantes al cumplimiento de lo prometido el día antes por el reyezuelo. Urdaneta efectuó el requerimiento a grandes voces en malayo. La respuesta de los indígenas fue un acelerar de su huida, pero ni aun así se dio Legazpi por vencido.

A un nuevo llamamiento de Urdaneta, los cebuanos, que para entonces habían puesto a salvo todo, contestaron con una grito atroz, mientras invitaban a desembarcar a los del batel levantando al mismo tiempo sus lanzas amenazadoramente. Por toda la orilla enfrente de las naos surgió en parecida actitud muchedumbre de salvajes. Observóse a la vez cómo llegaban detrás de una punta refuerzos de pueblos comarcas llevados por diez o doce paraos, embarcaciones grandes filipinas para carga y pasajeros, semejantes a los *prahos* de los mares malayos, capaces, según Urdaneta, de conducir hasta sesenta hombres. Los cebuanos pedían pelea.

El desembarco

Legazpi convocó entonces a los mandos de la expedición, junto con todos los religiosos agustinos. Sus palabras constituyeron un solemne descargo de su inmediata decisión. Preguntó a los reunidos si sabían de algún otro posible procedimiento pacífico y si todavía podía ir más allá usando aquella conducta benévola...

El desembarco quedó planeado en un momento. Una corriente de emoción y entusiasmo recorrió a los soldados. El momento tan ansiado llegaba por fin. El maestre de campo y los capitanes Goiti y de la Isla acometerían por donde los indígenas habían desembarcado refuerzos. El otro extremo del ala correría a cargo de la fragata y una canoa tripulada por los gentiles-hombres expedicionarios. (El orgullo nobiliario, las diferencias

de casta, llegaban entonces a extremos absurdos. Por nada del mundo condescendían aquellos gentiles-hombres a depender de quienes no ostentaran, cuando menos, jerarquía social igual a la suya. Pronto ha de verse hasta dónde llevaba esta postura).

Cuando las piezas de la nao Capitana abrieron fuego contra la escuadra de paraos, y las de la Almirante y el patache «San Juan» contra el poblado, la tropa estaba lista al desembarco. Pero no hubo combate. Los indígenas, aterrorizados por los efectos de la artillería, optaron por huir a la desbandada. Su prisa por escapar igualó la decisión de pelear mostrada con anterioridad. El número de combatientes enemigos fue calculado en unos dos mil, mientras las tropas de Legazpi alcanzaban a doscientos soldados a lo sumo. Los disparos de la artillería prendieron fuego a una casa. El incendio se extendió a favor de las fácilmente inflamables techumbres de paja de las viviendas dando cuenta de buena parte del poblado, que, de haber soplado viento, hubiera quedado destruido por completo. Legazpi aposentó su gente en algunas de las chozas que se habían librado del fuego. En ellas, excepto algo de millo y un poco de arroz no quedaba nada; los habitantes lo habían puesto todo a buen recaudo.

Un hallazgo reputado milagroso

Un marinero vizcaíno natural de Bermeo, llamado Juan Carnuz, tuvo por suerte un hallazgo singular: «Un Niño Jesús de los de Flandes en su cajita de pino y su camiseta de volante, como de allí se traen, y un sombrero de velludo de los de Flandes; y todo bien tratado que no le faltaba más de la cruzeta que suele tener sobre la esfera que tiene en la mano...». El hallazgo fue reputado como milagroso. Legazpi recibió la imagen con muestras de gran devoción, hincado de rodillas.

La relación anónima añade que después de besar los pies de la imagen, teniéndola en las manos, y alzando sus ojos a lo alto, dijo así: «Señor: Poderoso eres para castigar las ofensas en esta isla cometidas contra tu Majestad, y para fundar en ella tu casa e Iglesia donde tu gloriosísimo nombre sea alabado y ensalzado. Suplicóte me alumbres y encamines de

manera que todo lo que acá hiciéremos sea a gloria y honra tuya y ensalzamiento de tu Santa Fe Católica».

La casa de este hallazgo, pequeña, humilde, de las más pobres de Cebú, era, según posteriores declaraciones de los habitantes, propiedad de un esclavo. No pudo averiguarse ningún otro detalle. Pero, probablemente, la efigie hallada por el bermeano Carnuz es la regalada cuarenta años atrás por Pigafetta a la reina de Cebú. Verdad es que Pigafetta dice que la imagen regalada por él era de la Virgen, pero, ¿no se tratará de un error del cronista al rehacer su Diario después del arribo de la nao *Victoria* a Sanlúcar de Barrameda? De cualquier manera que sea, el hallazgo tiene, casi sin ninguna duda, relación con alguno de los expedicionarios de la Armada magallánica. Por lo pronto, se cogieron también dos cañoncitos, uno de hierro y el otro de bronce, ambos inservibles, que todos, por las trazas, reputaron como pertenecientes a alguna de las naos de Magallanes^[2].

Las primeras providencias

La misma noche del desembarco, Legazpi envió al maestre de campo y a los capitanes a otra población distante una legua de Cebú. El golpe se efectuó antes del amanecer, dando por resultado el hallazgo de gran cantidad de millo, puercos y cabras. Todos los habitantes huyeron, salvo cuatro indígenas, dos hombres y dos ancianas. Los cuatro, conducidos al campamento, escaparon la primera noche junto con los esclavos comprados a los borneyes, lo cual acredita el benigno régimen que a todos ellos se aplicaba. La operación no resultó a entera satisfacción de Legazpi. La organización del acarreo al campamento de las copiosas provisiones encontradas en aquel pueblo dejó mucho que desear. Los soldados regresaban trayendo cada cual por su cuenta lo que podían. Legazpi ordenó a la tropa volver a aquel poblado para recogerlo todo. Pero no se encontró nada. Los habitantes aprovecharon la ausencia de los soldados para esconder lo que restaba de sus haciendas.

No obstante, el maestre de campo que mandaba, esta vez él sólo, la fuerza, por no regresar de vacío, prosiguió adelante, y en una hondonada a media legua del primer pueblo encontró otro poblado en donde había gran

cantidad de mijo y como dos o tres pipas de arroz, provisiones que fueron trasladadas en canoas a la escuadra. Con todo, el transporte no pudo efectuarse en un viaje, y en el segundo, los soldados tuvieron viva oposición de parte de unos trescientos cebuanos que defendieron su hacienda con gran denuedo.

Los indígenas venían cada noche a atacar a los centinelas. No concedían un momento de reposo; mantenían a la gente constantemente desvelada. A favor de los espesos bosques de los alrededores del poblado, llegaban sin ser vistos hasta la misma guardia. Por eso, la labor primordial de los soldados consistió durante mucho tiempo en talar las inmediaciones de la población.

El día 8 de mayo se echó con gran solemnidad el trazado del fuerte y de la futura villa. Asistimos ahora a la fundación de una villa colonial y a los primeros acontecimientos de su existencia. Tres mojones señalaban el triángulo que el recinto formaba. Legazpi, el maestro de campo, y los capitanes, se reservaron en cada ángulo el honor de los primeros azadonazos. Por expreso deseo de Legazpi púsose a la villa el nombre de San Miguel, por haber sido fundada el día del recuerdo de su aparición. También fue señalado el lugar que debía de ocupar la futura iglesia, precisamente en el sitio del hallazgo de la imagen del Niño Jesús.

La noche de ese mismo día, los indígenas realizaron su ataque acostumbrado, aunque esta vez muy intenso, pues hasta prendieron fuego a su mismo poblado. Gran cantidad de casas deshabitadas —bohíos de paja y hoja de palma— ardieron en pompa. Poco faltó para que no se registrara una catástrofe, porque una gran parte de los efectos de la expedición estuvo en gran peligro de arder. Legazpi proveyó entonces la construcción de una casa a cal y canto donde las provisiones estuviesen bien aseguradas. En edificar la población trabajábase febrilmente y si los trabajos no avanzaban con mayor celeridad era porque la gente se ocupaba en recoger los bastimentos que la nao Capitana necesitaba para su viaje de regreso a Méjico.

Un contraste

Otro día, la imagen del Niño Jesús trasladada procesionalmente, con gran pompa, desde la choza que servía de capilla a la del hallazgo, punto designado, como ya se ha dicho, para erigir la iglesia definitiva. La imagen quedó depositada en el altar mayor de este templo, dedicado desde aquel día a la advocación del Nombre de Jesús. Instituyóse asimismo una cofradía bajo ese mismo título, en la cual ingresaron como cofrades la mayor parte de los expedicionarios. Un voto colectivo prometía guardar, santificar y celebrar solemnemente el día 28 de abril, fecha del hallazgo de la imagen. También se tomó información del soldado que la encontró, cómo y dónde estaba, para constancia en tiempos futuros del motivo de la fiesta.

Pero al lado de estas escenas de religiosidad, Legazpi tenía que poner coto a otros excesos de su gente. El día 16 de mayo, Legazpi dicta un bando, a consecuencia de informes fidedignos, denunciando «que muchos españoles soldados y marineros han abierto en esta isla de Cebú muchos sepulcros y enterramientos» para despojar de sus alhajas a los cadáveres de los indígenas, enterrados según el rito funerario de la isla con todas sus preesas. Legazpi ordena a los profanadores manifiesten la cantidad de oro así recogida para evitar fraudes a la real Hacienda, y prohíbe abrir sepulturas en adelante sin permiso y sin la presencia de un oficial de Su Majestad.

El hecho de que estos casos acaeciesen dentro del recinto fortificado constituye ciertamente una atenuante, pero revela toda el ansia de oro sentida por los subordinados de Legazpi. La impaciencia y el olvido de toda regla constituyen el mal de aquel siglo.

El bando tiene un añadido lleno de color. El escribano de la Armada, Fernando Riquel, atestigua cómo Hipólito, el tambor, pregonó el bando a su presencia; primero junto al aposentamiento de Legazpi, y luego, al lado de la casa del maestro de campo Mateo del Saz, hallándose presentes, lo mismo en una como en otra parte, «mucho número de soldados».

Sondeos de paz

El día de la procesión resultó también señalado por otro fausto motivo. Dos principales de Cebú, acompañados de más de treinta indígenas, solicitaron

una entrevista con Legazpi. Autorizada por éste la entrada de todos ellos en el campo fortificado, los cebuanos tuvieron ocasión de presenciar la procesión y hasta asistieron llenos de admiración a la misa y sermón en la improvisada iglesia.

Los indígenas buscaban una manera de arreglo. Habían, sin duda, deducido de los trabajos que venían efectuándose en el poblado, la decisión de los españoles de quedarse allí definitivamente. Legazpi aprovechó la oportunidad para repetirles sus miras benévolas. Las entrevistas fueron prodigándose desde aquel día y no tardaron en presentarse emisarios del mismo Tupas, el reyezuelo de Cebú. Trataba éste sobre todo de sondear, por medio de sus enviados, las intenciones de Legazpi para con él. Las seguridades dadas por el general y la insistencia que manifestaba en ser creído bajo su fe y su palabra no tranquilizaron, con todo, a Tupas, a la primera.

Legazpi envió entonces al reyezuelo como garantía un rico paño blanco comunicándole que le bastaba presentarse enarbolándolo en la punta de un mástil para ser, sin más, recibido de paz. Aquel envío motivó por cierto de allí en adelante la venida al recinto de una multitud de indígenas portando banderas blancas. «Y pasaban paraos por delante de la Armada y todos pasaban, entraban y salían con la señal blanca como de paz», dice la relación anónima.

Pero Tupas no venía. Dilataba presentarse, y al propio tiempo, por intermedio de infinidad de mensajeros, lo prometía continuamente de un momento para otro. Resultaba evidente que, a pesar de no declararlo, Tupas sentía gravitar sobre sí el recuerdo de la vieja traición de sus antepasados, y temía las represalias.

Legazpi creyó el caso bien merecedor de una consulta a los mandos expedicionarios. La junta vio la necesidad de insistir cerca de Tupas, pero refiriéndose esta vez de manera concreta a la pasada traición. Convínose en el efecto psicológico de mencionar aquel suceso tan cruel, añadiendo que, en el ánimo de Legazpi, estaba generosa y totalmente perdonado. Legazpi manifestó a Tupas que no sabía ni entendía el motivo de rehusar su amistad, mayormente cuando pudiéndolo haber hecho no le había inferido ningún daño.

Esta vez, Tupas respondió que sus deseos eran pacíficos y amistosos, y añadió claramente que sólo el miedo motivaba sus dilaciones.

La presentación de Tupas

Vencida por fin aquella prevención, Tupas, en compañía de los primates de Cebú, presentóse a Legazpi manifestando deseos de sangrarse con él. El acto tuvo lugar con toda solemnidad, «y hecha esta ceremonia el gobernador les dijo, que les quería descubrir su corazón». Esta frase de la relación anónima es una magnífica pincelada que alumbra la generosa psicología de Legazpi. El guipuzcoano dirigió la palabra a los jefes cebuanos. Su discurso, traducido por el intérprete, constituyó una historia detallada del arribo de Magallanes a Cebú, la profesión de fe de los cebuanos y su traición y apostasia ulteriores. Legazpi extendióse luego en consideraciones acerca de la conducta seguida con él por Tupas y sus súbditos. Sin querer escucharle, Tupas le había despreciado, osando incluso atacarle. Todo esto, digno de gran pena y castigo, no lo recordaba Legazpi con ánimo de mortificar, sino por dar a entender la grandeza, bondad y clemencia del rey a quien servía, «el más clemente y el mayor rey de la Cristiandad». En nombre por tanto de su rey perdonaba todo lo pasado. Todo quedaba como si nada hubiese sucedido. Pero a condición de que quedasen de nuevo como vasallos de Su Majestad y jurasen serle fieles a perpetuidad. Y para que este juramento se entendiese como verificado sin coacción alguna, debían estipular algún tributo anual. Legazpi les auguraba muy grandes provechos de una conducta leal, y se comprometía a ampararlos y defenderlos contra sus enemigos.

Los indígenas atendieron al discurso muy humildes, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, pero al oír lo del perdón no pudieron disimular su gran contento. En cuanto a la traición a la Armada de Magallanes se justificaron diciendo que ellos eran niños entonces, y pidieron a Legazpi les indicase en qué había de consistir el tributo, pues, según ellos, no poseían oro. A lo cual respondió Legazpi que si no lo tenían, se daba por satisfecho con productos de su tierra. El tributo exigido era sólo como señal de que se reconocían vasallos del rey de Castilla. Bastaba por tanto que cada cual

diese algo de su labranza: arroz, mijo por ejemplo, aunque precisando antes cuánto valía cada cosa. Obsequióse después a los indígenas con una colación y vinos, a cuyo término marcháronse los cebuanos muy contentos. La relación consigna la gran afición que a los vinos españoles manifestaban.

Durante tres días, los españoles no volvieron a ser molestados. Pero tampoco Tupas volvió al campamento al término convenido para asentar definitivamente las paces. Los demás habitantes daban cada vez muestras de más familiaridad. Al quinto día, visto que Tupas no se dejaba ver, despachóle Legazpi un aviso por medio de uno de los intérpretes moros. El reyezuelo se excusó manifestando que andaba afanado con el tributo de Su Majestad y sentía vergüenza de presentar la pequeñez hasta entonces recogida. Otro nuevo recado de Legazpi apremió a Tupas a que por tal motivo no rehuyera el presentarse. Pero el moro portador del aviso nunca más volvió. La presencia de indígenas en el fuerte y la de paraos ante la escuadra dejó también de ser frecuente. Legazpi comprendió entonces que los intérpretes moros le engañaban. (Este y otros casos parecidos motivaron la inquina de Legazpi contra los moros diseminados en gran número por Filipinas. Los consideraba, con mucha razón, como elementos extraños y allegadizos, y llegó a proponer al rey la expulsión de todos ellos por crearlos gran obstáculo a la conversión de los nativos).

Indisciplina

Situación tensa otra vez. El día 23 de mayo, un gentil-hombre del séquito de Legazpi, llamado Pedro de Arana, pagó con la vida su imprudencia de pasear fuera del campo atrincherado a pesar de las severas órdenes en contrario. Los indígenas huyeron rápidamente llevándose como trofeo la cabeza de Arana. La desobediencia del asesinado constituye desde luego un detalle sintomático. Las órdenes de Legazpi encontraban cierta resistencia pasiva. La sorda hostilidad a sus mandatos se notaba sobre todo en quienes más cercanos a él se hallaban.

Al día siguiente de la muerte de Arana, el maestre de campo y el capitán Goiti dirigieron una expedición a un estero y manglar espesísimos,

señalados por confidentes como refugio de los matadores de Arana. Los expedicionarios no regresaron a la noche. En el campo atrincherado había quedado poca gente. Legazpi, que, cumpliendo lo preceptuado en las instrucciones, dormía siempre en su nao, creyó conveniente pasar en tierra la noche. Además, organizó la vigilancia del campo de Cebú lo más rigurosamente posible con todos los hombres disponibles que pudo sacar de las naos; y dispuso, por medio del alférez Ibarra, reforzar con los gentiles-hombres la guardia de su residencia. De esa manera, si ocurría alguna novedad, acudiría al punto de peligro sin tardanza.

El alférez Ibarra obedeció, advirtiendo expresamente que la orden provenía del mismo Legazpi, pero a pesar de todo, algunos gentiles-hombres rehusaron el cumplimiento del servicio. La relación anónima añade que se ocultó la rebeldía al general. El orgullo tenía paralizados aquellos hombres; su enfermiza soberbia, llena de incapacidad, los convertía, donde quiera que fuesen, en un semillero de discordias y conflictos.

A la mañana siguiente, Legazpi dispuso se pasase lista a todos los expedicionarios, pues siendo inminente la partida para Méjico de la nao Capitana, quería enviarla junto con toda la documentación. Un gentil-hombre llamado Pedro de Mena aprovechó los preliminares de la formación para insolentarse con Legazpi, echándole en cara que les obligase a un servicio como el de guardia, propio, según él, de acemileros o de mozos de espuela. Despachólo Legazpi de su presencia con ademán severo, pero los compañeros de Mena, unidos a éste, formaron al punto un corrillo aparte, murmurando contra el general de manera notoria. Tan patente era la insubordinación, que Legazpi impuso silencio al grupo y mandó a sus componentes disolverse. En esto llegaron las compañías formadas para la lista. Pero el caso había trascendido a conocimiento del maestro de campo, el cual, después de reprender a los gentiles-hombres por su inconsiderada conducta, los encuadró en las compañías «a servir en ellas». El anónimo autor de la relación anota, muy observador, la reacción provocada por esta medida: «ellos anduvieron desabridos haciendo corrillos entre sí».

Casi a media noche declaróse un violento incendio en la choza contigua a la casa donde Legazpi tenía «toda su ropa y hacienda», y cercana así

mismo a otra casa convertida en polvorín y almacén. Legazpi no dormía aquella noche en tierra. El fuego, intencionado, fue sofocado gracias a la decisión de los soldados, quienes trabajaron tan denodadamente que algunos hasta resultaron heridos por quemadura.

La justicia de Legazpi fue expeditiva. Los que de la conducta seguida por él con los indígenas le atribuyeron un natural bondadoso e incapaz de imponerse a los díscolos, sufrieron una terrible equivocación. Dos gentiles-hombres, el Pedro de Mena, y otro, de nombre Esteban Terra, quedaron detenidos inmediatamente. Al amanecer Esteban Terra, autor de la fechoría, era ajusticiado ante las compañías formadas. La relación anónima concluye: «Por donde se entenderá que no solamente hay enemigos de fuera, pero dentro en el mismo campo, los cuales siendo malos pueden hacer y causar mayores daños como ladrones de casa, por donde se entenderá cuán necesario y conveniente es la brevedad del socorro que ha de venir de Nueva España». ¡Con qué acierto juzga este desconocido cronista la realidad circundante! Sus mismas repeticiones traicionan su justificada preocupación.

La situación enjuiciada por Legazpi

El momento de despachar a Méjico uno de los navíos llegó por fin. El éxito de la empresa dependía exclusivamente de la posibilidad del enlace con la Nueva España, íbase una vez más a procurar la consecución del tantas veces fracasado intento. Ya se ha visto que las Instrucciones permitían a Legazpi su regreso a Méjico, a condición de dejar en Filipinas un lugarteniente de toda confianza. Pero el anciano caudillo tenía tomada ya la decisión de ligar el resto de sus días a la conquista y colonización del archipiélago filipino. La nao va a partir y Legazpi se queda. La coyuntura le obliga al deber de informar a su rey acerca de la marcha de la expedición.

«S. C. R. M.=Desde el Puerto de la Navidad,
» que es en la Nueva España di cuenta a V. M.
» de mi partida con vuestra Real Armada al des-
» cubrimiento de las islas del Poniente, y prosi-

» guiendo el viaje, a trece de Febrero de este
» presente año llegué a una de las islas Filipinas,
» y después anduve por otras de este archipiéla-
» go hasta venir a esta isla de Cebú, de donde
» despaché una nao a la Nueva España a descu-
» brir la vuelta, y dar cuenta a V. M. de lo suce-
» dido en el viaje hasta que la nao partió: la re-
» lación de lo cual va juntamente con ésta, y
» asimismo cierta información, que dice que la
» mudanza que los naturales han hecho en la
» amistad y voluntad que solían tener a los va-
» sallos de V. M. (*se refiere a los habitantes de*
» *la isla de Mazagua*) y la causa de ello, y las
» posesiones que en nombre de V. M. se han to-
» mado, y las derrotas de los pilotos de esta Ar-
» mada. Suplico a V. M. sea servido mandarlo ver
» y proveer lo que más servido sea. Yo quedo
» poblando en esta isla de Cebú, hasta ver lo que
» Vuestra Majestad será servido enviarme man-
» dar, aunque con poca gente, y así envío a pe-
» dir socorro de gentes y municiones a la Real
» Audiencia de la Nueva España para poderme
» sustentar hasta tanto que vistos por Vuestra
» Majestad todos estos recados, y la memoria
» de las cosas que se envíen a pedir por los ofi-
» ciales de vuestra Real Hacienda, que acá re-
» siden, y las capítulos generales y particulares
» de los que acá quedan, provea y mande lo que
» más convenga, y sea su Real servicio. Y pues
» esta empresa es tan grande, y de tan grande
» importancia para lo espiritual, y temporal, y
» se ha puesto en tan buenos términos, y es tan
» buena conyuntura, humildemente suplico a V.
» M. mande se tenga con ella particular cuenta

» mandando socorrer y proveer lo que de acá se
» pide y suplica, cometiéndolo a quien con todo
» cuidado y diligencia lo provea y ponga en efec-
» to, porque confío en Dios nuestro Señor que
» de este principio tan grande, sucederán muy
» grandes bienes en servicio de Dios nuestro Se-
» ñor, y de Vuestra Majestad, y acrecentamiento
» de sus reales rentas, y bien universal de sus
» Reinos y Señoríos, y Suplico a Vuestra Majes-
» tad que condescendiendo en la grandeza de que
» siempre usa en hacer merced a sus criados
» que sirven en negocios de grande importancia,
» sea servido mandar ver los capítulos que con
» esta van y hacerme merced como Vuestra Ma-
» jestad más servido sea, cuya Sacra Católica
» Real Majestad guarde nuestro Señor con acre-
» centamiento de más Reinos y Señoríos por lar-
» gos y felices tiempos. De Cebú y de mayo 27
» de 1565 años. De V. S. R. M.=Fiel criado que
» los Reales pies de Vuestra Majestad besa. Mi-
» guel López de Legazpi».

Legazpi juzga la situación, a pesar de todo, animosamente, aunque dándose perfecta cuenta de la enorme extensión de Filipinas considera insuficientes los medios con que para su conquista cuenta. Legazpi ya no vive sino para esta obra. Conmueve el modo profundamente respetuoso de encarecer la importancia de la tarea y lo urgente de una ayuda eficaz para llevarla a término feliz. Y conmueve sobre todo ver al antiguo potentado, malbaratador de todo su peculio en desinteresado beneficio de la conquista, extendiendo a lo último suplicante la mano...

La travesía de poniente conseguida

Esta carta llegó a su destino; tuvo mejor suerte que otras escritas con anterioridad por otros capitanes en circunstancias bastante parecidas. El viaje de Urdaneta desde la isla de Cebú a Méjico a bordo de la nao «San Pedro» ha sido anteriormente relatado por nosotros en otro libro. Resumiremos no obstante esta histórica travesía en unas pocas líneas para no interrumpir la marcha de la narración.

La nao «San Pedro» zarpó de Cebú el día 1 de junio de 1565 al mando de Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi. La dirección del rumbo quedaba encomendada a Urdaneta exclusivamente. Legazpi despidió al agustino una legua mar adentro. Los dos íntimos amigos no volverían a verse más. El día 9 de junio, la nao llegó a «donde se remata la isla Filipina». Al día siguiente la costa se perdía de vista. Desde este momento la navegación discurre con atroz monotonía. Urdaneta conduce la nao por una ruta nueva, original, evitando tropezar con islas. La «San Pedro» alcanzó los 39 grados de latitud Norte. La travesía carece de incidencias casi en absoluto. Unos pocos, muy pocos, días de calma y otros de mar gruesa, cerrazón y aguaceros, constituyeron los únicos detalles adversos del viaje. Los mínimos inconvenientes para tan larga navegación. Urdaneta, probablemente, conocía de su prolongada estancia anterior en las Molucas el régimen de vientos predominantes en el Pacífico.

La travesía completa del Océano Pacífico duró cuatro meses. La «San Pedro» fondeó en la rada de Acapulco el día 8 de octubre, aun cuando el 18 de septiembre fueron avistadas las tierras septentrionales de la Nueva España. Durante el transcurso del viaje fallecieron víctimas del escorbuto dieciséis tripulantes, muriendo cuatro más en tierra poco después del arribo. Los tripulantes estaban extenuados, incapaces tan siquiera de izar el ancla para fondear mar adentro.

Pero la proeza de Urdaneta salvaba la empresa de Legazpi.

Inciso

La documentación llevada por el capitán de la nao «San Pedro» a la Real Audiencia del Virreinato de la Nueva España nos ha permitido reconstituir detalladamente la historia de la expedición hasta el día 31 de mayo, víspera

de la salida de dicho buque del puerto de la isla de Cebú. La relación del cronista anónimo, los diarios de ruta de los pilotos, los descargos de los oficiales de Su Majestad, acumulan datos hasta esa fecha. Pero desde el momento de la partida de la «San Pedro», las noticias acerca de la conquista del archipiélago filipino se espacian bastante. Ya no pesan sobre los cronistas obligaciones de correos tan perentorias y de tan excepcional importancia.

Con la salida de Cebú de la nao «San Pedro», sucede a la historia de Legazpi lo mismo que sucederá a la de Urdaneta con la llegada de la nao a Acapulco. Desde estos dos momentos, entrambas biografías, aunque por motivos distintos, son concisamente relatables. Los tres años escasos de vida que a Urdaneta restan después de su hazaña, se esfuman en una, por él ansiada, penumbra. A Legazpi sólo le quedan siete años de vida. Pero de estos años durante los cuales Legazpi concluye la gesta de conquistar un extenso archipiélago usando medios pacíficos, los cronistas hablan muy a grandes rasgos.

Legazpi culminará su vida ejemplar marchando recto, delante de sí mismo, sin desviarse un ápice del cristiano camino que se ha trazado. El guipuzcoano constituye una demostración viva de las posibilidades abiertas a una política de generosidad. Su historia carece de esas acciones audaces comunes a otros conquistadores. Su penetración es muy distinta y se apoya casi siempre —conviene volver a recordarlo— sobre muy menudas y triviales incidencias.

Aquí, las armas intervienen sólo en último término, y justamente lo preciso. Legazpi, más que conquistador, es un padre bondadoso. ¿Es este acaso el motivo del injusto olvido que rodea su figura? ¿Por qué el hombre propende tan fácilmente a la admiración de bárbaros cuya gloria se cimenta sobre tremendas hecatombes?

Por encima de todo, generosidad

Prosigamos el hilo del relato. Las pesquisas de los expedicionarios salidos al mando del maestro de campo en persecución de los matadores del gentil-hombre Pedro de Arana, tuvieron como resultado el hallazgo del parao

donde aquéllos huyeron llevándose la cabeza del desventurado. El parao tenía grandes manchas de sangre. Junto al espeso manglar, cerca de una ciénaga, donde la embarcación estaba, había más de una docena de casas habitadas. El maestre de campo, después de incendiarlas, trajo al campo atrincherado de Cebú ocho habitantes prisioneros, entre hombres y mujeres.

Legazpi no se dejó llevar de los primeros impulsos contra aquéllos, casi seguramente, cómplices de la muerte a mansalva de uno de los suyos, después de una solemne estipulación de paces. De acuerdo con sus disposiciones, los prisioneros fueron objeto del trato mejor posible. En Legazpi no se dan nunca esos arranques inhumanos que empañan la gloria de otros antecesores suyos. Una de las mujeres presas, que era esclava de otra muy principal asimismo prisionera, quedó poco después en libertad con encargo de ir a ver a los familiares de los detenidos y divulgar al propio tiempo el trato excelente de que éstos eran objeto. Los efectos de semejante táctica no se dilataron mucho.

El día 2 de junio, un moro que se llamaba Cidi Hamete, igual que el misterioso personaje arábigo imaginado por Cervantes como primer historiador de las aventuras del hidalgo manchego, se presentaba a Legazpi diciendo que venía de parte de Tupas. Ante el asombro general, Legazpi, conciliador siempre, volvió a repetir sus exhortaciones anteriores, y más al ver al moro interesado sobre todo por saber la cantidad de oro que pedía por el rescate de las presas. El general no quería oro. Exigía únicamente por la libertad de todos los prisioneros que los cebuanos se declararan vasallos de Felipe II. Aprovechó la ocasión para agregar que, de quererlo, poseía medios suficientes para aniquilar a los cebuanos. Pero él no trataba de eso. Su conducta con los prisioneros, con ellas sobre todo, podía acreditarlo. Acaso Legazpi suponía con muy buen criterio que, todavía, a pesar de los años, persistía vivo en la isla el recuerdo del proceder de los expedicionarios de Magallanes con las licenciosas mujeres cebuanas. Según el cronista contemporáneo Maximiliano Transilvano esta conducta explica la terrible matanza de los mandos de aquella Armada como venganza tomada por celos.

El emisario de Tupas pudo comprobar, estupefacto, el extraordinario recato de que era objeto la guarda de las presas. Por añadidura, Legazpi

manifestó a Cidi Hamete que los familiares de los prisioneros podían venir a verlos cuando quisiesen.

Los indígenas, incapaces de imaginar costumbres distintas de las suyas, habían supuesto en Legazpi intenciones de reducir a esclavitud a los prisioneros, y preferentemente a las mujeres por supuesto. El asombro de ellos ante las manifestaciones del intérprete no debió de conocer límites. Aquel mismo día se presentaron a Legazpi, acompañados de Cidi Hamete, dos caciques cebuanos, uno de ellos marido de una de las prisioneras, además de un nutrido grupo de habitantes, llevando todos las consabidas banderitas blancas. Legazpi penetró en seguida con sagacidad en el asombro producido por su conducta en todos ellos, y, una vez más, volvió a repetir sus intenciones. No pensaba, ni nunca había pensado, en reducir a esclavitud a nadie, sino muy al contrario; quería tratarlos a todos como amigos, sublimarlos a la condición de cristianos y de vasallos de Felipe II.

En el fondo, Legazpi comprendía que el engaño constante y hasta la misma alevosía constituían el medio natural de aquella pobre gente. Desconocían en sus relaciones la generosidad en absoluto. No concebían la lucha sino a muerte, y por lo tanto, consideraban buenos todos los ardides. Legazpi venía simplemente a instaurar entre ellos el cristianismo, apoyándolo más que nada en la ejemplaridad de su proceder.

Un recurso para ganarse voluntades desconfiadas

Catipan y Maquion, que así se llamaban los jefes cebuanos, quedaron subyugados por la conducta de Legazpi. Maquion llegó en su entusiasmo a manifestar que se ponía totalmente y con toda su familia a disposición del guipuzcoano. Este continuó deslizando sus cariñosas sugerencias. Pronto se supo que Catipan y Maquion eran nada menos que hermanos del mismo Tupas. Los dos se manifestaron decididos incluso a traer a éste por la fuerza y obligarle a someterse. Legazpi se opuso. Aspiraba a convencer a aquel rebelde desconfiado por otros diferentes y más persuasivos medios.

Por lo pronto, bastaba con que entrambos, Catipan y Maquion, saliesen a propagar por Cebú el proceder y los designios de Legazpi. El regreso de los dos caciques no se hizo tardar mucho. Al día siguiente entraban de

nuevo en el baluarte acompañados del mismo hijo de Tupas, gallardo muchacho de unos veinte años, que manifestaba que su padre, ya bastante achacoso, tardaría algo en venir. En realidad, no se trataba de esto. Tupas no acababa de fiarse y enviaba a su hijo con objeto de comprobar la verdad de las declaraciones de Catipan y Maquion. El hijo de Tupas, subyugado por las maneras de Legazpi, optó por quedar aquella noche, acompañado de Maquion, en el real de Cebú. Mientras tanto, Catipan marchaba al interior con intención de regresar a la mañana siguiente en compañía de Tupas.

Aquella noche Legazpi ordenó a los sastres de la expedición un abrumador trabajo. Preparar a toda prisa ricos vestidos a la europea para todos los prisioneros, singularmente para las mujeres, y también para Tupas, su hijo, Catipan y Maquion y demás acompañamiento. El receloso Tupas no se presentó, sin embargo, a la mañana siguiente. Acaso sospechó de que su hijo no hubiese vuelto a él la noche antes. En lugar de Tupas vinieron cuatro indígenas, en realidad, cuatro observadores más enviados por el reyezuelo, diciendo lo de siempre: que éste vendría más tarde.

Pero Legazpi había conseguido ya el efecto que se proponía. A la llegada de los observadores, Maquion, el hijo de Tupas y todos los prisioneros, se paseaban por el real de Cebú flamantemente vestidos, en la plenitud de un infantil envanecimiento. Sobre todo las prisioneras, ataviadas con camisas de Rúan y vestidas de tafetán de colorines, demostraban el colmo de la felicidad.

El precursor de los grandes civilizadores modernos

Tupas, rendido a la evidencia, llegó por fin aquel mediodía del 4 de junio de 1565. Excusaba su tardanza, con modales humildes y abrumados, en la imposibilidad de reunir las provisiones prometidas. Por lo demás quería someterse al rey de España, al que prometía en adelante la fidelidad más absoluta. Al responderle, Legazpi insistió sobre la imperiosa necesidad de una paz verdadera. Por lo tanto, aquél que en adelante la quebrantase se hacía reo de gravísimo delito. Y refiriéndose a lo manifestado por Tupas sobre la escasa recogida de provisiones, declaró condonado, en atención a las cosechas insuficientes, el tributo correspondiente a aquel año. Legazpi

se abstenía de señalarles la cuantía de la contribución de los años venideros que dejaba al arbitrio y voluntad de ellos mismos. La satisfacción de Tupas y de todos sus acompañantes con todo esto fue grandísima.

Concertáronse acto seguido las condiciones de la sumisión. Los cebuanos se constituían por sí y por sus descendientes fieles vasallos del rey de Castilla. El matador del gentil-hombre Pedro de Arana quedaba exceptuado del pacto hasta que presentado ante Legazpi ofreciera un descargo de su conducta. Legazpi se reservaba el castigo según procediera en justicia. El general prometía a los cebuanos en las guerras que mantuviesen la ayuda de sus soldados, quedando aquéllos obligados con Legazpi a la recíproca. El botín se dividiría a partes iguales entre los dos aliados. El cebuano que atentase contra un español sería entregado a Legazpi. Si, por el contrario, un español ofendía a un cebuano, éstos avisarían a Legazpi que se encargaría de hacer justicia. Caso de que algún esclavo u otra persona huyese del campo español, los indígenas se comprometían a devolverlo, y viceversa Legazpi con los indígenas escapados al lado español. Los precios de los artículos españoles y de los abastecimientos cebuanos se fijarían de mutuo acuerdo. Por último, ningún indígena podría entrar con armas al campamento español.

Tupas, puesto de rodillas, besó la mano de Legazpi en señal de sometimiento. Todos los demás principales repitieron aquel gesto sumiso. Legazpi dio fin al acto libertando a los prisioneros y obsequiando a todos los indígenas con una comida. Pigafetta, el cronista de Magallanes, señalaba la excesiva tendencia de los cebuanos a la gula y a la embriaguez. En este aspecto, los cebuanos contemporáneos de Legazpi, idénticos a los de cuarenta y cinco años atrás, hicieron desmedido honor al convite.

Carácter y costumbres de los cebuanos

La estancia de Legazpi en la isla de Cebú duró cinco años. Nada más a propósito al llegar aquí, que recordar a grandes rasgos la animada descripción de Pigafetta acerca del carácter y costumbres de los habitantes de la isla. Pigafetta dice que los expedicionarios de la Armada magallánica eran constantemente invitados por los de Cebú a comer y beber, lo mismo si

desembarcaban de noche que de día. La gula, la embriaguez y la lujuria constituían en los cebuanos vicios predominantes. Sus comidas duraban de ordinario cinco y hasta seis horas. La glotonería llegaba en ellos a repugnantes extremos, y para excitar más la sed salaban las comidas exageradamente. Bebían hasta la embriaguez chupando con cañas el vino de los vasos. Cada hombre poseía muchas mujeres, aunque distinguían a una con carácter de favorita. El libertinaje era en ellos y en ellas extremado. Las madres acostumbraban practicar cierta complicada infibulación a sus niños varones para contrarrestar sus decididas tendencias a vicios antinaturales cuando llegaban a ser mayores. Pigafetta se extiende a este propósito en detalles intranscribibles.

Legazpi caló en seguida el carácter de los indígenas. En aquel ambiente desprovisto en absoluto de moralidad, Legazpi y los misioneros se vieron y desearon para poner coto a los excesos de los expedicionarios, excesos que, naturalmente, el proceder de las mujeres cebuanas favorecía.

Lejos de fiarse como Magallanes de los amistosos juramentos de los de Cebú, el guipuzcoano comenzó precavidamente la construcción de un fuerte. Pero no sólo trataba Legazpi de defenderse, sino que tendía a la máxima elasticidad de movimientos. Los carpinteros de la escuadra comenzaron asimismo ardorosamente la construcción de tres pequeñas fragatas. Con lo primero, se afianzaban las prevenciones contra un posible ataque por tierra; con lo segundo, Legazpi aseguraba eficazmente su independencia. De esta manera el puerto de Cebú quedaba convertido en una verdadera base de operaciones, capaz, en circunstancias adversas, de resistir cuando menos hasta la llegada de Méjico de los socorros solicitados. Durante todo el tiempo de su permanencia en la Isla, Legazpi hubo de luchar con el problema de la escasez de víveres. Cebú no produce en abundancia sino mijo. A pesar de haber expedicionarios convencidos de la mala fe de los cebuanos en cuanto al suministro de bastimentos, la verdad es que la isla produce poco arroz.

Pero felizmente, las previsiones de Legazpi no tuvieron necesidad de emplearse. El campo fortificado de Cebú resultó escenario de bien distintas escenas. Una de éstas, el solemne recibimiento efectuado a la esposa de Tupas. Las relaciones describen este acto de manera que confirma en un

todo la narración de Pigafetta referente al aparato con que se rodeaba la reina de Cebú del tiempo de Magallanes. Esta joven y bella mujer vestía, según Pigafetta, un vestido de rica tela blanquinegra. Su boca y sus uñas estaban pintadas de color rojo muy vivo, y llevaba un gran sombrero de hojas de palmera en forma de quitasol, y en la punta una triple corona que nunca se quitaba. Un día, en ocasión de celebrarse misa en tierra, marchó a oírla precedida de tres jóvenes portadoras de tres de sus sombreros. Lucía en esta ocasión una túnica a franjas blancas y negras y cubría su cabeza con un gran velo de seda, con aplicaciones de oro, que descendía sobre sus espaldas.

La mujer del reyezuelo Tupas dejaba muy atrás en ostentación a esta antecesora suya. Unas sesenta mujeres vistosamente vestidas precedían de dos en dos, formando larga comitiva, a la esposa de Tupas. Venían ataviadas vistosa, aunque brevemente, con enaguas multicolores, cantando a coro dulces melodías. Algunas se cubrían con amplios sombreros de paja, mientras otras lucían hermosas guirnaldas de flores. La reina venía detrás, al final de todas, reclinando sus brazos sobre los hombros de otras dos mujeres, esposas ambas de caciques principales. Un verdadero derroche de macizas joyas de oro resplandecía en todas ellas. Aquella profusión de collares, pendientes, sortijas, y de gruesas manillas y pulseras en brazos y piernas, tintineaban al paso. Antes de la llegada de la comitiva, Tupas se hallaba ya dentro del campamento, deseoso de contemplar la fastuosa entrada de su esposa. Legazpi obsequió a todos con una comida, y luego distribuyó entre ellos gran cantidad de regalos en lienzos, peines, espejos, abalorios, collares de cristal, cascabeles y bisutería parecida, después de lo cual la comitiva volvió con el mismo mayestático ceremonial de antes. Lo malo para Legazpi y para su existencia de baratijas fue que aquellas recepciones se prodigaron los días siguientes con fausto parecido, al creerse las mujeres de otros caciques en la obligación de repetir la visita de la esposa de Tupas.

Magallanes-Legazpi

Algunos días después de la recepción de la reina, Tupas envió a Legazpi para su servicio, una sobrina viuda acompañada de tres muchachas, además de un niño de tres años. Lejos de las espectaculares y mentirosas conversiones en masa del tiempo de Magallanes, Legazpi, con la colaboración de los agustinos, comenzó a trabajar, por medio de este grupito indígena, en la cristianización de la isla. Las mujeres y el niño enviados por Tupas pasaron a la jurisdicción de los misioneros. Legazpi, de allí a poco, casó a la viuda cebuana con el maestro Andrea, calafate griego de la escuadra, a quien cupo el honor de ser el primer poblador de la isla. La boda, apadrinada por Legazpi, celebróse con gran solemnidad y con asistencia de los jefes principales de Cebú. El maestro Andrea, insensible al honor concedido por su jefe, resultó luego un mal nacido al intentar alzarse contra él.

La isla de Mactán tan próxima a Cebú tenía para los expedicionarios particular aliciente. Mactán es famosa por la valerosa muerte alcanzada por Hernando de Magallanes a manos de Cilapulapu, cacique de la pequeña isla.

Tupas manifestaba verdadero interés por conseguir que Legazpi pactara paces con los habitantes de Mactán. Pero una expedición enviada a esta isla no halló alma viviente en ella. Aparecía desierta; semejaba haberse tragado todos sus habitantes. La verdad era que los mactanenses habían escapado a la isla de Baybay, temerosos de que Legazpi vengara en ellos la muerte de Magallanes producida por sus padres. No conocían a Legazpi, a quien ni por asomo le había venido a las mentes tal idea.

En realidad, los problemas presentados en Filipinas a Legazpi son idénticos a los de Magallanes cerca de medio siglo atrás. Ambos fueron incitados constantemente a tomar partido por alguna de las banderías innumerables que dividían las islas del archipiélago. Pero al contrario del impulsivo Magallanes, el guipuzcoano fue más cauto. Acaso Magallanes cayó en una celada preparada hábilmente por quien diciéndose su amigo le llevó a una lucha fatal. Legazpi, al contrario, procuró siempre dar largas a las incesantes instancias de ayuda provenientes de Tupas y los suyos.

Cebú, totalmente pacificado

Sólo cuando adelantó las obras del fuerte y la construcción de las fragatas accedió al deseo de Tupas de atacar a los habitantes de cierto poblado, que según el reyezuelo, venían denostándole continuamente con las más denigrantes calificativos como responsable de la dominación española en Cebú.

Legazpi no quería ser reprochado de infringir la palabra dada, y envió al maestre de campo con cincuenta soldados. Los enemigos de Tupas vivían en un poblado sobre un elevado monte que constituía una excelente posición natural. Los habitantes de este pueblo, engañados acaso con las maneras pacíficas de Legazpi, recibieron a los soldados con provocativa algazara. Pero la tropa, anhelante de pelea desde mucho tiempo atrás, lejos de amedrentarse con el griterío, tomó al asalto el pueblo matando a varios de sus defensores y apoderándose de todo cuanto contenía. El impetuoso ataque de los españoles puso espanto en los cebuanos todos, amigos y enemigos. Este combate marca el punto culminante de la pacificación de Cebú.

Lo curioso del caso es que no obstante su nula ayuda militar, los súbditos de Tupas no sintieron empacho en solicitar de los soldados la mitad del botín obtenido exclusivamepte por éstos. Legazpi dio a los indígenas una lección magnífica, aun a sabiendas de producir con su orden gran disgusto entre los soldados. Dispuso entregar toda la presa a aquellos aliados incapaces, reservándose solamente una gran canoa que, convertida en flamante fragata, pasó a engrosar su escuadra.

Historia de una sedición fracasada

Legazpi es un incomprendido de los suyos. Los hombres de aquel siglo, y mucho menos la calaña de aventureros inscritos en la expedición, no eran los más adecuados para comprender la grandeza y el fin de tamañas generosidades. «Como el Gobernador no consentía ni quería dar licencia de que se les hiciese daño a los naturales, ni se les tomasen sus haciendas sin paga, la gente estaba desabrida y descontenta». Las privaciones, junto con

la convicción de encontrarse privados de toda comunicación, aislados irremisiblemente, exasperaban el natural indisciplinado de la mayoría de ellos. Los razonamientos de Legazpi asegurándoles la pronta llegada de los bastimentos y socorros de Méjico no bastaban a levantar su deprimido espíritu.

La primera conjuración se descubrió antes de finalizado el primer año de la conquista. El plan, llevado a la práctica, hubiera derrumbado toda la obra de Legazpi. Un cabo de escuadra llamado Pablo Hernández y un íntimo amigo suyo, de nombre Juan María Carpintero, cabo de obra y maestro de la nao «San Pablo», junto con algunos marineros extranjeros, soldados, y otros amigos, plantearon escaparse con el patache «San Juan». Después de una fructuosa campaña de piratería por las islas del archipiélago, asaltarían algunos juncos de Borneo, Luzón y Mindoro, después de lo cual tratarían, si podían, de llegar primeramente a España, y después a Francia, para disfrutar aquí con tranquilidad del producto de sus rapiñas. Si no les resultaba posible llegar al estrecho de Magallanes, el objetivo debería alcanzarse arribando a las costas de Guatemala o del Perú y atravesando estos territorios «sin ser sentidos ni conocidos». No se les ocultaba a los conspiradores lo aventurado de su plan. En la imposibilidad de realizarlo contaban con ir a Malaca, donde esperaban ser bien recibidos y tratados.

Pablo Hernández «tenía muchos amigos y soldados» comprometidos, y encabezaba como jefe absoluto la empresa. Juan María Carpintero, como maestro de la Almirante, contaba con toda la artillería, pólvora y municiones de esta nao. Todos los marineros extranjeros estaban también apalabrados. Después de Hernández y Carpintero, los principales conjurados eran el piloto francés Pierres Plum y otros extranjeros, aunque la relación añade estas significativas palabras: «También hubo algunos españoles que metieron la mano en el negocio, y persuadieron a otros que fuesen en ello». El golpe quedó concertado para el martes, 27 de noviembre de 1565. Para poder zarpar más libremente y seguros de no ser perseguidos, se convino en dar barreno previamente a la nao Almirante y a las fragatas.

Nunca se supo el motivo, pero la misma noche del 26 al 27 la sublevación fue aplazada hasta un día más tarde. Un poco antes de la media

noche, después de embarcadas ya en una canoa las velas de repuesto y las municiones para su traslado al patache, Juan María Carpintero dio contraorden. Algunos marineros ignorantes de la conjura preguntaron con ingenuidad el motivo de aquellas extrañas operaciones, pues los navíos estaban varados. Un piloto llamado Fortún Jiménez se apresuró a callarles la boca con voz sorda y brevísimas, ceñudas y mordientes razones, diciéndoles que eran órdenes del maestre de campo. Seguramente Fortún Jiménez se contaba también en el complot.

El miércoles, día 28, Juan María Carpintero, presentándose al maestre de campo le descubrió la trama de la sublevación. Carpintero tuvo buen cuidado de conseguir del capitán del Saz antes de su confidencia, y como precio de ella, el perdón por su participación en la conjura. El maestre de campo dio en seguida conocimiento del caso a Legazpi. La primera providencia de éste consistió en reforzar la guardia del recinto para impedir cualquier fuga. El maestre de campo cumplimentó la orden con toda diligencia y recaudo, procurando evitar sobre todo que trascendiera a los expedicionarios demasiado ostensiblemente. Centinelas de toda confianza montaron la guardia. Al anochecer, el maestre de campo marchó él en persona, aunque con el disimulo mayor posible, a la choza de Pablo Hernández para proceder a su detención. Pero Hernández no estaba allí. Además, no faltaron quienes advirtieran al cabecilla el interés que por él demostraba del Saz. Sin osar volver a su choza, Hernández prefirió pasar la noche agazapado entre unos altos herbazales existentes en medio del campo fortificado. El maestre de campo y el capitán Goiti anduvieron buscándole toda la noche, y al amanecer, persuadidos de la huida de Hernández, dieron cuenta de sus inútiles pesquisas a Legazpi. Este dispuso entonces una indagación más a fondo cerca de Juan María Carpintero, que dio como resultado nuevas detenciones.

Al anochecer de aquel mismo día fueron ahorcados el piloto francés Plum y un tal Jorge Griego. El maestre Andrea, el calafate, condenado también a muerte y confesado y todo para el trance, salvó su vida gracias a las súplicas de los religiosos agustinos que, en último extremo, vista la imposibilidad de obtener de Legazpi el indulto, rogaron y, cuando menos consiguieron de éste se aplazase la ejecución por lo avanzado de la hora

hasta la mañana siguiente. Esta maniobra hábil y oportuna, que, a fin de cuentas, consiguió al reo el perdón definitivo, demuestra en los religiosos un conocimiento a fondo de la psicología de Legazpi, impetuosa, pero noble siempre y propicia en lo posible, después del primer arranque, a la benevolencia.

El cabecilla Hernández dándose, transido de terror, perfecta cuenta de aquellos acontecimientos, se presentó sigiloso después de anochecido en la choza iglesia de los agustinos. Quería obtener de éstos el hábito de la Orden como único medio de salvar su vida. Pero el superior convenció al desgraciado de la absoluta inutilidad de aquel arbitrio y le aconsejó buscar de otra manera su salvación. Cosa en verdad muy difícil, pues Legazpi había dictado ya un bando que, al mismo tiempo de prometer a los indígenas un premio por la captura de Hernández prohibía terminantemente a los expedicionarios bajo pena de muerte ayudarle de cualquier manera que fuese.

El hambre obligó a Hernández a pedir de comer en las cabañas de los indígenas. Estos, ya sobre aviso, estuvieron cierta vez a punto de prenderle, aun cuando no osaron herirle por no contravenir las disposiciones de Legazpi, a quien llevaron en cambio la daga y espada que habían logrado quitar al perseguido. El caso sirvió para patentizar la inexorabilidad de Legazpi. Mandó que cuando viesen a Hernández otra vez, si no podían prenderlo lo matasen. El cabecilla de la frustrada sublevación debía serle traído vivo o muerto.

Hernández, cada vez más acosado, comprendiendo la imposibilidad de encontrar amparo en los indígenas, decidió volver adonde los agustinos para encargarles una última y suprema gestión de indulto cerca de Legazpi. Pero aunque los agustinos pusieron por su parte el máximo interés en cumplir los deseos de Hernández y movieron, además, a la consecución de ese empeño, personas de verdadero influjo cerca de Legazpi, todo resultó inútil. Legazpi continuó irreductible.

Pablo Hernández se presentó entonces ante el general. Pedíale sólo término hasta el día siguiente a mediodía para prepararse mientras tanto a bien morir. El maestro de campo tomóle amplia declaración que puso en claro multitud de extremos curiosos. Al mediodía siguiente, fue Hernández

ahorcado, luego decapitado, y su cabeza puesta en la picota para «memoria y escarmiento de otros».

Las declaraciones del ajusticiado descubrieron demasiadas cosas. Pero Legazpi, atendiendo esta vez las apremiantes súplicas de los agustinos y los jefes principales, dictó amnistía general. Con este motivo tuvo lugar un acto de gran solemnidad en la iglesia de Cebú. Legazpi dirigió la palabra a los expedicionarios y manifestó que perdonaba a todos los comprometidos. Solamente quería a cambio que cada uno de éstos declarara, con la garantía del secreto más absoluto, su participación en los fracasados sucesos. Legazpi conocía bien la índole de muchos de los suyos, pero quería de esta manera conocerla mejor todavía.

Los conjurados eran unos cuarenta. En vista de la gran proporción de comprometidos extranjeros, Legazpi prohibió a éstos hablar en adelante otro idioma distinto del castellano que, además, todos conocían perfectamente. A cubierto de la amnistía, las confidencias añadieron mucho al conocimiento de algunas interioridades. En realidad, la conjuración venía tramándose desde antes de la salida de la Armada del Puerto de la Navidad. La huida del patache «San Lucas» estaba convenida, y no solamente la de esta embarcación, sino incluso la de la nao Almirante. El intento de desderotar esta nao lo descubrió el maestre de campo, que amenazó con colgar a los pilotos de las vergas si perdían de vista a la Capitana.

Los acontecimientos demostraron la razón de la severidad de Legazpi. Seis meses más tarde se registró otra intentona que costó morir ahorcado a un tal Juan Núñez de Carrión, personaje que gozaba de la íntima confianza de Legazpi. Núñez de Carrión tramaba —y tenía muy adelantados los preparativos— escapar de Cebú junto con otros compañeros para dedicarse a la piratería por los mares malayos.

La fracasada intentona de Cebú sirve admirablemente para enlazar con la negra historia de Lope Martín, el piloto desertor del patache «San Lucas», y la travesía del galeón «San Jerónimo», primero en llevar a Legazpi noticias del feliz arribo de Urdaneta a Méjico. He aquí ahora la terrible relación de los primeros refuerzos recibidos por el conquistador de Filipinas. Pocas veces puede ser repetida con mayor razón que en este caso,

la conocida frase de que el mar constituye inmenso escenario de aventuras y tragedias.

El piloto diabólico

El galeón «San Jerónimo» zarpó del puerto de Acapulco en dirección a las islas Filipinas el día 1 de mayo de 1566. Además de la noticia de la llegada de Urdaneta a las costas de la Nueva España, el galeón llevaba refuerzos a Méjico. Un malagueño, Pedro Sánchez Pericón, mandaba el buque, del que fue designado piloto Lope Martín, acaso en castigo de su deserción anterior. Lope Martín no disimuló desde este momento sus designios perversos, pues comprendió que el servicio que le ordenaban suponía para él la presentación ante Legazpi, al arribo del navío a Filipinas.

Pensando, no sin razón, que Legazpi no dejaría sin castigo su delito anterior, decidió dirigir el galeón a cualquier parte menos a Filipinas.

Con vistas a este plan el piloto comenzó, antes de ninguna otra cosa, por enrolar como marineros más de cien sujetos, los de peores antecedentes que pudo encontrar en Acapulco. Un vasco, proveedor de Su Majestad en este puerto, llamado Rodrigo de Ataguren, le ayudó incondicionalmente en esta labor. El soldado Juan Martínez, cronista del viaje, añade a esta parte un detalle significativo. Según Martínez, en Acapulco había «muchos vizcaínos» marineros dispuestos a prestar sus servicios en esta travesía, pero Ataguren, no solamente obstaculizó su embarque, sino eliminó a cuantos vascos estaban alistados «porque no era esta nación con quien él se hallaba bien para hechos semejantes». Como maestro del galeón estaba designado el vasco Pedro de Oliden, pero Ataguren lo sustituyó con un tal Ortiz de Mosquera, hombre más acomodado, como se verá pronto, a los siniestros propósitos de Lope Martín. Este manejo salvó a Oliden pues su muerte, según el cronista, estaba ya premeditada.

Lope Martín comenzó a preparar la sublevación inmediatamente zarpado el galeón. Su agente principal llamábase Felipe del Campo, «principio, medio y fin de todas maldades» Lope Martín era locuaz; Felipe del Campo cauteloso. La tripulación del «San Jerónimo», azuzada por el piloto, comenzó pronto a alborotarse contra el capitán Sánchez Pericón. Los

indicios de una Rebelión llegaron a ser tan ostensibles que el capitán se creyó en el caso de reforzar la guardia, sobre todo desde una mañana en que su caballo apareció en la sentina cosido a puñaladas. Pero, por otra parte, el áspero carácter de Sánchez Pericón favoreció grandemente los planes de Lope Martín que, juntado de manera manifiesta con Felipe del Campo y Ortiz de Mosquera, acrecentó la antipatía sentida contra el capitán por la mayoría de los tripulantes.

A la media noche del día 3 de junio, segundo día de Pentecostés, sublevó su gente Lope Martín. El Sargento mayor Ortiz de Mosquera y otros conjurados mataron a puñaladas al capitán Sánchez Pericón y a su hijo, en el mismo camarote donde ambos dormían. Inmediatamente, Ortiz de Mosquera dirigió en cubierta la palabra a marineros y soldados. Erguido en medio de aquella siniestra asamblea, alumbrada de linternas, Mosquera pretendía justificar el doble asesinato como una prevención obligada contra intenciones idénticas que el difunto capitán tenía contra él y otros amigos suyos. Acto seguido, un bando conminaba bajo pena de muerte la inmediata entrega de las armas repartidas, poco antes del doble asesinato, entre los sublevados. Repetíase una vez más la historia de todas las revoluciones. Al amanecer, Ortiz de Mosquera tomó el mando en jefe del galeón.

Pero la apetencia del mando disgregaba ya el bloque de conjurados, unidos hasta entonces sólo por la premeditación del crimen. El buque se convirtió en seguida en un infierno de intrigas y de odios. Además, el doble asesinato dejaba incompletos los designios finales de Lope Martín, el cual, por mediación de algunos incondicionales suyos, sugirió a Mosquera la conveniencia de someterse a una parodia de proceso con el fin de acallar las murmuraciones originadas por los crímenes y dar de este modo un aspecto de legalidad indiscutible a la sublevación. Aseguróse a Mosquera durante una larga sobremesa nocturna, pues él no se dejaba fácilmente convencer, el resultado absolutorio del proceso, con lo cual quedando su prestigio sin mancha alguna, podría ejercer el mando en adelante con autoridad acrecentada.

El diabólico plan del piloto estaba en marcha. Lope Martín logró por fin convencer a Mosquera, cuya detención fue efectuada al amanecer. Es obvio añadir que el infeliz Mosquera creía todo un simulacro. Un espléndido

almuerzo servido en seguida y al que Mosquera acudió junto con los demás conjurados, le aseguró todavía más en esa creencia. Tan seguro estaba en ella que, hacia el final del convite, cuando «él y todos sus aliados almorzaron mucho del tocino y vino»... «le echaron unos grillos en buena conversación y risa y lo mismo se reía él». Fue entonces cuando Mosquera volviéndose hacia Lope Martín le dijo «muy risueño» que era ya hora de terminar aquellas «niñerías» a que estaba sometido. Lope Martín aprovechó el momento para desenmascararse. Duro y sombrío gesto anubló repentinamente su semblante. Y así respondió a Mosquera que el proceso terminaría cuando se le hiciera la justicia merecida por el doble asesinato que había cometido. En aquel mismo punto, los esbirros de Lope Martín condujeron a Mosquera a cubierta, mientras otros corrían a requerir la presencia urgente del capellán. Este, aterrado ante el nuevo crimen inminente, apostrofó duramente al malvado piloto con ánimo de volverle de su terrible decisión, pero Lope Martín y sus incondicionales le dieron las espaldas sin hacerle caso.

A una señal de Lope Martín, los marineros cogieron a Mosquera y le «izaron sin darle tiempo para confesarse ni aun para decir Jesús». Martínez, el soldado cronista, se cree en el caso de añadir que, según algunos, Mosquera se había confesado algo antes. Mosquera fue, por último, lanzado al mar con grillos y todo, «medio vivo» todavía.

También aquí se repite la historia. Ahora es Lope Martín el obligado a autorizarse. Burda y repugnante justificación la suya. A la vez que Mosquera era «sepultado en el ancho mar», Martín mandó publicar que había sido ejecutado por «sodomita». Nadie pudo oponerse al asesinato, pues previamente el piloto mandó prender a algunos elementos sanos de quienes sospechó que podían estorbarle sus planes.

El nuevo crimen ocurrió la madrugada del sábado 22 de junio y dio a Lope Martín el tan ansiado mando absoluto del galeón. Podía por fin enderezarlo a donde quisiese. Pero como todavía continuaban viviendo los hombres detenidos antes del asesinato de Mosquera, Lope imaginó la manera de desembarazarse de todos cuantos le inspiraban sospechas. El piloto recelaba sobre todo de los soldados. Demasiado comprendía que más tarde o más temprano intentarían sublevarse contra su tiranía. Estaba escrito

que aquel criminal resultase prendido por el mismo atroz engaño ideado por él contra sus enemigos presuntos.

Al llegar a una isla del archipiélago de los Barbudos, Lope dispuso carenar el galeón, incapaz, según él, de seguir navegando. De acuerdo con sus órdenes, el buque fue descargado totalmente, incluso de las «cajas y hatos» de los soldados. Lope desembarcó también junto con la tripulación. Hubo, sin embargo, quienes adivinaron sus siniestros propósitos. El capellán, don Juan de Vivero, hasta se atrevió a dirigirse a Lope por medio de uno de los más íntimos amigos de éste, rogándole dejara de realizar el inhumano plan que proyectaba: abandonar en aquella isla a todos los desahogados. Esta sugerencia no alcanzó ningún efecto.

Pero para entonces, el contraamaestre Rodrigo del Angle y algunos otros, tramaban sublevarse contra Lope Martín. Los comprometidos, que habían acordado comulgar antes del golpe, desahogaron en confesión a Vivero la ansiosa inquietud producida por su arriesgado proyecto. Según el cronista Martínez, «el padre clérigo con gran vehemencia les encareció e inflamó los corazones, diciéndoles cuán justo era y cuán gran servicio a Dios y, que haciéndolo, Dios les ayudaría a salir con ello; en fin les animó mucho e hizo al caso».

El recelo siempre creciente, aunado con los remordimientos, conducía a Lope a espantosos accesos de furor que tuvieron la virtud de anticipar la sublevación. En uno de estos ataques, durante los cuales el piloto prorrumpía en rabiosos juramentos y blasfemias, Lope ordenó desembarcar «todas las agujas y cartas de marear». Los conjurados, amilanados por las vociferaciones del malvado piloto, tuvieron la sospecha de haber sido descubiertos. Hasta hubo quien, según propia declaración posterior, imaginó, aterrorizado, que podría salvar su vida si se apresuraba a delatar a sus camaradas.

La serenidad volvió sin embargo a imponerse en todos. El miércoles, 16 de julio, Rodrigo del Angle, alzóse en el galeón al frente de sus compañeros. Guardaba en aquel momento el buque un mulato, amigo íntimo de Lope, que, alcanzado por un revés, sólo tuvo tiempo de lanzarse al mar para alcanzar nadando la isla y llevar la «amarga nueva a sus amigos». No obstante, algunos marineros incondicionales de Lope Martín

soltaron amarras y largaron velas con suma rapidez, con intención de encallar el galeón, pero el cronista Martínez, creyente y providencialista, advierte que en aquel mismo momento se calmó completamente el poco viento que corría.

El pequeño batel del galeón sirvió para reembarcar en sucesivas y difíciles expediciones a cuantos amigos pudo Rodrigo del Angle, pues la situación se mantuvo indecisa durante bastantes días, porque los incondicionales de Lope Martín tenían en tierra a su disposición casi todas las armas y opusieron resistencia decidida y tenaz. Aunque ésta fue poco a poco decayendo. Y Lope Martín quedó, con otros veintiséis, condenado a perecer en aquella isla desierta. A estos desgraciados no les quedaban víveres más que para cuatro días. A última hora les fueron enviados desde el galeón más provisiones, a cambio de la brújula que ellos tenían en su poder.

El momento de zarpar el «San Jerónimo» debió de ser patético en extremo. Los tripulantes del batel, antes de iniciar el último viaje de regreso al galeón, vieron a aquellos reprobos tremolando una bandera blanca, significando su propuesta de matar a Lope Martín como medio de obtener el perdón. Pero Rodrigo del Angle rechazó la proposición.

Todavía, después de zarpar, el mismo contraamaestre, en calidad ya de capitán del navío, mandó ahorcar dos hombres como autores materiales del asesinato del capitán Sánchez Pericón. El galeón hubo de luchar con grandes temporales antes de finalizar el trágico viaje, cuyas «hambres, destrucciones, muertes, llores, suspiros, prisiones, trabajos, tardanzas, aflicciones, calamidades y naufragios» encarece el soldado Martínez, autor de la relación de la travesía y protagonista bastante destacado de sus sucesos en ella registrados, como dignos, según dice él, de ser encarecidos por un Homero o un Virgilio. Desde luego, en la historia de la navegación, tan pródiga en ejemplos de la más refinada barbarie, el nombre de Lope Martín ocupa destacadísimo lugar.

La Providencia continuó interviniendo decididamente en favor del «San Jerónimo», y, por supuesto, en favor también de Legazpi, a quien el arribo del buque importaba tanto. El capitán Juan de la Isla, jefe a la sazón de una expedición de reconocimiento, encontró al galeón «entre unas islas con

unas corrientes que no sabían a donde estaban, ni a que parte navegar». Esta casual coincidencia condujo al navío a buen puerto, aunque como es natural, el relato de las tragedias de la travesía ensombreció el inmenso regocijo producido por su llegada a Cebú entre la gente de Legazpi.

Y todavía, una investigación ordenada por el general costó la cabeza al escribano del galeón. Juan de Zaldívar. El apellido de éste, y hasta su misma profesión, indican bien a las claras su origen vasco. Pero ni esta condición le obtuvo misericordia ante Legazpi. Zaldívar sabía con mucha antelación el propósito de asesinar al capitán Sánchez Pericón, y, además, él fue quien repartió las armas a los sublevados. En cuanto a los restantes culpables, Legazpi ejerció con ellos una vez más su benevolencia.

Juanes de Flatrelesco

Esta es la clase predominante de hombres con la que Legazpi tuvo que realizar su conquista. Llevarla a buen término con aquel material humano, en gran parte de deshecho, del que alguna vez se vio precisado incluso a prevenir a los mismos indígenas —ningún conquistador ha llegado nunca a tanto con los conquistados— constituye una verdadera epopeya y demuestra que un buen jefe saca partido hasta de los peores soldados.

Pero quien de todos estos hechos intente deducir comparaciones favorables para la raza dominada con respecto a la raza conquistadora, sufrirá una grave equivocación. Los conquistadores, con todas sus terribles pasiones, son cristianos. El olvido de esta sencilla realidad conduce —y en realidad ha conducido a muchos— a erróneas consideraciones sentimentales.

Un caso acaecido casi a la vez de la llegada; del galeón «San Jerónimo» posee detalles de gran poder evocador y nos ahorrará una serie de disquisiciones a este respecto. El mismo día del arribo del buque, el maestre de campo regresó de una exploración trayendo rescatado a un indio mejicano llamado Juanes, natural de Santiago de Flatrelesco, llegado a las islas Filipinas más de veinte años atrás con la Armada de Villalobos, como tripulante de una fragata que dio al través en la costa de una de las islas. Reducido a esclavitud junto con otros quince españoles, el indio mejicano

fue, contra su voluntad, mandado tatuar por su amo. La llegada de los expedicionarios de Legazpi determinó que el amo de Juanes extremara con éste rigurosas precauciones, sospechando, no sin razón, que su esclavo intentaría pasarse a los españoles. Pero Juanes lo consiguió a pesar de todas las medidas en contrario. El cronista dice que las primeras palabras pronunciadas por el mejicano al ver a los expedicionarios fueron: «Yo creo en Dios». Hincándose en seguida de rodillas delante del maestre de campo, puestas juntas sus manos y los ojos en el cielo, añadió: «Bendito y alabado sea mi Dios todo poderoso».

Juanes de Flatrelesco había olvidado bastante el castellano, y, casi totalmente el mejicano, pero recordaba muy bien las oraciones. Era cristiano y estaba casado con la hija de un principal de Tandaya. En recuerdo de su religión puso los nombres de Catalina y Juana a dos hijas que tuvo de este matrimonio. Las llamaba en diminutivo, Catalinica y Juanica, siendo lo curioso del caso que las muchachas, a pesar de no ser cristianas, eran nombradas de idéntica manera por todos los habitantes. Las activas gestiones de rescate que, con objeto de cristianarlas, verificó el maestre de campo resultaron inútiles. El mismo Juanes venía muy enfermo y traía las piernas hinchadas, pues su amo lo metió en un cepo en cuanto sintió la presencia de los españoles. El mejicano se acordaba de los nombres de los que juntamente con él se salvaron. Todos ellos habían muerto a consecuencia de enfermedades y en las peleas sostenidas entre sí por los indígenas.

El indio mejicano Juanes de Flatrelesco aparece entre conquistadores y conquistados, para situar decididamente las preferencias de quienes, acaso, dudan todavía entre los unos y los otros.

Los incondicionales

Pero prosiguiendo con el tema de la calidad de la gente a las órdenes de Legazpi, es justo señalar aquí a sus incondicionales, a la minoría de entusiastas colaboradores de todas sus consignas. Y en primer lugar al maestre de campo. El capitán Mateo del Saz pertenece a esa rara especie de hombres nacidos para ser adictos, sean cualesquiera las circunstancias que

los pongan a prueba. Rechazaba por instinto la menor traición, pero la posibilidad de ser objeto de una malquerencia cualquiera le afectaba profundamente. Su clima moral era el de la lealtad. Hombre prudente sobremanera y muy valeroso al propio tiempo, y, además, sumamente honrado, del Saz adivinaba los pensamientos de Legazpi.

La muerte de Mateo del Saz constituye trágica consecuencia de su temperamento particularmente rectilíneo. Durante una expedición a la isla de Mindanao realizada bajo su mando, descubrióse entre sus subordinados un intento sedicioso. Una ordenanza de Legazpi desautorizando de manera terminante toda compra particular de canela, cuyo monopolio estaba asignado al rey, provocó el descontento. La sublevación, cuyo primer designio consistía en asesinar al maestro de campo, fue duramente reprimida, pero produjo tan tremenda impresión en su ánimo, que, una enfermedad producida por el disgusto, dio cuenta de él en muy pocos días.

Sucedíóle en el importante cargo el capitán Goiti, según unos guipuzcoano, y, al parecer de otros, natural de Bilbao. Goiti era otro de los incondicionales de Legazpi. Este debía al capitán vasco preciosos servicios. Sea por la escasez de cosechas en Cebú, sea por la mala fe de los cebuanos, Goiti se había distinguido efectuando innumerables salidas por todos los contornos procurando bastimentos para el campo expedicionario, alcanzando a ser al mismo tiempo de esta manera el hombre más experimentado de la intrincada geografía del archipiélago. La dura necesidad contribuyó a favorecer el más rápido conocimiento de los recovecos del laberinto filipino.

La presencia portuguesa

Las crisis de orden interno quedaron, unas tras otra, favorablemente resueltas. Restaba en perspectiva a Legazpi otra contingencia que, pensando con lógica, no podía dejar de presentársele en lugares cercanos a bases portuguesas importantes. Portugal defendió siempre por todos los medios su libre expansión en el Extremo Oriente, haciendo sentir el peso de su gran poderío naval a las expediciones españolas que, carentes de puntos de apoyo, se atrevían, a pesar de desventaja tan decisiva, a navegar por

aquellos mares. Pero la resolución del arduo problema de la ruta de Poniente cambiaba por completo una situación que sólo había sido hasta entonces ocasión de desastres para los navegantes de España. La acertada ruta de Urdaneta convertía el Océano Pacífico en un mar predominantemente español. Por lo tanto, Legazpi tenía la posibilidad de maniobrar con mucho mayor desembarazo que todos sus antecesores ante un eventual ataque portugués. Pero, sin embargo, es preciso señalar un dato importante; los primeros encuentros de los portugueses con Legazpi tuvieron lugar cuando éste desconocía aún el éxito de su amigo el agustino, y naturalmente, ignoraba asimismo que los refuerzos venían en camino.

Es el mes de noviembre de 1566. El nuevo maestre de campo Martín de Goiti regresa a Cebú de una de tantas expediciones de avituallamiento efectuada al mando de la nao «San Juan» y una fragata pequeña. Goiti había alcanzado durante su viaje la costa de Mindanao en donde encontró una fusta tripulada por portugueses, a las órdenes del capitán Antonio Sequeira que precisamente navegaba buscando el rastro de la Armada española, obedeciendo así las disposiciones de su general Gonzalo de Pereyra. A su vez, el general Pereyra tenía del virrey de Portugal en Extremo Oriente orden de localizar a Legazpi.

El capitán Sequeira y Goiti se trabaron a razones a cuál más altaneras y agresivas. El combate parecía inminente, pero fue rebasado por los portugueses, y entonces, Goiti apresuró su regreso a la isla de Cebú. No bien terminaba Legazpi, en vista de la información de Goiti, de adoptar las oportunas medidas defensivas, aparecieron en la línea del horizonte las siluetas de dos fustas portuguesas. Pero los jefes de la fuerza a bordo de éstas calcularon sin duda difícil la operación de desembarco y prefirieron retornar a sus bases.

Con todo, estando Legazpi convencido de que sería fuertemente atacado por los lusitanos, efectuáronse importantes obras en el campo fortificado donde se emplazaron baterías camufladas casi a ras de agua. Las naos y fragatas fueron también colocadas en posición de combate. En cuanto a los soldados, una inflamada arenga de Legazpi los puso a punto. El caudillo guipuzcoano hablaba con el corazón; aquella abigarrada tropa siempre propensa a la deslealtad prometió sinceramente serle fiel hasta la muerte.

Los preparativos llevaron el pánico a los cebuanos, a pesar de las seguridades ofrecidas a ellos por Legazpi en cuanto a los ilimitados recursos con que contaba. Muchos de los habitantes huyeron al interior, mientras otros, más animosos, prefirieron refugiarse dentro del mismo recinto fortificado.

Efectivamente, como de acuerdo con las previsiones, volvieron al cabo de algunos días a aparecer dos buques portugueses. Legazpi decidió enviar a inquirir sus intenciones a Goiti. Según manifestó a éste el capitán portugués Meló, los barcos navegaban desderotados. Entonces, Goiti invitó a Meló a entrar en el puerto de Cebú para remediarse, pero el jefe lusitano prefirió rehusar el ofrecimiento. Entrambos capitanes Goiti y Meló, se deshicieron en cumplidas cortesías. Goiti volvió a brindar a Meló los servicios españoles del puerto de Cebú, asegurándole de parte de Legazpi las intenciones más benévolas, y al propio tiempo, se manifestó ofendido de la primera negativa a su generosa invitación. En esto, llegó otro mensajero de Legazpi portador de algunos barriles de bizcocho, conservas y aceitunas y botijas de vino y vinagre. Meló reiteró ante tantas atenciones su gratitud, excusándose de no poder hacerlo por escrito pues carecía de papel y tinta. Probablemente, Meló no era sino un enviado del mando portugués con la consigna de espiar la cuantía y disposición de las fuerzas españolas en Cebú.

Meses más tarde volvieron los portugueses a la carga; dos buques provenientes de las islas Molucas aparecieron ante el puerto. El jefe que los mandaba ofrecía su protección a Legazpi a condición de que éste, junto con toda su tropa y efectos abandonase las Filipinas y se trasladara al archipiélago de las Especias. Legazpi, a tiempo de rechazar como era lógico, la rendición que se le proponía, aprovechó la ocasión para comunicar a los portugueses que no se encontraba aislado en las islas Filipinas, como ellos suponían muy probablemente, puesto que el enlace con las costas de la Nueva España estaba ya conseguido y se verificaba de una manera regular. En efecto, al arribo del galeón «San Jerónimo», había seguido el 20 de agosto de 1567, la llegada de dos navíos mandados por el nieto de Legazpi, Felipe de Salcedo, acompañado de doscientos soldados de refuerzo. (Con Felipe de Salcedo venía también su hermano Juan,

muchacho que aún no había cumplido veinte años pero que a pesar de tan corta edad no tardará en intervenir en esta historia de manera ejemplar por lo valiente y al mismo tiempo juiciosa).

La última arremetida portuguesa ocurrió el día 17 de septiembre de 1568. El propio Gonzalo de Pereyra se presentó a Legazpi al frente de una poderosa escuadra, requiriéndole en nombre de la nación portuguesa a trasladarse, junto con todos los expedicionarios, a Malaca, para ser desde aquí conducido a España en navíos lusitanos. Es obvio añadir que la entrevista, sumamente borrascosa, no terminó en un acuerdo. El agustino navarro padre Rada intervino en ella en calidad de técnico. Legazpi llegó a proponer como fórmula final el sometimiento del litigio al fallo de los reyes de Portugal y Castilla, pero la proposición fue rechazada. La proximidad del combate levantó en vilo los ánimos, ansiosos de pelea, de los españoles. Pero el intento de desembarco portugués no se produjo. Pereyra, calculando acertadamente la fuerza y situación del adversario, comprendió lo aventurado de la empresa y decidió regresar a su base de las Molucas, dejando a los españoles en el libre uso de su soberanía en las islas Filipinas. El largo período de conflictos hispano portugueses a propósito de sus derechos respectivos a los territorios del Extremo Oriente quedaba con esto terminado.

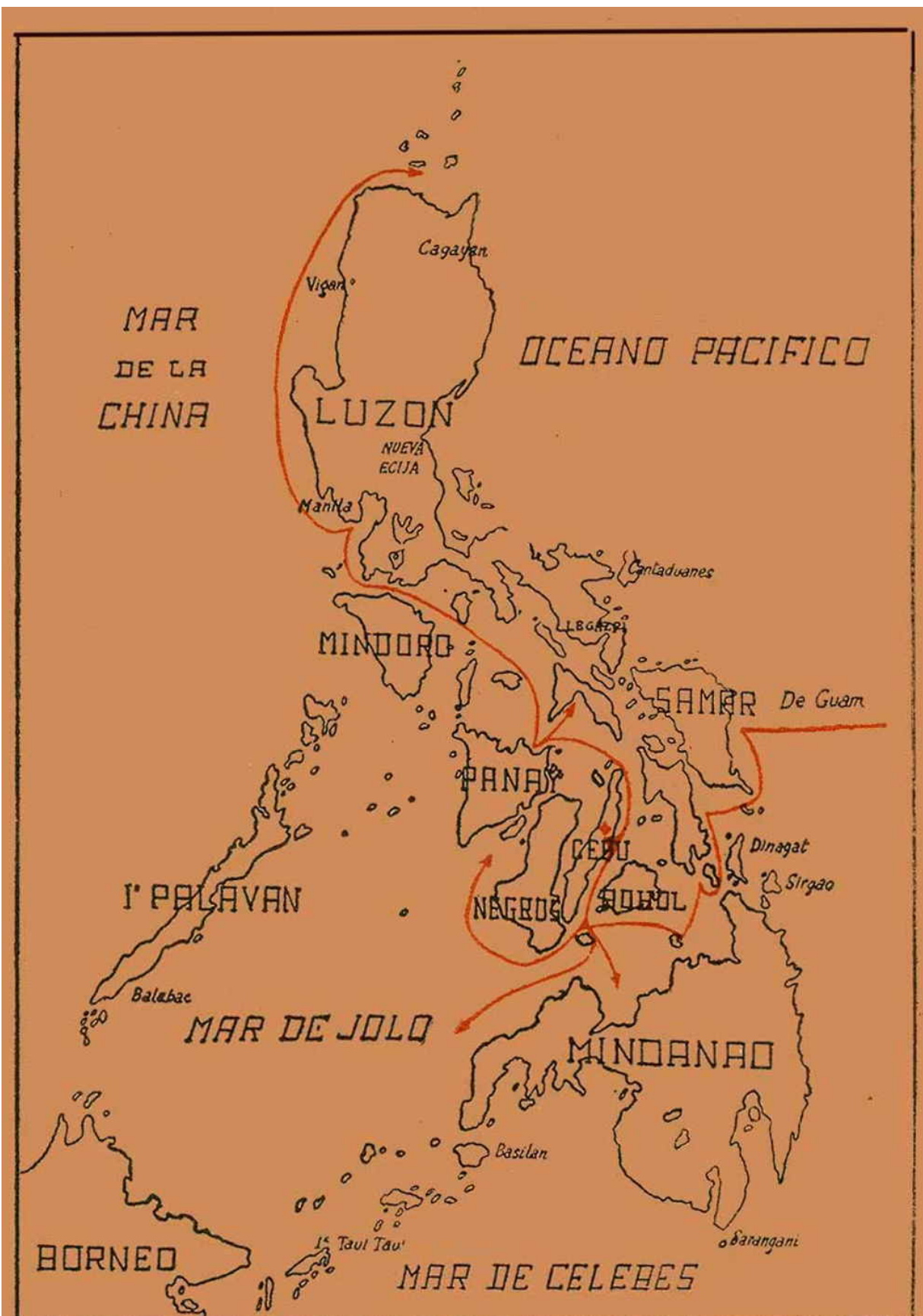


Gráfico de la penetración de Legazpi en las Islas Filipinas

ÚLTIMA FASE DE LA CONQUISTA

Hacia Luzón

Resuelto el peligroso conflicto con los portugueses, Legazpi vio ya, por fin, más claro el horizonte, y comprendió llegado el momento de proceder a la conquista total del archipiélago filipino. El tiempo apremiaba. En medio de las múltiples y agotadoras atenciones reclamadas en todo momento por la campaña, el anciano caballero se reconocía aproximándose con rapidez a su fin. Un poderoso y humano anhelo de contemplar con el remate el objeto de sus aspiraciones invadió al noble conquistador.

Su plan no tarda en ser llevado a la práctica. A mediados de 1569, Legazpi deja Cebú guarnecido con un fuerte destacamento y se dirige a la bien abastecida isla de Panay, situada al oeste de la de Negros. En general, los habitantes de Panay, bastante más adelantados que los cebuanos, acogieron amigablemente a Legazpi sólo en puntos aislados, algunas tribus, por desavenencias con otras, le opusieron escasa resistencia que vencieron fácilmente los capitanes Luis de la Haya y Juan de Salcedo. Este joven nieto del guipuzcoano comenzó en Panay su brillante carrera. Legazpi envió asimismo al capitán Ibarra a tomar posesión de la isla de Masbate. Las conquistas de Panay y Masbate inician el flanqueo de la isla de Mindoro, base de la mayor importancia, llave para la conquista de Luzón.

A primeros de mayo de 1570 dispuso Legazpi la salida del maestre de campo, capitán Goiti, con una fuerza de noventa arcabuceros y veinte marinos, más unos quinientos o seiscientos aliados indígenas, a efectuar un reconocimiento por la isla de Luzón, «la principal en hermosura, riqueza y grandeza, y como la reina entre todas las Filipinas». Legazpi sabía bien que Luzón era la isla de mayor importancia entre todas las del archipiélago^[3].

El traslado de la expedición, preparada por Legazpi con minuciosidad, requería una verdadera escuadra. Esta la componían diecisiete

embarcaciones que se descomponían de esta manera: un junco, una fragata y quince paraos. La flamante Armada de fortuna mandada por Goiti topó en los mares cercanos a la isla de Mindoro con dos navíos chinos que avanzaron contra ella decididamente, en plan de guerra. El combate, muy breve, dio en seguida cuenta de los chinos, veinte de los cuales resultaron muertos en la lucha. Los dos navíos quedaron apresados con todas sus mercaderías, que consistían sobre todo en seda, algodón, hierro, acero, cobre y porcelana.

En cuanto a los supervivientes, Goiti, puntual cumplidor de los mandatos de Legazpi, los puso en libertad inmediatamente, después de devolverles uno de los navíos con objeto de que pudiesen regresar a su patria. Los prisioneros libertados se dieron con esto por muy satisfechos y manifestaron a Goiti su agradecimiento. A pesar de su derrota, tuvieron muchísima mejor suerte que otros chinos apresados unos días más tarde, después de un naufragio, en la costa de las inmediaciones, y que fueron desollados vivos por los indígenas en venganza de anteriores agravios.

La gran aspiración de Legazpi

Llegados aquí, interrumpamos un poco el hilo del relato; esta historia —lo habrá ya advertido el lector— exige incisos muy a menudo.

La prisa de Legazpi por adueñarse de Luzón descubre en el fondo su aspiración suprema. El conquistador ansia a toda costa llegar a Luzón cuanto antes para hacer de esta isla una base de operaciones sobre las costas del imperio chino, las tierras del Gran Can de que con tanta ilusión hablaba Cristóbal Colón. Ya en julio de 1567 proponía Legazpi al rey, construir media docena de galeras «con las cuales se asegurarán todas estas islas y aún se podría correr la costa de China». Más tarde, al tiempo que Goiti realizaba su campaña, el 27 de julio de 1570, escribe Legazpi al virrey de la Nueva España estas palabras, que, a la vez que parecen una justificación de su decisión, salen al paso de posibles reproches: «Si su Magestad pretende que sus ministros se extiendan a la parte del norte y costa de China, tengo por más acertado hacer asiento en la isla de Luzón». Otra carta escrita por Legazpi al rey, el año 1572, es decir, el mismo año de la muerte del

guipuzcoano, insiste, con frases muy parecidas, en la misma idea: «Si su Magestad pretende otras cosas mayores y más gruesas adelante de esta tierra, es necesario que aquí se pueble y haga escala». Los trabajos para una expedición exploradora a China estaban muy adelantados a la muerte del conquistador. El fin inesperado de Legazpi sobre todo, aliado a otras circunstancias desgraciadas, hizo imposible la realización del proyecto.

Manila

La Armada de Goiti se dirigía resueltamente hacia Manila. De paso, Goiti sometió fácilmente, sin necesidad de hacer uso de la fuerza, a los habitantes de Mindoro, que, al saber sus propósitos de ir a Luzón, trataron de atemorizarle con el más subido encomio de los grandes medios guerreros poseídos por los de esta isla, cuya conquista reputaban imposible. Goiti no les hizo caso, y agregando precavidamente a su escuadra un parao de indígenas naturales de Batangas, la península al sur de Manila, que le brindaron sus servicios, no tardó en llegar a la extensa y maravillosa bahía, donde por consejo de un manileño afecto a los batangueños, fondeó en el puerto de Cavite.

Aunque son posteriores en doscientos años a la conquista, no por eso dejan de ser evocadores los extensos apuntes acerca de Manila del ya repetido misionero gaditano padre Delgado: «En los pasados tiempos, según cuentan los historiadores antiguos, cuando florecía el comercio con el Japón, era Manila la maravilla y perla del Oriente, así en el vecindario, como en edificios y riquezas que, en cambio de los géneros de la tierra, venían con abundancia; ahora se puede decir que es sólo un canal, por no quedar en ella sino la señal de haber pasado a otros reinos la mucha plata que viene de España, enriqueciéndolos con ella, sin quedar en Manila más que el sonido que atrae a los vecinos sangleyes, moros y herejes de Batavia a barrerla, dejando en ella la infinita pobreza y miseria que experimentan sus habitantes, exceptuando uno u otro vecino que tiene algún caudal, los cuales, en estos tiempos, son contados». Y aún prosigue así: «En esta ciudad no se ve lo que en las de Europa, que son las varias jerarquías o gremios de oficios de que se sustenta la plebe, así en los telares de géneros,

como en los demás provechos mecánicos, estando todo reducido precisamente a la utilidad de los chinos o sangleyes, porque ellos son los que trabajan las sedas y las traen de sus tierras beneficiadas; ellos los que en ésta ejercitan todos los oficios mecánicos de panaderos, carpinteros, alarifes, herreros, banqueros con las demás trazas de buscar la vida, sin dejar a la plebe de Manila oficio donde tenga o le pueda venir la menor utilidad». Y todavía sigue así: «Y si los españoles fueran curiosos como los extranjeros, no se echara de menos en Manila género de los que abundan en Europa y Asia, que todos se dan en estas tierras con admiración, por su lozanía y fecundidad, siendo todo el año un perpetuo verano».

Situación equívoca

En la época de Legazpi compartían el mando de Manila dos rajás musulmanes: el rajá Acha, llamado también por algunos otros, Matanda, y su sobrino Solimán. Aunque el primero parecía decidido a entenderse con los españoles, no así Solimán, que contestó a la embajada de Goiti manifestando que los luzones distaban mucho de ser unos salvajes tatuados como lo eran los cebuanos. Añadió que estaban dispuestos a morir matando si los españoles les exigían algo contrario a su honor.

La tensión alcanzó extremos peligrosos, pues al día siguiente del arribo de la escuadra, un eviado de Solimán vino a informar a Goiti la resolución adoptada por su señor de impedirle la entrada en el río Pasig, a cuya desembocadura se asienta Manila. Solimán declaraba haberse enterado del propósito de los españoles de exigirle una contribución. La inmediata decisión de Goiti de aclarar aquel equívoco marchando al castillo de los rajás sin escolta, acompañado sólo de un intérprete, acredita el temple de un valiente verdadero. Goiti concertó con el rajá Acha, después de la consabida ceremonia del sangramiento, las condiciones de la paz, que estipulaba como único tributo de los manileños la obligación de éstos a sustentar a los españoles que viniesen a poblar la ciudad.

El regreso de Goiti, indemne, a la escuadra, produjo gran entusiasmo entre los soldados, recelosos de alguna emboscada a su jefe. Pero la entrevista de Goiti con los rajás tampoco produjo los resultados que parecía

prometer la solemnidad con que tuvo efecto. Durante los días siguientes, Goiti recibió a muchos mensajeros previniéndole que Solimán sólo aguardaba para atacarle al primer aguacero, contando con que el agua inutilizara los arcabuces españoles al apagar sus yescas. El viejo rajá Acha confirmaba por su parte estas confidencias, comunicando que mientras su sobrino pensaba acometerle por tierra, el cacique de un pueblo cercano se disponía a un ataque naval. Acha declaraba al mismo tiempo a Goiti su intención de ayudarle como amigo, con entera lealtad. (El rajá Acha permaneció siempre amigo sincero de los españoles. Falleció a poco de estos sucesos. Antes de morir, y atendiendo sus vehementes instancias, le fue administrado el Bautismo que recibió con muestras de gran fe y devoción).

El asalto

Una circunstancia inesperada aceleró el fin de aquella equívoca y peligrosa situación.

Al día siguiente del mensaje del rajá Acha, aparecieron en la anchurosa bahía algunos navíos indígenas. Goiti, precavido, desplazó en servicio de reconocimiento uno de sus paraos. Pero los barcos no venían en plan de ataque; el capitán ordenó entonces disparar el tiro convenido de señal, con objeto de que los suyos dejaran ir en paz a los indígenas. Aquel disparo alarmó a los servidores del fuerte enemigo que, rompieron fuego por su parte con gran intensidad; una de las balas alcanzó precisamente al navío donde iba Goiti.

El capitán Goiti dio inmediatamente la orden de asalto. Los arcabuceros españoles se lanzaron velozmente sobre los lombarderos enemigos, que, mecha en mano, contemplaban atónitos aquella furiosa irrupción. Al cabo, los defensores del fuerte optaron por huir. Goiti se apoderó de trece piezas de artillería nada menos, que, en seguida, volvió contra los fugitivos. Casi al mismo tiempo, acreditando la probable existencia de un plan combinado, aparecieron en actitud agresiva gran cantidad de embarcaciones, pero la artillería de la escuadra española las mantuvo a distancia. La jornada resultó desastrosa para las huestes de Solimán que registraron más de cien muertos

y ochenta prisioneros. Sin embargo, los manileños no eran combatientes tan primitivos como los salvajes cebuanos ni mucho menos. Goiti encontró una fundición de cañones, especializada sobre todo en la fabricación de «una pieza de diez y siete pies de largo, que tiraba a culebrina».

La demostración de fuerza estaba realizada. El capitán Goiti, comprendiendo que para la conquista de una isla tan extensa carecía de suficiente tropa, optó por retirarse; sus aliados indígenas opinaban lo mismo. Retrocedido al puerto de Cavite, a tres leguas al sur de Manila, efectuó algunos reconocimientos hasta que tuvo de Legazpi orden de regreso. A su vez, Legazpi había recibido de Méjico, por medio del capitán Juan de la Isla, unas importantes disposiciones. Pero la ciudad de Manila estaba ya prácticamente conquistada.

La conquista definitiva

El arribo en 23 de junio de 1570 a la isla de la Agutaya del capitán Juan de la Isla, al mando de una escuadra de tres navíos procedentes de Méjico, tuvo enorme importancia para la empresa de Legazpi.

El capitán de la Isla traía los tan ansiados despachos reales resolviendo de manera definitiva la incorporación del archipiélago a la corona de España, objeto de tantas discusiones entre los técnicos, y, además, el título para Legazpi de Adelantado de las islas de los Ladrones. (Las razones de este nombramiento provienen acaso de un memorial donde Legazpi pide merced de dos islas de este archipiélago. Algunos cronistas las suponen derivadas de haber sido el archipiélago de los Ladrones el primero en ser solemnemente ocupado por él, pero semejante afirmación es errónea, pues se posesionó de la isla de Aleyit, en el grupo de las Marshall, con anterioridad). Los pliegos llevados por el capitán de la Isla autorizaban también a Legazpi el reparto de encomiendas de los indígenas sometidos, entre los jefes que le hubieran servido mejor, de acuerdo con la benigna legislación establecida para esta materia en los virreinos de Nueva España y Perú. Con todo, Legazpi no hizo uso de la atribución hasta el mismo año de su muerte, y aún entonces, sin reservarse para sí ninguna encomienda, aconsejó a los beneficiados con toda la honradez y humanidad que

constituyen su principal característica. Legazpi prohibió que los encomenderos tomasen ni llevaran esclavos por la paga del tributo.

El virrey de Nueva España daba asimismo a Legazpi ciertas instrucciones de orden táctico. Por ejemplo: en previsión de un posible ataque portugués, Legazpi volvería a Cebú; no debía en modo alguno desamparar esta isla; precisaba evitar su pérdida, pues tomada por los portugueses y utilizada por ellos como base de operaciones, podía servirles luego para expulsar a los españoles de todo el archipiélago.

Naturalmente, Legazpi compartía la misma idea, aunque conocedor sobre el propio terreno de la gran extensión del archipiélago, comprendía por otra parte la imposibilidad de hablar de conquista de las islas Filipinas en tanto no fuera sometida la de Luzón. Legazpi era hombre de decisiones bien maduras. Regresó a Cebú y cumplió lo ordenado por el virrey de Nueva España fundando en el campo atrincherado la *Villa del Santísimo Nombre de Jesús* a cuyo mando civil y militar dejó a quien precisamente sería más tarde sucesor suyo, el tesorero de Su Majestad, Guido de Labezaris. Legazpi y Labezaris adoptaron todas las precauciones de rigor ante cualquier ataque.

Extremadas las medidas, colocado un hombre de entera confianza como sustituto suyo en Cebú, Legazpi entendía que el espíritu del mandato del virrey estaba satisfactoriamente cumplido, y que ninguna razón aconsejaba retardar la conquista de Luzón. El anciano, pero todavía vigoroso conquistador, se dispuso a culminar su obra tomando él en persona la alta dirección de esta importante empresa. Llevaba consigo unos trescientos soldados distribuidos en veintisiete embarcaciones entre grandes y pequeñas.

La escuadra de Legazpi partió del puerto de Cebú en dirección a Manila a mediados de abril de 1571; su ruta apenas difiere de la seguida por el capitán Goiti con anterioridad. Legazpi tuvo durante la travesía ocasión de manifestar la nobleza de sus sentimientos auxiliando a los tripulantes de un junco chino, puestos por una tempestad en peligro de perecer junto a las costas de la isla de Mindoro. Los chinos salvados, asombrados de este cristiano proceder, insólito en aquellos parajes donde las crueldades más refinadas tenían asiento, a duras penas daban crédito a sus ojos.

Los habitantes de Manila incendiaron su poblado a la llegada de Legazpi, pero la presencia y las intenciones pacíficas de éste los calmaron pronto. Los rajás se le sometieron incondicionalmente. El guipuzcoano, dando al olvido las pasadas luchas con el capitán Goiti, extremó con ellos su política de atracción. Unicamente, las actividades decididamente agresivas de algunos poblados le obligaron al envío de una compañía mandada por el mismo Goiti, que se encargó de dar cuenta con brevedad de aquellas provocaciones.

Con la fundación de la ciudad de Manila, efectuada solemnemente por Legazpi el día 24 de junio de 1571, la dominación española en las islas Filipinas se asienta con firmeza. Legazpi nombró las autoridades del cabildo y señaló el trazado de la ciudad adaptando al terreno los planos que, trazados por el gran Herrera, se le enviaron de España. Las obras, interrumpidas por un incendio y un terremoto, se reemprendieron después de estos desastres cada vez con más ahínco.

Ansias evangelizadoras

Manila comenzaba a cobrar fisonomía. La llegada a últimos de agosto de 1571, de los navíos «San Juan» y «Espíritu Santo», procedentes de Nueva España, al mando de Juan López de Aguirre, conduciendo uno de los más importantes avituallamientos recibidos por Legazpi, contribuyó a acelerar el ritmo progresivo de la ciudad. Acompañaban a Aguirre, el sobrino del conquistador, Diego de Legazpi, y otros parientes el mismo, la familia del maestro de campo Goiti, buen número de soldados y seis misioneros. Viene aquí muy a propósito volver a recordar que la evangelización de Filipinas constituía el más ardiente de los deseos de Legazpi; nada ilustra más a este respecto que la lectura de uno de los apartados de un memorial dirigido por él al rey al comienzo de la conquista. Legazpi pide a Felipe II de la siguiente manera:

«Item que Vuestra Majestad sea servido de
» proveer y mandar que vengan religiosos y sacer-
» dotes de buena vida y ejemplo que entiendan

» en esta viña del Señor en la conversión de es-
» tos naturales que son muchos y que los que vi-
» nieren procuren aprender la lengua de esta tie-
» rra por que con esto podrán hacer muy gran
» fruto».

Goiti y Salcedo, pacificadores de Luzón

Legazpi, estableciendo su residencia y su cuartel general de manera definitiva en la ciudad recién fundada, encomendó la pacificación de la gran isla de Luzón al maestre de campo, capitán Goiti, y a su nieto Juan de Salcedo.

Los habitantes de Luzón, y entre ellos los más cercanos a la bahía de Manila sobre todo, poseían ideas bastante adelantadas de ingeniería militar; sus poblados se hallaban bien defendidos con baluartes y obras parecidas, aunque en ningún momento pusieron a verdadera prueba la capacidad atacante de los españoles en conjunto.

El capitán Goiti dominó casi sin lucha lugares cercanos a Manila. Allí donde los indígenas le presentaron resistencia, se comprobó que ésta obedecía a la deslealtad de un cacique llamado Tondo, que acostumbraba prevenirles los movimientos del maestre de campo. Pero el cacique Tondo fue reducido a prisión, lo cual produjo inmediato efecto calmante en el sector asignado a Goiti.

En cuanto a la misión encomendada al joven capitán Salcedo, estuvo más llena de dificultades. Salcedo la cumplió con una compañía de ochenta soldados y alguna artillería. Los conflictos resueltos por este nieto de Legazpi, acreditan su pericia militar y su gran tacto político. Los pueblos de Cainta y Taytay, junto al lago de Bay, que le opusieron resistencia decididamente, fueron tomados al asalto. En cambio, para la conquista de otros muchos pueblos del interior, cuyo número ascienden a doscientos algunos cronistas, Salcedo utilizó los servicios que, como pacíficos intermediarios, le prestaron los misioneros agustinos agregados a sus soldados. Las crónicas encarecen la labor de los padres Alvarado y Espinar, los dos, animosos colaboradores del capitán Salcedo.

Tres meses antes de la muerte de su abuelo, comenzó Salcedo la conquista de Ilocos y Cagayán, las regiones más septentrionales de Luzón, con fuerza muy escasa, repartida en unas pequeñas embarcaciones procuradas con anterioridad en Mindoro. Salcedo aparece durante esta breve campaña como digno continuador de su abuelo Legazpi. Juan de Salcedo alcanzó su objetivo —la punta de Bolinao, en Pangasinan— en el preciso momento en que un junco chino se disponía a zarpar cargado de indígenas reducidos a dura esclavitud en aquellas mismas cercanías. Salcedo dio orden a los tripulantes del junco de soltar inmediatamente aquellos desventurados. Tan hidalgo proceder valió al joven capitán la clamorosa y entusiasmada adhesión de los habitantes de todo el contorno.

Un jefe joven, audaz y prudente

La conducta del capitán Salcedo produce la impresión de un hombre por modo extremo valeroso, y, al mismo tiempo, compenetrado grandemente, a pesar de sus pocos años, con las maneras prudentes y asentadas de Legazpi.

El cacique de Malimput imaginó aniquilar al capitán y a su hueste mediante el innoble ardid de envenenar el vino del banquete con que les obsequió cuando llegaron a su pueblo. Pero Salcedo había tenido la precaución de acompañarse de intérpretes de toda confianza; éstos adivinaron las intenciones del cacique, y, como es natural, se produjo la confidencia de la asechanza. La sorpresa del jefe indígena al ver a los españoles absteniéndose unánimemente del vino servido no tuvo límites. Sin embargo, Salcedo cometió el magnánimo error de no prender al taimado cacique, que, a la noche, insistió en sus traidores propósitos atacando el campamento de los españoles cuando éstos estaban entregados al descanso. Los agresores, muy superiores en número a los españoles, resultaron poco menos que aniquilados por las armas de éstos repuestos de la sorpresa a tiempo por fortuna.

La característica principal de la campaña de Salcedo es la rapidez. Puso a prueba la resistencia de sus soldados, que en más de una ocasión, advirtiéndole la enorme fatiga producida en ellos por aquellas incesantes y agotadoras andanzas y la carencia de alimentos, le disuadieron de algunos

de sus audaces proyectos, como por ejemplo, de su intención de doblar el cabo Bojeador, en el extremo septentrional de Luzón.

De momento, Salcedo se vio precisado a desistir de su anhelo, y más sobre todo cuando una fiera tempestad, luego de hundirle dos de sus embarcaciones, le obligó a buscar amparo en una cala. Salcedo saltó a tierra acompañado de doce arcabuceros. Al frente de tan exigüa fuerza intentó efectuar una exploración hacia el interior, pero los indígenas le aguardaban y trataron de impedir su propósito. Salcedo dio entonces pruebas de su insuperable valentía. Los aborígenes, a pesar de haber sido dispersados en los primeros momentos por el fuego de los arcabuces, rehiciéronse con rapidez y presentaron batalla furiosamente. Uno de ellos, jefe al parecer de aquella gran masa atacante, se distinguía sobre todos por su valor y arrogancia combativa. Subyugado Salcedo por esta actitud, se lanzó, sin poder contenerse, con su espada y escudo contra el indígena. Pero las jactancias de este no eran más que un cebo, pues echó a correr hacia los suyos tan pronto como vio avanzar a Salcedo que, en un momento, se encontró rodeado de unos trescientos enemigos que le disparaban una lluvia de flechas. La muerte de Salcedo —superviviente de numerosas acciones de guerra, de una de las cuales, en Panay, fue retirado herido— parecía ahora inevitable. No obstante, el bravo capitán y esforzado caballero, jugando su escudo con pasmosa serenidad, y resguardadas sus espaldas en una roca que la Providencia le deparó en aquel desesperado trance, sostuvo aquellas arremetidas furiosas hasta que la llegada de sus arcabuceros dispersó definitivamente a los salvajes.

Final de la campaña de Salcedo

Pronto comprendió Salcedo que su campaña carecía de eficacia mientras no dispusiera de un sólido punto de apoyo a la manera de Cebú y de Manila. Salcedo decidió adoptar la sabia táctica de su abuelo. El pueblo de Vigan, en la provincia de Ilocos, resultó el sitio elegido. La guarnición dejada aquí por el capitán se componía de veintisiete soldados únicamente, al mando del alférez Hurtado. Previamente, Salcedo desarrolló en toda la región una intensa campaña de atracción de voluntades que produjo notables

resultados. Los indígenas de los alrededores, convencidos por él de la conveniencia de tener cerca a un aliado poderoso, apto para defenderlos de toda clase de enemigos, le ayudaron con entusiasmo a levantar un sólido fuerte.

Establecido el alférez Hurtado en Vigan, quedábanle a Salcedo libres sólo diecisiete soldados. Fue entonces cuando el nieto de Legazpi planteó de nuevo sus ansias de llegar a Cagayán, es decir, al extremo septentrional de Luzón. Los soldados se resistieron al principio, pero ante la decisión inquebrantable de su capitán, no tuvieron otro remedio que obedecer. A Juan de Salcedo se le ha calificado de Hernán Cortés de las islas Filipinas; este encomio no es, ciertamente, exagerado.

El día 26 de julio, o sea a los dos días de su partida, dobló Salcedo el cabo Bojeador. Poseído por la misma anhelosa fiebre de los descubridores, exploró con mar muy dura más de cien leguas de costa brava, formada de altos cantiles, que unas veces aparecía a largos trechos desierta en absoluto, y otras, habitada por tribus casi siempre hostiles. Sus aventuras culminaron en un naufragio que le acaeció al regresar a Manila. Salcedo no sabía nadar, pero, no obstante, pudo mantenerse a flote asido a su zozobrada barca hasta ser recogido por una embarcación tripulada por algunos habitantes de Manila.

El regreso de Salcedo a Manila ocurrió el 21 de agosto de 1572. La conquista de Filipinas, la gran obra de Legazpi, estaba en realidad realizada con la inteligente campaña de su nieto.

Muerte de Legazpi

Hasta muy pocos momentos antes de su llegada a la ciudad, el bravo capitán desconoció la muerte de su abuelo, acaecida al anochecer del día anterior. La historia repite aquí una de tantas misteriosas coincidencias cronológicas en que tan a menudo suele complacerse.

Las crónicas, al dar cuenta del fallecimiento del más pacífico de los conquistadores, son sumamente lacónicas. La muerte de Legazpi fue repentina. A las dos de la tarde del día 20 de agosto de 1572, un disgusto, producido por la conducta de uno de sus subordinados, determinó,

afectándole en lo más vivo, una afección cardíaca. Antes de que anocheciese, Legazpi no existía. No recobró el conocimiento y no pudo recibir el Viático, aunque se sabe que cinco días antes, con motivo de la festividad de la Asunción de Nuestra Señora, había comulgado fervorosamente previa una confesión general con el P. Rada. A los hombres sinceros —y Legazpi es hombre fundamentalmente sincero— los dolores, lo mismo que las alegrías, suelen atravesarlos de parte a parte. Su muerte es la de un hombre sano y pletórico que atiende a los múltiples pormenores de una tarea plena de responsabilidades hasta su último momento. No puede uno detenerse a considerar este fin sin sentirse invadido de profunda tristeza. En las horas anteriores a su fallecimiento, Legazpi aguardaba seguramente, junto con la llegada de su nieto, la ansiada nueva de la culminación de la campaña. No obtuvo ninguno de estos consuelos.

Además, como casi todos los conquistadores, Legazpi murió pobre, y lo que es peor, hasta endeudado; su nieto, el joven capitán Salcedo, añadió a la desilusión y a la amargura de no alcanzar con vida a su abuelo, la de tener que liquidar los restos de la en otros tiempos poderosa hacienda de éste, pagando sus deudas y su entierro.

Juicio

Un agustino expedicionario, el padre Ortega, anota la muerte de Legazpi con estas lacónicas palabras: «Llevó Nuestro Señor de esta vida con repentina muerte al Adelantado y Gobernador Miguel López de Legazpi, que esté en gloria. Cuya muerte fue bien llorada y aún lo es hoy día, porque sin duda ha hecho mucha falta su valor y prudencia; y los que en vida le tenían por malo, le canonizan ahora por santo. Entiendo que está en gloria, o camino de ella, porque era buen cristiano, y si erraba en algunas cosas, creo era su deseo de acertar, y en otras, no debía de poder más. Murió pobre, que es buen indicio de su bondad, y fue grande confusión para los que le tenían por rico».

En realidad, en esas líneas se halla resumida toda esta historia. El mismo padre Ortega atestigua haber visto cómo en casa de Legazpi, en lugar del oro supuesto por algunos envidiosos, sólo se encontraron dos

talegoncitos conteniendo cuatrocientos sesenta pesos que le habían sido prestados pocos días antes, acaso con destino a los gastos de la expedición que proyectaba a China.

El hacer punto final aquí mismo, inmediatamente después de ese conmovedor detalle, sería, a la verdad, de notable efecto. No obstante, es preciso sacrificar la consecución de la mejor y más brillante impresión artística y finalizar con unas consideraciones que haré brevísimas, pero que la justicia histórica exige aquí de manera muy rigurosa.

La conquista de Legazpi dejó ya de serlo para la nación en cuyo nombre fue realizada. Queda, empero, el magnífico ejemplo de aquella conquista, y quedan sobre todo para la gloria de Legazpi y para la gloria de España dos consecuencias de trascendencia incalculable. Una, es la conversión de un archipiélago de tres mil quinientas islas aproximadamente, habitada por tribus dispersas y hostiles, en un pueblo con plena conciencia de su unidad, capaz por lo tanto de gobernarse a sí mismo. La otra consecuencia es todavía más importante, y, en gran modo y de manera indudable, causa de la anterior. Las islas Filipinas constituyen actualmente un bloque homogéneo ganado para el catolicismo en medio de los infieles mares malayos, la única nación de Oriente cuya religión es la fe católica.

*En la festividad de San Ignacio de Loyola,
31 julio 1943*

AÑADIDOS

J. Ignacio Tellechea Idígoras

Cuando en la década de los años cuarenta fueron apareciendo las biografías de San Ignacio, Elcano, Urdaneta y Legazpi de José de Arteche, las leí con avidez, aunque era muy joven. Saboreé más el Legazpi, porque para entonces tenía diez y nueve años. Por aquellos años José de Arteche, a quien desde niño llamé tío Joxe, era mi mentor literario. Mi ausencia veraniega de San Sebastián hacía que nuestras entrevistas fuesen fugaces, a veces en plena calle, a veces en el viejo local de la biblioteca de la Diputación. Había que caminar entre estantes de libros para llegar a un rincón sombrío en el que justamente había sitio para una mesita que separaba las dos sillas. Recuerdo la ocasión en que me dijo: «Acaba de estar en esa silla don José Ortega y Gasset». Conservo fresca la imagen de aquel rincón recoleto, reducto puro de intimidad para el escritor y para sus pocos visitantes, de esa intimidad que era la atmósfera preferida de Arteche y cuya pérdida más tarde constituye el sacrificio y la ofrenda más preciosa que nos hizo a tantos.

Pasaron los años. Me hice hombre. Nuestro trato fue más regular y profundo. La consanguinidad fue reforzada por comunes afanes, anhelos y preocupaciones. Compartir proyectos, gozos y penas, éxitos y fracasos, es la más pura forma de amistad. Cuando aparecieron las reediciones de Elcano y Urdaneta y soñaba con la de San Ignacio o preparaba nuevas obras, tenía yo el privilegio de leer los textos que preparaba para la imprenta. Él me preguntaba, ¿se te ocurre algo?, e incorporaba a sus libros mis sugerencias y hasta mis pequeños hallazgos expuestos en la prensa local.

Joxe se nos fue callando. Somos muchos los que con el paso del tiempo sentimos cada vez más el vacío. Nos dejó su recuerdo, su ejemplo... y su obra. He impulsado activamente la reedición del LEGAZPI, el gran hijo de Zumárraga. Se me piden algunas notas complementarias. No. El Legazpi se reedita intacto, como salió de la pluma del autor. Y con estas líneas, que de ninguna manera quieren ser un epílogo, cumplo un menester modestísimo, en monólogo solitario que escuece por la dolorosa ausencia de Joxe. Él las llamaría sencillamente «añadidos».

* * *

En la vida de Legazpi se cruza Urdaneta; y en la de éste, Elcano. Lógicamente han de cruzarse también sus biografías. Es obvio por lo mismo remitir desde esta biografía de Legazpi, editada en 1947, a las de los otros dos gloriosos guipuzcoanos reeditados con notables adiciones por Arteche, la de Urdaneta en 1968 y la de Elcano en 1969, por esta misma Editorial. Hecha esta advertencia obligada, hay que repetir, con el mismo Arteche, que la vida de Legazpi encierra particular dificultad. Si estos tres hombres de gloria diferente, se mostraron tan reacios a dejarnos amplios recuentos de su vida, Legazpi presenta una circunstancia nueva. Accedió a la fama histórica cuando ya contaba muchos años. Si no hubiese sido por su empresa filipina, su nombre hubiese quedado completamente oculto como el de tantos escribanos o contadores vascos que pasaron a América.

Legazpi nace para la historia en 1564. Residía en México al menos desde 1528. Estos treinta y cinco años de la vida de Legazpi presentan enormes dificultades para el historiador que pretenda rellenarlos. Sabemos que fue secretario del cabildo o ayuntamiento de México, alcalde de la ciudad, y que tuvo algún cargo en la casa de la Moneda. Sin duda estos cargos representan otros tantos momentos del ascenso social de Legazpi, que llegó sin duda a ser un hombre de gran holgura económica y de respeto en la capital de Nueva España. Algunos datos perdidos en el fondo Muñoz de la Real Academia de la Historia nos descubren a Legazpi en 1532 actuando como escribano del Consejo y hasta como testigo en una información que recogía el descontento general contra los Oidores. Acaso era una maniobra para envolver en la especie de revuelta comunera al

mismo Hernán Cortés. Legazpi escribió las actas de las declaraciones de los testigos^[4].

Más sorprendente, aunque sin sacar a Legazpi del oficio de pendolista, es la noticia que acabo de exhumar, tomada de la reciente obra de E. Greenleaf. Legazpi aparece entre 1536-1543 como secretario de la Inquisición, en un período en el que las actividades inquisitoriales eran ejercidas por los obispos, concretamente por el celebre fray Juan de Zumárraga. Más aún, sus servicios de secretario se extienden antes y después de los años citados, ya que en 1544 actúa en un proceso sobre prácticas paganas en el cacicazgo de Tanhuidan y en 1543 en el del cacique de Tentaleo, don Juan, acusado de practicar ceremonias sacrificiales a los ídolos del monte Tonaltepeque. Años más tarde y estando ya Legazpi en Filipinas, acaso cuando ya había muerto, se quiso recuperar del hijo de Legazpi, Melchor, las actas de unos procesos contra judaizantes ocurridos en 1528. Este respondió que el agente de su padre, licenciado Salcedo, había devuelto todos aquellos papeles a la Inquisición, como lo atestigua un documento escrito. Con todo parece deducirse que Legazpi, recién llegado a México, puso su pluma al servicio de la Inquisición^[5].

Arteche utiliza en su obra la «Historia general sacro-profana, política y natural de las islas del Poniente llamadas Filipinas», del jesuita P. Delgado, escrita en 1751, y publicada en 1892. No llegó a conocer la obra del también jesuita P. Colín, «Labor evangélica, ministros apostólicos de la Compañía de Jesús, fundación y progresos de su Provincia en las islas Filipinas», (Madrid 1663). Este libro adquiere mayor valor documental por haber sido escrito sobre los papeles manuscritos del jesuita osunense P. Chirino, que pasó a Filipinas en 1590, pocos años después de la muerte de Legazpi, El P. Colín, que elogia la nobleza, cristiandad, prudencia y valor de Legazpi, nos proporciona tres datos que merecen ser consignados.

Nos revela, en primer lugar, que Legazpi era singularmente devoto del santísimo nombre de Jesús y que tomó parte activa en la fundación y progreso de la Cofradía de esta denominación en México. Puso la jornada filipina bajo tal protección y ordenó que en la Armada se saludase con este santo nombre. Se obligó con voto a imponerlo a la primera población que fundase, y a lo mismo se comprometieron los misioneros agustinos que le

acompañaban, respecto a su primer convento. Este hecho explica mejor el alborozo, de las huestes de Legazpi cuando en la guerra contra los cebuanos encontraron una imagen perdida del niño Jesús. «Todo el ejército exclamó que Dios pagaba en contado el primer día y en la primera facción al general y a los religiosos la devoción de su Santo Nombre... El cristiano y devoto general, no se puede fácilmente explicar el consuelo y gozo espiritual con que recibió y adoró la santa imagen, dándose desde luego por pagado de los desvelos, trabajos y expensas que le costaba la jornada». En segundo lugar nos dice Colín que Legazpi murió «de puro celo» de un ligero accidente de enojo, por un despacho ordinario. ¿Fue entonces algo más que la insubordinación de un súbdito lo que le causó su muerte?

La tercera noticia tiene mayor relieve. Según Colín, fue Ruilópez de Villalobos quien bautizó con el nombre del príncipe español la isla de Leite en 1543. Magallanes en 1521 había bautizado las islas con el nombre de «Archipiélago de San Lázaro», por haberlas descubierto un Domingo de Pasión, vulgarmente llamado de San Lázaro por el evangelio que se leía ese día. La halagadora denominación de Villalobos no tuvo fortuna, ya que comerciantes y navegantes se empeñarían en llamarlas las «Islas del Poniente». Fue Legazpi quien renovó y consagró para la posteridad el nombre inventado por Villalobos. Colín lo dice expresamente: «Después, reinando ya el católico Filipo, renovó y confirmó este nombre de Filipinas el adelantado Miguel López de Legazpi, año 1564, cuando vino a la conquista, pacificación y población de estas islas. Cayóle en gracia a Su Majestad y desde luego se comenzó a usar de él en los despachos del título de las islas Filipinas... Y en este sentido de la segunda imposición —extensiva además a todo el archipiélago— será conforme a verdad lo que afirman el doctor Antonio de Morga y el licenciado Bartolomé de Argensola, que IMPUSO ESTE APELLIDO EL ADELANTADO».

Legazpi dió el nombre a las islas, nombre que ha resistido los siglos y hoy perdura en la república del lejano Oriente, como perdura la fe cristiana que sembraron los hombres del adelantado. Legazpi ofrendó su vida al servicio de una empresa entre cuyos frutos se cuenta la fundación de Manila. Legazpi además sacrificó su hacienda entera en aquella obra y murió pobre. Su única hija doña Elvira vería comprometido su posible

matrimonio por falta de dote. ¿Tuvo que sacrificar su porvenir en beneficio de las Filipinas? El signo distintivo de la obra de Legazpi fue la humanidad, la generosidad. No alcanzaron sus cálculos a pensar en la suerte de su única hija. En este año centenario de la muerte de Legazpi me atrevo a reclamar una pequeña placita que lleve su nombre tanto en Zumárraga como en las Filipinas, una placita linda que inmortalice el nombre de doña Elvira, la novia de Filipinas^[6].

* * *

Para terminar volvamos a Zumárraga como volviera Legazpi en los momentos transcendentales de su vida. En vísperas de su incierta jornada filipina y en el codicilo extendido en México en 1564, Legazpi destinó sesenta ducados para con otros tantos anteriores, hacer una custodia para su parroquia nativa; y así mismo dispuso que con otros noventa ducados se fundase un aniversario anual «por las ánimas de mis padres y antepasados y de mi mujer e hijos y de todas las personas a quien yo sea en cargo y por todos los difuntos que han salido e salieren de la casa de Legazpi e por mí». El aniversario anual de Legazpi, desaparecido en nuestro siglo, era ocasión propicia para mantener vivo su recuerdo.

A fines del siglo pasado, según me refiere mi madre, los niños del parvulario de Zumárraga cantaban girando alrededor de los bancos unas coplas en euskera

*Agur Legazpi, zu nai zenduan
Urdaneta, Urdaneta, laguntzea...*

Hoy Zumárraga es un hervidero de niños. Aunque sus padres provengan de otras regiones, muchos de esos niños han nacido en la industrial villa del Goyerri y contemplan cada día la airosa estatua de Legazpi en el centro de su plaza mayor.

Sin duda habrán muerto las viejas coplas. El recuerdo de Legazpi debe reavivarse en este año para mantener viva la memoria del hijo más glorioso de la villa, una memoria que en pleno siglo veinte puede sostenerse con orgullo, porque Legazpi fue el más pacífico de los conquistadores, dio más

que recibió y llevó lo mejor que tenía. Evocar su figura es abrir las puertas a la fraternidad universal.



JOSÉ DE ARTECHE ARAMBURU (Azpeitia, Gipuzkoa, España, 12 de marzo de 1906 - San Sebastián, Gipuzkoa, España, 23 de septiembre de 1971).

A los catorce años de edad hubo de abandonar el Bachillerato para ponerse a trabajar. Es, pues, un literato formado en la más pura autodidaxia vocacional. Hasta los veintiún años no vio publicado su primer artículo pero desde entonces puede decirse que no ha cesado de escribir. Arteche es un trabajador infatigable. A su veintena de obras publicadas («Una inquietud y cuatro preguntas», «San Ignacio de Loyola», «Elcano», «Urdaneta», «Mi Guipúzcoa», «Legazpi», «Caminando», «Mi viaje diario», «San Francisco Javier», «Lope de Aguirre, traidor», «La paz de mi lámpara», «Vida de Jesús», «¡Portar bien!», «Saint-Cyran», «Cuatro relatos», «Camino y horizonte», «Lavigerie», «Siluetas y recuerdos», «Rectificaciones y añadidos», «Discusión en Bidartea», «Canto a Marichu», etc.), hay que añadir varios miles de artículos periodísticos.

Es un escritor bilingüe, se produce en euskera y en castellano, con idéntica facilidad de expedición. Cubre una columna habitual en el semanario vasco «Zeruko Argia», casi desde su misma fundación, y sus trabajos euskéricos, escritos en un lenguaje muy popular y asequible, deliberadamente desprovisto de neologismos y galanuras puristas, gozaron en el lector euskaldun, de gran predicamento y audiencia. Todos los libros de José de Arteche han versado sobre temas o personajes de Vasconia, Dentro de este amplio campo vasco, Arteche ha tocado diferentes géneros literarios, destacando como biógrafo de muchos de los vascos más sobresalientes, como Loyola, San Francisco Javier, Elcano, Lope de Aguirre, Urdaneta, Legazpi, Lavigerie, etc.

Su ensayo sobre Saint-Cyran y el jansenismo vasco —una de sus producciones más logradas y felices, con ediciones reiteradamente agotadas—, constituye un admirable sondeo psicológico del carácter vasco.

NOTAS

[1] Doce años atrás, San Francisco Javier envió desde Goa, a su regreso del Japón, al P. Simón Rodríguez, provincial de los jesuitas en Portugal, una carta escrita en portugués, en propias manos de dos cristianos japoneses. La carta, al mismo tiempo de descubrir la profunda preocupación sentida por Javier por la triste suerte de los marinos españoles perdidos en los mares del lejano Oriente contiene penetrantes observaciones sobre la psicología de los japoneses. Los acontecimientos bélicos de hoy día, prestan la más viva actualidad a esta información de Francisco Javier, escrita hace cuatro siglos, y de la que extracto unos cuantos párrafos: «Carísimo Hermano mío M. Simón: Allá van Mateo y Bernardo, japoneses de nación, los cuales vinieron conmigo de Japón a India con intención de ir a Portugal y a Roma a ver la cristiandad, para después, tornando a sus tierras, dar fe de lo que verán a los japoneses. Por amor y servicio de Dios Nuestro Señor os ruego, Hermano mío, Maestro Simón, que miréis mucho por ellos, y hagáis cómo tornen contentos, porque con la fe que dieren a sus naturales nos darán mucho crédito. Porque los japoneses tienen para sí, que no hay otros hombres en el mundo como ellos. A esas Islas, llamaron los castellanos Islas Platereas; y dijéronme los portugueses que hallé en Japón, que los castellanos que parten de la Nueva España para Maluco, pasan muy cerca de estas islas; y que si algunos de los castellanos que parten de la Nueva España para descubrir estas islas se pierden en el viaje, es porque dicen los japoneses que por aquella banda por donde los castellanos pueden ir a Japón hay muchas restingas a la mar, y que ahí se pierden. Esta cuenta os doy, Hermano mío Maestro Simón, para que digáis al Rey nuestro Señor, y a la Reina, que por descargo de sus conciencias deberán dar aviso al Emperador, o a los Reyes de Castilla, que no mandasen más armadas por la vía de la Nueva España a descubrir las Islas Platereas, porque tantos cuantos fueren se han de perder, porque, aunque en la mar no se perdiesen, si tomasen las islas, es la gente de Japón tan belicosa y codiciosa, que por muchos navíos que viniesen de la Nueva España, a todos los tomarían; y por otra vía, es tan estéril la tierra de Japón de mantenimientos, que

morirían de hambre; y allende de esto, son tan grandes las tempestades en tan grande manera que los navíos no tienen ninguna salvación, si no estuvieren en algún puerto amigo suyo. Empero, como arriba dije, son tan codiciosos los japoneses, que por tomarles las armas y el hato que llevan, los matarían a todos. Esto ya lo tengo escrito al Rey nuestro Señor; pero con sus ocupaciones por ventura no se habrá acordado. Yo por descargo de mi conciencia os escribo esto para que lo acordéis a Sus Altezas; porque es piedad de oír decir que parten muchas armadas de la Nueva España en busca de estas islas Platereas, y que se pierden en el camino: y afuera de estas Islas de Japón no hay otras islas descubiertas en que haya plata». <<

[2] El padre jesuita Juan J. Delgado terminó el año 1751 una “Historia general sacro profana, política y natural de las islas del Poniente llamadas Filipinas”. El padre Delgado, natural de Cádiz, evangelizó durante toda su vida en el archipiélago filipino. Su voluminoso libro, al par de constituir una obra de raro mérito, es la más documentada geografía de las islas Filipinas y muchas antiguas posesiones españolas en el Pacífico. El padre Delgado, gran observador, conocía a la perfección todos aquellos parajes. Su importante obra no fue publicada hasta el año 1892. —Manila. Imp. de “El Eco de Filipinas” de D. Juan Atayde. Calle Dulumbayan, núm. 4— El misionero gaditano residió en Cebú largos años. A título de curiosidad transcribo de su descripción de esta isla las líneas que siguen, advirtiéndole de paso al lector que aún volveré, más adelante, a citar esta tan interesante obra. Dice así de Cebú el padre Delgado: “Concluida la descripción de la isla de Luzón y Manila con todas las particularidades que en sí encierra, se sigue la isla de Cebú, que aunque no es la segunda en grandeza entre todas las Filipinas, lo es ciertamente en la dignidad, por haber sido el primer asiento y colonia de los españoles conquistadores de las islas. Porque habiendo en ella asentado el pie como en firme base, comenzaron a buscar y reducir las islas circunvecinas a la obediencia de la católica iglesia y de la corona de España hasta establecer en Manila la corte y principal ciudad, capital de este archipiélago. Aunque más principalmente se puede decir que es primera en la dignidad por la imagen milagrosa, que en dicha isla fijó su residencia, del santo Niño Jesús, que hallaron los españoles en ella el día de su conquista, siendo hasta el presente el santuario más ilustre de las islas; en las cuales, aunque hay varios y muy devotos, se experimenta sin embargo, que la devoción tiene sus más y sus menos, lo que en este no se ha experimentado; pues siempre ha estado en su auge desde los primeros tiempos, siendo frecuentado y venerado no sólo de los españoles, sino mucho más de los naturales de todas las islas, en tanto grado, que el que logra una camisita o medida del Santo Niño, la estima y guarda cual precioso tesoro para remedio de sus necesidades, recibiendo de ellas

señalados beneficios. Por lo cual, podemos con seguridad afirmar que esta devotísima imagen es columna y firmamento de la fe de estos naturales y esperanza de que se conservará íntegra hasta el fin del mundo en todas las islas, dicha fe católica. Guardan el tesoro divino los religiosísimos padres agustinos calzados, desde su descubrimiento y hallazgo, en un hermoso templo nuevamente edificado, y a quienes como antesignanos y primitivos predicadores de la santa fe en este archipiélago fue concedido desde los principios, por cuya razón nadie puede usurparles el título de primicerios en tan sagrada empresa». <<

[3] El padre Juan J. Delgado, S.J. autor de la “Historia general sacro-profana, política y natural de las islas del Poniente llamadas Filipinas”, libro mencionado ya en el anterior capítulo, dice respecto a la isla de Luzón de esta manera: “El nombre de Luzón es constante que lo tomaron los españoles que vinieron al descubrimiento de estas islas de los mercaderes de la gran China que venían en sus juncos o champanes (propias embarcaciones de la nación) al tratado y rescate del oro, perlas, y otros frutos que llevaban estas islas. Y estos mercaderes chinos nombraban estas islas con el nombre de Luzón, así como a la gran China de donde venían la llamaban Sonsón, cuyo significado es propiamente tierra firme”. Y añade. “No solo es esta isla la primera en grandeza, sino también en la situación; pues es la más septentrional, y como constituida en lugar más supremo”. <<

[4] Cfr. mis PAPELES VIEJOS, (San Sebastián, 1968) p 41-44. JOSÉ DE ARTECHE. <<

[5] En artículo publicado en El Diario Vasco de San Sebastián del 27 de mayo de 1972, LEGAZPI, SECRETARIO DE LA INQUISICION EN MEXICO, extracto los datos de la obra de E. Greenleaf, The Mexican Inquisition of the Sixteenth Century, (Albuquerque (1969). <<

[6] Tomo los datos sobre la obra del P. Colín y sobre doña Elvira de Legazpi de mis PAPELES VIEJOS, pp. 51-62. <<